Manos en la oscuridad

Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
EL MENSAJE DEL MUERTO

-LL=%1f__ii /r//

Los extraños caracteres del mensaje críptico tenían un color sangriento.

Aparecían vivos y misteriosos bajo la luz oval de la lámpara del escritorio.

-¡El mensaje de un muerto!

Reynold Barker miró a su alrededor mientras hablaba. Un silencio hosco le rodeaba. Sus dedos temblaban. E1 papel crujió. Incluso este sonido le sobrecogió. Los oscuros paneles de la pared de la habitación le resultaban opresivos. Sintió deseos de palparlos, pero no se atrevió a hacerlo.

Estaba en el estudio de Teodoro Galvin, el lugar que había sido su objetivo durante siete días. Había encontrado el misterioso papel en un cajón secreto de aquel escritorio, cuyo emplazamiento exacto le había sido explicado por Galvin.

El silencio de aquella habitación resultaba enloquecedor. Le traía el recuerdo de los ojos agonizantes de Galvin.

Barker distendió sus nervios haciendo un esfuerzo. Trató de sonreír. Tuvo que confesar que estaba excitado desde que inició aquella larga travesía en avión desde América del Sur. Tenía los ojos fijos en el papel. Sus labios forzaron una sonrisa al comprender el mensaje.

De pronto, un gorgoteo salió de la garganta de Barker.

¡Manos en la oscuridad habían hecho presa en su garganta! Soltó el papel y trató de zafarse de aquella tenaza. No lo consiguió. Sus brazos cayeron inermes.

¡Unos dedos como garras se habían cerrado, ahogando, ahogando, ahogando!

Reynold Barker se revolvió enloquecido. Sus ojos estaban fuera de sus órbitas, sin ver nada. Oyó un runruneo junto a sus oídos, un runruneo pesado, como el ruido del motor de un avión.

¡Le invadió la negrura, una negrura silenciosa, más terrible que las oscuras sombras de aquella habitación siniestra! Todavía, las manos estranguladoras seguían apretando...

CAPÍTULO II
UN VISITANTE A MEDIA NOCHE

Bob Galvin abarcó la estancia con una mirada circular y sonrió. Recordaba desde su infancia aquella original y vetusta habitación, con sus oscuras paredes de roble.

Aún experimentaba restos del miedo que le asaltara antaño allí mismo, en la que fuera habitación habitual de su tío, aquel tío al que recordaba Bob como un vejete mal carado, de rostro agrio y cejijunto, bajo los grises cabellos enmarañados.

-¿Está usted recordando los tiempos pasados, señor?

La pregunta partió de Hodgson, el viejo sirviente. Hodgson había sido durante muchos años el ayuda de cámara de Teodoro Galvin. A Bob se le antojaba ser una parte integrante y aun inseparable de aquella rancia habitación.

-Sí -contestó Bob-, eso era lo que hacía precisamente. Lo acertó, Hodgson.

»Le encuentro a usted exactamente igual que entonces, ¡y eso qué deben haber pasado ya casi veinte años!

El criado asintió con un movimiento de cabeza.

-Ese tiempo hará, aproximadamente, desde que usted abandonó estos lugares, señor. Pero ya no soy el mismo que era. Ya no puedo ver ni por dónde voy. Mis ojos -continuó moviendo tristemente la cabeza-, apenas distinguen el camino que recorren. Gracias a que podría andar a tientas por toda la casa, míster Bob. Conozco tan bien estos lugares...

Pero Bob Galvin no le escuchaba ya. Lejos de ello, tenía la mirada fija obstinadamente en el pesado maderamen de la ventana, en una extraña forma que se dibujaba por la parte de afuera.

Era una cara medio oculta en la oscuridad. La parte inferior de aquel rostro se esfumaba en las tinieblas, pero sus ojos taladrantes parecían examinar atentamente el rostro de Bob. Este sólo tuvo tiempo de ver aquella cara un segundo, pues desapareció como por encanto.

El viejo mayordomo comprendió que algo extraño sucedía y se volvió instintivamente hacia Bob.

-¿Qué... qué es ello, señor? -tartamudeó-. ¿Se ha sentido usted súbitamente... súbitamente malo?

-¡No... una cara! ¡Fuera de la ventana! ¡Sus ojos me taladraban materialmente! ¿La vio usted también, Hodgson?

Pudo comprobar entonces Bob que Hodgson había dicho la verdad al asegurar que estaba casi ciego. Adquirió esta certeza al ver la expresión atontada de su rostro y la impresión de su mirada al tratar de mirar hacia la ventana. Hodgson sacudió la cabeza.

-No, señor. Podía ser algo enganchado en aquellas ramas que golpean contra la ventana. Es un arbolillo del jardín que rodea la casa.

Bob echó hacia atrás la silla con un brusco movimiento v cruzó la habitación hacia la ventana. Descorrió la aldaba y abrió las vidrieras. Sólo las ramas del solitario arbolillo chocaban monótonamente contra los cristales agitadas por el airecillo nocturno. Nada más.

Bob volvió a cerrar la vidriera y movió pensativo la cabeza, mientras fruncía los labios.

-¡Extraño! ¡Extraño! -murmuró-. Hubiera jurado que alguien estaba ahí afuera espiándome.

Luego volvió otra vez hacia Hodgson.

-¿Tenía enemigos mi tío, Hodgson? ¿Hombres que deseasen su ruina... su muerte, tal vez?

-No, señor... al menos que yo sepa.

-Bien... ¿Tiene usted noticia de algo particular en relación con esta vieja vivienda, Hodgson? ¿Está... está bien, miss Betty?

El viejo sirviente se humedeció ligeramente los labios y vaciló un segundo.

Luego empezó a hablar.

-Todo está exactamente lo mismo que estaba, señor. Cuando míster Galvin se marchó de viaje, cerró la casa. Yo me marché a la casa de campo con miss Betty. En ella nos encontrábamos cuando supimos que su tío había muerto.

«Yo regresé aquí y abrí las habitaciones. Sabía que estaba usted en camino hacia aquí. Miss Betty continúa en el campo. Dijo que aguardaría allí hasta que supiese que usted había llegado..

-Voy a hablar con ella por teléfono ahora mismo.

-Se alegrará mucho de oír su voz. Tengo la seguridad de que ahora vendrá a pasar aquí algunos días.

«De lo que me alegro es de haber venido antes yo solo, pues no me hubiera gustado que viera lo que yo me encontré... ¡en esta misma habitación!

-¿Qué fue ello? -preguntó Bob con interés evidente.

-¡Un hombre muerto, señor! Estaba tendido precisamente en donde el señor se encuentra en este instante... en el despacho.

-¡Un hombre muerto! ¡Luego entonces había algo! ¿Quién era el muerto?

-La policía no pudo identificarlo, señor -continuó Hodgson-. Perkins, el chófer, estaba conmigo cuando tropecé con el cuerpo. Los detectives estaban seguros de que se trataba de un ladrón.

-¿Qué le mató? ¿Un tiro?

-Fue estrangulado, señor. Debía haber muerto hacía dos o tres días cuando lo encontramos.

»No pudimos explicarnos cómo logró entrar en la casa, puesto que todas las puertas estaban cerradas, y aseguradas las ventanas con barras y cerrojos. Los policías pensaron que debía tener la llave de alguna de las puertecillas laterales.

»Tenía la seguridad de que el muerto vino aquí con otro hombre... ambos probablemente ladrones...

-¡Ah, comprendo! -interrumpió Bob-. Uno de ellos mató al otro y huyó. ¿Qué sería lo que hicieron antes, Hodgson?

-No puedo imaginármelo, señor -dijo el mayordomo-. Aquí no había nada de valor. Además, no encontramos nada fuera de su sitio, nada registrado... nada a faltar, señor.

»Los detectives piensan que uno de ellos debía de tener ojeriza al otro y que le trajo aquí para matarle...

En el rostro de Bob brilló un destello de inteligencia.

-¡Comprendo su idea! -exclamó-. El asesino diría a su compinche que éste era un lugar a propósito para un robo. Luego, cuando llegaron aquí, le estranguló. Nadie le interrumpió... y tuvo tiempo de sobra para escaparse...

-Eso es precisamente -contestó admirado Hodgson-. Eso mismo fue lo que dijo el inspector. Se habló bastante del asunto en los periódicos, pero eso ocurrió mientras usted estaba todavía en el buque...

La frase quedó cortada por el tintineo agudo de la campanilla de la puerta.

Hodgson abandonó la habitación con paso lento y vacilante para ir a abrir.

Bob siguió con la vista al anciano sirviente mientras atravesaba el sombrío vestíbulo. Hodgson parecía realmente andar a tientas a través de aquella vetusta y sombría mansión.

Transcurrieron dos minutos. El criado volvió casi tambaleándose al despacho.

-El señor Mallory está aquí -dijo.

Bob se adelantó a saludar a Hiram Mallory. Mallory había sido uno de los buenos amigos de su tío. Bob le reconoció inmediatamente. Era un vejete apacible, de rostro afable, que aun se mantenía erguido, como si conservase el vigor de la juventud.

-He sentido mucho la muerte de su tío -dijo Mallory cuando ambos se hallaron sentados frente a frente ante la mesa del despacho-. Fue un gran error por su parte emprender un viaje tan largo y tan lejos, dado su estado de salud. Asunción todavía se ve azotada a veces por la fiebre amarilla... y eso fue lo que mató a su tío, Roberto.

-Pero ¿por qué emprendió ese viaje y para qué? -preguntó Bob.

-Estaba abatido, Roberto. El estado real de sus negocios aquí en Nueva York fue espléndido y el éxito le sonrió, pero recientemente inversiones imprudentes le ocasionaron una gran pérdida de dinero. Temo que a consecuencia de ello le quedase poco o nada de su fortuna.

El rostro de Bob tornóse pensativo.

-Yo tenía noticias suyas muy de tarde en tarde, sabe usted. Supongo que mi estancia en Sudamérica, donde he vivido como sabrá estos últimos veinte años, le hizo parecer a él como si estuviese en el otro mundo.

»¿De modo que usted cree que su fortuna está en mal estado?

-Así lo temo. ¿No ha visto usted el testamento todavía?

Bob hizo con la cabeza un movimiento negativo.

-Recibí una carta de los abogados -contestó-, pero dejé esa visita para hacerla en compañía de Betty Mandell, la pupila de mi tío. Ha vivido con él desde que era una chiquilla.

Mallory dejó ver en su rostro una sonrisa forzada.

-Eso significa -dijo-, que ella se encontrará virtualmente sin un céntimo. No tendrá hogar y en cuanto a dinero dejará de recibirlo a no tardar mucho.

-No tiene que preocuparse por eso -sonrió Bob-. A mí me han ido las cosas bastante bien en Sudamérica. Vivirá aquí como lo ha hecho siempre. Pero esto me recuerda que tengo que llamarla. Perdóneme unos minutos.

Bob consultó una tarjeta y cogió el auricular del teléfono de sobremesa. A los pocos segundos, Mallory volvió a sonreír al observar el destello de felicidad que se reflejó en el rostro de Bob, al tiempo que hablaba.

-Sí, Betty -estaba diciendo Bob-. Soy Bob... También me alegra a mí el oír el sonido de tu voz... Sí... ya hace un puñado de años que no nos hemos visto el uno al otro... ¿Vas a venir mañana? Me alegro... No, Betty, no debes hablar de ese modo. Esta es tu casa, como lo ha sido siempre... ¿Entonces, te veré mañana? ¡Admirable!

Terminada su conversación telefónica, Bob reanudó la charla con el viejo amigo de su tío. Se sentía satisfecho de conocer a alguien en Nueva York.

Bob había dejado los Estados Unidos cuando aún era un muchacho, para conquistar su fortuna en Sudamérica, donde su padre, el hermano de Teodoro Galvin, le había dejado algunas propiedades...

Empezó a contar a Mallory sus aventuras allí. Extrajo documentos de su maletín de viaje y se los mostró al viejo amigo de su tío. Cuando terminó su conversación, aquellos documentos formaban un montón sobre el escritorio.

Hiram Mallory se puso en pie y dijo tendiendo la mano a su amigo:

-Ha hecho usted perfectamente, Roberto. Sólo siento que su tío no haya vivido lo suficiente para verle y felicitarle, como yo lo hago en este momento, por su proceder. Hubiera experimentado un gran placer al enterarse de sus éxitos. Ya estaba arruinado cuando decidió emprender ese malhadado viaje. Deseaba trasladarse a algún país lejano donde pudiese librar a su imaginación de todas estas angustias.

»Se sentía viejo, pero yo creo que habría recuperado algo de lo perdido y hubiese vuelto a su patria. No pudo ser...

Mallory se detuvo teatralmente cuando se dirigía hacia la puerta de la calle.

Miró su reloj y comentó al ver lo avanzado de la hora:

-Las once y media. Generalmente a las once ya estoy en la cama. Necesito irme. Le veré otra vez, Roberto.

-Buenas noches -contestó Bob-. He tenido un verdadero placer en verle, señor Mallory. También voy a acostarme, en cuanto haya guardado los papeles en mi escritorio. Eso significaría una hora de trabajo, como máximo.

Ya a solas en la lobreguez de la vetusta habitación de muros de roble, Bob se sumergió por completo en el trabajo que tenía ante sí.

Había salido de Sudamérica algo precipitadamente, pero durante la travesía había atendido a todos los detalles. Sólo le faltaba ordenar aquellos papeles.

En cuanto hubiese terminado esta labor no tendría porqué preocuparse de los negocios que dejara allá pendientes.

Bob empezó a trabajar rápidamente y comprobó que aquello le llevaría menos tiempo del que había supuesto. El viejo reloj del vestíbulo daba las doce cuando dio por terminado su trabajo.

Terminados sus propios asuntos, Bob empezó a estudiar algunos documentos que Hodgson había dejado en el escritorio. Se referían a los negocios de su difunto tío, pero eran de poca importancia.

Estaba considerándolo así cuando experimentó la sensación de que alguien se movía a sus espaldas. Hizo girar su sillón pensando encontrarse cara a cara con Hodgson.

De sus labios brotó un grito ahogado al comprobar que alguien le tenía encañonado con una pistola automática.

E1 arma la empuñaba un hombre que llevaba un abrigo y una gorra negra.

La visera de esta última prenda ocultaba los ojos del desconocido.

-¡No grite! -ordenó una voz queda e imperativa-. ¡Arriba las manos!

Bob obedeció espantado. En aquel momento recordó el asalto de los ladrones a la casa, de que Hodgson le hablara poco antes.

Sin embargo, esta vez, el asalto le afectaba más directamente y su futilidad le tenía perplejo. No había nada de valor en la casa, y eso, el ladrón, si era el mismo que días antes estrangulara a su compañero, lo sabía por experiencia.

Tampoco Bob llevaba encima gran cantidad de dinero.

Se puso en pie obedeciendo a un ademán del hombre de la pistola, cuya mano izquierda registró rápidamente los bolsillos de Bob en busca de un arma, sin hallarla.

-Póngase el sombrero y el abrigo -ordenó el hombre, retirándose a uno de los rincones de la estancia. Bob siguió al pie de la letra sus instrucciones.

El desconocido estaba ahora junto a Bob.

-Va usted a venir conmigo -dijo en voz baja-. Es inútil toda resistencia, ¿comprende? Sé que no hay aquí nadie más que ese viejo que trabaja para usted. Dígale que tiene que salir. ¿Viene usted?

Bob hizo un gesto afirmativo. Luego empezó a andar decididamente hacia la salida hasta llegar al vestíbulo. Durante su marcha no dejó de notar la presión del cañón de la pistola en uno de sus costados.

Encontraron a Hodgson en él apenas iluminado hall.

-¿Sale usted con míster Mallory, señor?-preguntó el viejo servidor.

La presión de la pistola se acentuó en el costado de Bob. Este pudo convencerse de que Hodgson ignoraba que Mallory había salido hacía una hora.

Los ojos medio ciegos del antiguo ayuda de cámara eran incapaces de distinguir otra cosa que el bulto de dos hombres. Los guiños obstinados de sus ojos indicaban que estaba intentando inútilmente identificar la personalidad del acompañante de su amo.

-Sí -dijo Bob con voz ronca-. Voy afuera unos momentos.

-¿Lleva usted la llave, señor?

-Sí, Hodgson.

-Muy bien, señor. ¿Debo aguardarle?

Bob vaciló un segundo antes de contestar. Si Hodgson esperaba su regreso, podía resultar de ello algo ventajoso para él. Desde luego era indudable que si no regresaba en un tiempo prudencial, el viejo sirviente sospecharía que le había ocurrido algo anormal.

-Puede hacerlo así, Hodgson -contestó al fin.

El individuo de la pistola pareció no prestar atención a estas últimas palabras cambiadas entre amo y criado. Bob dejaba ver una sonrisa en sus labios cuando siempre empujado por el desconocido atravesó el hall.

Su estratagema había dado resultado. Hodgson le esperaría.

El anciano servidor se adelantó tambaleante a los dos hombres, abrió la puerta de la calle y permaneció unos instantes contemplando en la oscuridad la marcha de Bob Galvin y su raptor, que no tardaron en perderse en la noche.

CAPÍTULO III
SOMBRAS NOCTURNAS

Betty Mandell clavaba con insistencia sus ojos a través de la mesa en el rostro de Bob Galvin. Parecía algo pálida a la luz mortecina del comedor. La única iluminación la constituían dos candelabros colocados en el centro de la mesa.

-¿Qué té pasa? -preguntó su compañero al darse cuenta de la observación de que era objeto.

-Nada, Bob -contestó Betty-. Es que... pues bien, te encuentro muy distinto a como yo creía encontrarte.

-¿Ah, sí? -la voz de Bob tuvo un dejo agrio al contestar-. ¿Qué es lo que me encuentras? ¿Acaso no te gustan mis ojos?

-No es eso, Bob -dijo Betty apresuradamente-. Lo que pasa es que... bueno, que eres tan diferente de como yo me figuraba...

Su compañero rió de buena gana.

-¡Pero si no me habías visto desde que éramos chiquillos!-exclamó.

-He visto tu retrato -le recordó Betty-. Me enviaste uno hace dos años, con una de aquellas cartitas cariñosas que tú sabes escribir tan bien.

-Está bien, mujer. Te envié uno de mis retratos, pero los fotógrafos le desfiguran a uno con frecuencia, Betty. También es posible que yo haya cambiado un poco en ese tiempo. Son muchos los que me han dicho que he cambiado bastante de apariencia.

-Puede que tengas razón, Bob, pero cuando anoche oí tu voz por teléfono, me pareció que te estaba viendo mientras hablabas... y ahora me pareces completamente distinto.

-Tú no me viste anoche. Tienes una imaginación demasiado viva...

-Pero no fue imaginación mía el oír tu voz ¡Y también es diferente ahora, Bob! Cuando llegué aquí esta tarde experimenté una verdadera sorpresa al oírte hablar.

-La voz tiene tonalidades distintas a través del teléfono...

-Será eso, entonces -accedió Betty, y continuó diciendo-: No creo que te figures que estoy desilusionada. Estoy asombrada... aturdida... Eso es todo. Precisamente estoy tratando de acostumbrarme a ti... Comprendes, ¿verdad?

El se puso en pie y dio la vuelta a la mesa hasta llegar junto a la joven a la que dio unos golpecitos cariñosos en el hombro. Tal familiaridad molestó un poco a la muchacha, aun cuando no lo diera a entender.

-Estás algo preocupada, querida -dijo Bob-. Eso es lo que tienes. Nuestro pobre tío se murió. Ha sido un golpe duro para nosotros dos. Tal vez no te convenga estar mucho tiempo en esta rancia casona. ¿Por qué no haces un viajecito... hasta las Bermudas o algún otro lugar parecido?

-No tengo dinero para ello, Bob -contestó francamente Betty.

-¿No crees que te tocará algo de la herencia?

-Temo que no sea mucho, Bob.

-No te preocupes por eso. Espero que sea bastante. Yo por mi parte tengo mucho dinero, Betty. Tu viaje corre de mi cuenta.

La muchacha movió la cabeza en son de protesta.

-No querría que hicieras eso, Bob...

-Vuelvo a repetirte que eso corre de mi cuenta, Betty.

-Tal vez más adelante acepte... Cuando las cosas estén más asentadas. Por ahora quisiera permanecer aquí algún tiempo, Bob. Es decir, sino té molesto...

-¡Qué cosas tienes! ¡Pues poco que me alegro de que te quedes unos días conmigo! ¿No recuerdas que te lo dije anoche?

Betty hizo un signo afirmativo.

-¡Perfectamente! -exclamó Bob-. ¡Estamos de acuerdo!

Hodgson entró en aquel mismo instante.

-Un caballero desea verle, señor -dijo a Bob.

-¿Cómo se llama? -preguntó Bob.

-No me lo dijo, señor.

-Bien, le veré dé todos modos. Acompáñalo al despacho.

-Está bien, señor.

Betty no perdía de vista a Hodgson mientras hablaba y pudo notar una extraña expresión en el rostro del viejo criado.

Miraba fijamente a su amo como si sus ojos medio ciegos tratasen de ver más de cerca el rostro de Bob Galvin.

El viejo sirviente dio media vuelta y salió de la estancia.

-No tardaré en volver -declaró Bob a tiempo de salir para dirigirse al despacho.

Betty quedó sola en el comedor iluminado por los dos candelabros. A Teodoro Galvin, su difunto tío, le había gustado siempre el alumbrado con bujías.

El comedor jamás tuvo alumbrado eléctrico. Aun en las demás habitaciones de la casa no era muy abundante esta clase de alumbrado.

La oscuridad era casi angustiosa para Betty, pero no obedecía sólo esta angustia a lo deficiente del alumbrado de las velas. Estaba realmente desilusionada con respecto a Bob Galvin, aun cuando hubiese puesto empeño en negar este extremo.

Bob, es cierto, se había apresurado a saludarla a su llegada a Nueva York, pero hubo algo forzado en sus maneras. Después de lo pasado no tenía confianza en él.

Sin embargo, cuando la noche anterior le habló por teléfono, le impresionó agradablemente la sinceridad de su voz. Era sólo el recuerdo de aquella conversación lo que la reconciliaba con aquel hombre que había defraudado de tal modo sus esperanzas.

Hodgson no tardó en regresar. El viejo sirviente, a despecho de su casi ceguera, era bastante ladino y no dejó de darse cuenta de la melancolía que se había apoderado de la joven.

-¿Qué le pasa a usted, miss Betty? -preguntó.

-Nada, Hodgson.

-¿Se trata de mister Bob?

-Sí -no tuvo más remedio que confesar Betty-. Es muy distinto del Bob Galvin que yo esperaba. No puedo explicar por qué Hodgson, pero...

-Tiene usted razón, miss Betty -le interrumpió el sirviente en voz queda-. ¡Es distinto... muy distinto... desde anoche a acá!

-¿Desde anoche?

-Sí, mi ama. Salió con míster Mallory. Eso fue alrededor de la media noche. Volvió una hora después, y le hablé a su regreso. No me contestó, dirigiéndose directamente a esta habitación.

»Cuando habló al fin conmigo hoy, parecía cambiado. Había una diferencia notable en su voz.

El tono de la voz de Hodgson sumió a la joven en una completa perplejidad.

¿Por qué había salido de casa tan tarde Bob Galvin... y precisamente con Mallory? Tal vez Hodgson se equivocase con respecto a Mallory, pero no se equivocaba con relación a Bob.

¿Quién era el visitante de la noche anterior?

Era lo que hubiera deseado saber Betty. Se levantó de la mesa y se dirigió hacia el hall. A1 llegar a éste se encontró con Bob Galvin y otro hombre que venían del despacho.

El visitante no era fácilmente discernible en la oscuridad, pero Betty pudo observar que llevaba una gorra calada hasta los ojos. En la parte visible del rostro del desconocido podía notarse cierta rigidez de facciones.

-¡Hola, Betty! -dijo-. Voy a salir un rato. Te veré después.

Estaba poniéndose el abrigo mientras hablaba y se caló después el sombrero. Contra lo corriente no la presentó al visitante. Ambos desaparecieron dejando a la muchacha atónita.

Transcurrió la noche lentamente. Betty se entretuvo en leer un libro en la enorme biblioteca, una habitación tan defectuosamente alumbrada como el resto de la casa. Betty estaba ya acostumbrada a aquella atmósfera hostil, aun cuando a veces se dejaba sentir sobre ella su pesadez agobiante.

Era cerca de medianoche cuando la muchacha decidió retirarse. Antes de irse a acostar oyó cerrarse con estrépito la gran puerta de entrada. Crujieron los peldaños de la escalera principal.

Bob Galvin estaba de regreso al fin.

Transcurrieron unos minutos de absoluto silencio. Betty no podía conciliar el sueño. Sin saber porqué su pensamiento volaba hacia los cuadros del despacho de la planta baja. Fue allí donde Bob recibiera aquella misma noche al extraño visitante.

Betty se vio acometida de un deseo incontenible de visitarlo. Saltó del lecho y trató de ponerse las zapatillas, pero recordó al punto que estaban en su maleta, que aún no llegara a la casa a su regreso del campo.

Con los pies descalzos empezó a descender la alfombrada escalera apoyándose con una mano en la barandilla. Bajo su ligera personita no crujieron los escalones.

Empezó a andar silenciosamente a través del hall, y se detuvo de súbito al llegar a la esquina que llevaba hacia la puerta del despacho.

En el hall se percibía una luz difusa que provenía del despacho.

¡La puerta de la habitación estaba abierta y la lámpara colocada sobre la mesa estaba encendida!

Tal vez Bob se olvidara de apagarla, y tal vez estuviera él allí en aquellos momentos. Ante la última posibilidad, Betty podía explicar perfectamente su presencia en aquellos lugares diciendo que había oído un ruido en la planta baja y había venido a investigar su causa.

No obstante, aquella ocasión era admirable para observar a Bob antes de que la viese. Pensando así la muchacha avanzó cuidadosamente hacia la puerta.

La luz que se reflejaba en el pavimento la fascinaba. Era más que un resplandor y en aquella luz extraña se dibujaba una sombra especial, algo así como la silueta alargada del perfil de un hombre.

El trozo de sombra corrió hacia un lado. Betty dio unos pasos adelante y miró al interior de la habitación.

En pie junto a la mesa-escritorio estaba un hombre vestido de negro, con la espalda vuelta hacia la puerta. Parecía un extraño fantasma de la noche... pero un fantasma viviente venido sin saber de dónde.

A lo largo del pavimento se extendía su sombra larga, fantástica, que iba a perderse en la oscuridad del hall.

Betty tuvo que cogerse con ambas manos a las molduras de la puerta apenas divisó, horrorizada, aquel pavoroso personaje.

Pudo ver los pliegues de la capa negra que pendía de sus hombros, la parte posterior del sombrero de amplias alas que cubría su cabeza. Estaba registrando el escritorio, lo que se adivinaba por el movimiento de sus manos enguantadas.

En tanto que Betty permanecía en pie, como fascinada, el hombre aquel debió notar su presencia, puesto que súbitamente volvióse hacia la puerta.

Bajo su amplia capa que aparecía ahora abierta por delante, la muchacha entrevió de una ojeada su forro rojo y la tenue forma vestida de negro que encubría.

La cara de aquel hombre permanecía invisible, oculta por el alto cuello de la capa y las amplias alas del sombrero.

Todo lo que Betty pudo ver, fue el brillo taladrante de los ojos del desconocido clavados en ella por debajo el ala del sombrero, ojos que parecían sorprendidos de verla aparecer en el dintel de la puerta.

La muchacha se llevó rápidamente una mano a la boca para contener un chillido de espanto. Entonces resonó en la habitación una risita sorda, parecida a un susurro espectral, un sonido imponente, algo como de más allá de la realidad.

Agitóse un momento en el aire una mano enguantada, oyóse un golpe seco y la habitación quedó sumida en las tinieblas.

Betty, clavada materialmente al pavimento, se preguntaba admirada si todo aquello no había sido un sueño. Con una intrepidez, que ella misma no podía explicarse, se precipitó en la habitación yendo hacia el sitio que segundos antes ocupaba el misterioso personaje.

¡Estaba decidida a descubrir quién era aquel visitante nocturno, a adivinar sus fines, a descifrar el misterio que le rodeaba!

Silenciosamente fue avanzando hasta cerciorarse de que se hallaba cerca del escritorio. Una vez allí, a tientas, buscó la lámpara que sabía estaba encima de la mesa. Oprimió el conmutador y se volvió rápidamente en el instante mismo en que se hizo la luz. ¡Estaba completamente sola en el desierto despacho! Todo cuanto había visto antes le parecía ahora un engendro de su fantasía. Registró uno por uno todos los sombríos rincones de la estancia y de la planta baja de la casa y no pudo hallar nada en ellos.

No podía creer a sus sentidos, porque estaba absolutamente segura, sin que le cupiese ningún género de dudas, que allí, en aquella habitación, había estado un hombre extraño. ¡Y ahora se había ido!

¡Silenciosamente, como una sombra de la noche, se había desvanecido!

CAPÍTULO IV
INTERVIENE HODGSON

Fue durante el almuerzo, que Betty Mandell decidió decir a Bob Galvin lo que había visto la noche anterior.

La muchacha había pasado una noche tormentosa. Había dormido sobresaltada, despertándose con frecuencia a los más leves rumores. Una de las veces que le ocurrió esto, se sintió verdaderamente espantada.

Se le antojó que dos ojos centelleantes la miraban con fijeza a través de la ventana abierta, desde el otro lado de las sombras nocturnas. Luego resultó que se trataba de dos luces distantes, allá en el fondo de la calle desierta.

Pero aún entonces, a la luz matinal, Betty no podía contener un estremecimiento de terror, al pensar en aquel hombre fantástico vestido de negro al que descubrió en el despacho, y que tan misteriosamente había eludido su entrevista con ella.

-Bob -dijo solemnemente-, anoche ha ocurrido aquí algo extraño. Ya a hora bastante avanzada descendí a la planta baja. Creí... pensé... me pareció haber oído un ruido. En el despacho había luz encendida.

Bob Galvin dejó a un lado el diario matutino que estaba leyendo. En sus ojos brilló un momento una mirada burlona; una mirada perversa, a juicio de Betty.

-¿En el despacho? -preguntó Bob con voz envarada.

-Sí -dijo Betty- y no es eso todo. Había alguien en el despacho. Un hombre vestido de negro. Era como una sombra gigantesca con ojos.

-¡Ah... una sombra! -exclamó súbitamente Bob.

Se recogió un momento en sí mismo y sonrió acremente.

-¿Era algo real? -preguntó tras un minuto de silencio-. ¿O se trata de un producto de tu imaginación novelesca?

-Estoy segura de que era un hecho real -declaró Betty-. Alguien era preciso que estuviese allí, porque mientras yo trataba de creer en lo que percibían mis sentidos, aquel hombre se volvió hacia mí y se apagó la luz.

»Yo... yo estaba espantada, pero a pesar de ello entré inmediatamente en la habitación y di la luz. ¡Estaba sola en el despacho!

-Sola -dijo Bob en voz queda, mientras sus ojos fijaban una mirada indefinida en algo impreciso y lejano-. ¡La sombra se había ido!

-¡Sí, la sombra había desaparecido -contestó Betty-, pero algo más que una sombra, Bob! ¡Una sombra no puede apagar una luz!

»Experimenté un verdadero terror, Bob. Registré todos los rincones de la planta baja y no encontré nada. Ni siquiera una ventana abierta.

-Me parece que has soñado todo eso -dijo Bob-. Tu imaginación te está jugando una mala pasada. ¿Por qué no haces un viajecito de recreo? ¿Por qué no te vas fuera una temporada?

-No deseo dejar Nueva York ahora -contestó Betty con firmeza.

-Pero es que esta casa no es el lugar apropiado para ti en estas circunstancias -insistió Bob-. Por lo menos, mientras te encuentres en el actual estado de ánimo.

Betty se sintió inclinada a aceptar. Recordó que una amiga suya de la ciudad, Alice Wheeler, la había invitado a pasar unos días con ella.

Tal vez Bob tenía razón al recomendarle que se ausentase por una temporada para tranquilizar sus nervios alterados por los últimos acontecimientos. Pensando así reveló su compromiso de amistad.

-Alice Wheeler desea que vaya a verla -dijo-. Podía ir a pasar con ella unas pocas noches, pero no me gusta la idea de que tú te quedes solo aquí -añadió-. ¡Pasan cosas extrañas en esta casa...!

-No te preocupes por mí -se apresuró a contestar Bob-. No me ocurrirá nada. Es tu presencia aquí lo único que me preocupa. Creo que debías de marcharte hoy mismo.

»Cuando empiezan a asaltarte esas pesadillas, creo que un cambio de vida es lo que le sentará mejor a tu salud. Sigo creyendo que fue tu imaginación la que te hizo ver un hombre en el despacho.

Cuando Bob acababa de pronunciar estas últimas palabras, Hodgson entraba en el comedor a tiempo de oírlas. El viejo sirviente se detuvo en seco, pero ni un solo músculo de su cara se alteró.

-Llamaré a Alice ahora mismo -dijo Betty.

En cuanto la muchacha salió del comedor, Hodgson se acercó a la mesa y clavando una mirada indefinible en Bob Galvin, preguntó con voz silbante:

-¿Se lo ha dicho usted a ella? ¿Le ha hablado usted del hombre... de aquel hombre que yo encontré en el despacho?

-¿Qué hombre? -gruñó ásperamente Bob.

El antiguo ayuda de cámara se sintió herido como por una bofetada por aquel tono de imperio desconocido hasta entonces para él.

-El hombre que yo encontré muerto allí -aclaró tras un esfuerzo-, el hombre de que ya le he hablado... ¡el hombre muerto!

-No -dijo Bob con voz destemplada-. Escuche, Hodgson. No quiero que siga usted por ese camino. ¿Me entiende? Cuando yo quiera decirle a usted algo, se lo diré sin necesidad de que usted me pregunte. ¡Acuérdese de esto!

Y volvió a coger el periódico que abandonara al principio de su conversación con Betty. Hodgson permaneció unos segundos atónito, tembloroso, herido en lo más hondo por la acritud de las palabras pronunciadas por Bob.

Luego giró sobre sus talones y salió tambaleándose de la habitación, con la cabeza caída sobre el pecho. Ya en el hall se encontró con Betty.

-¿Qué ocurre, miss Betty? -inquirió con angustia-. ¿Ha ocurrido algo?

-Nada importante, Hodgson -contestó Betty-. He decidido ir a hacer una visita a mi amiga Alice Wheeler. Avise a Perkins que esté aquí dentro de media hora con el coche. Voy a preparar mi equipaje.

-Miss Betty -suplicó acongojado Hodgson-. ¡Debe usted decirme lo que pasa!

La muchacha no pudo resistir a la súplica del viejo servidor. Sabía que Hodgson era la única persona en quien podía confiarse, puesto que había vivido largos años en aquella casa a solas con su tío y con aquel anciano servidor.

Si podía suscitarse algún peligro en la casa, había que poner sobre aviso a Hodgson. Estaba segura de que no sería Bob Galvin quien lo hiciera.

Llevóse al viejo a un lugar reservado y le contó todo lo que había sucedido la noche anterior.

-Creo, en efecto, que es mejor para usted marcharse -dijo el viejo moviendo pesaroso la cabeza, cuando la muchacha terminó su relato-. No van aquí las cosas como debían de ir. No sé lo que vio usted anoche. Podía haber sido...

-¿Un fantasma?-medio rió Betty a pesar de las circunstancias.

-Tal vez, miss Betty -declaró Hodgson solemnemente-. Un hombre fue asesinado en esa misma habitación mientras usted estaba fuera. Yo mismo hallé su cadáver.

El relato horrorizó a Betty. No era supersticiosa, pero aquella revelación inesperada le hizo estremecer.

Estaba a punto de inquirir nuevos detalles de Hodgson, cuando apareció Bob que venía del comedor. Betty se volvió rápidamente y se lanzó escaleras arriba. Mientras subía oyó a Bob decirle a Hodgson que se marchaba.

Betty preparó una maletita de viaje. Pensaba estar ausente muy pocos días.

Poco después, y con la maleta en la mano, descendió a la planta baja y se dirigió a la puerta de salida de la casa.

Cuando llegó a ella, Hodgson no estaba a la vista. Perkins esperaba en la calle con el auto. Betty se dirigió en busca de Hodgson.

Algo la atrajo hacia el despacho. La puerta estaba cerrada. Se dijo a sí misma que el viejo servidor debía de estar allí, ya que era extraño que no estuviese en la puerta para despedirla.

Abrió la puerta y entró. Hodgson estaba en pie junto a la mesa y se volvió sobresaltado al ruido que produjo la muchacha al entrar, tratando de ocultar algo. La joven vio que se trataba de un revólver.

-¿Qué está usted haciendo, Hodgson?-preguntó Betty sorprendida.

-Nada, miss Betty -empezó a decir el criado. Luego comprendió que la muchacha había visto el revólver y añadió-: Me estoy preparando, sencillamente, mi ama... Eso es todo.

»Estoy preocupado por míster Bob... y he creído sería mejor si yo tenía a mano un revólver. Nada más.

-Sea usted cuidadoso, Hodgson -murmuró en voz baja la joven-. Espero que no ocurrirá nada mientras yo esté fuera. Será usted prudente, ¿verdad, Hodgson?

Cuando la muchacha le hubo dejado, Hodgson permaneció inmóvil unos segundos, moviendo la cabeza como si se hablase a sí mismo. Luego se guardó el revólver en el bolsillo y salió del despacho.

Fue ya a la caída de la tarde cuando regresó Bob Galvin. Venía acompañado por Hiram Mallory. Indudablemente, Galvin había entrado al pasar para ver al amigo de su tío.

Mallory dirigió unas palabras cariñosas a Hodgson. Luego él y Bob entraron en el despacho y cerraron la puerta. Era cerca de la hora de cenar cuando se marchó Mallory.

Bob Galvin cenó solo aquella noche. Hodgson le sirvió con rostro ceñudo y Bob no pareció darse cuenta de su presencia mientras duró la cena.

Por la noche hubo un visitante, el hombre que llevaba la capa negra. Eran más de las once cuando se fue. Bob volvió solo al despacho.

Fue entonces cuando entró Hodgson, y ya estaba junto a la mesa cuando Bob oyó sus pasos. El joven dio un salto en su silla.

Hodgson, con el gesto torvo y ademán resuelto, permanecía en pie junto a él. En su mano temblorosa el viejo sirviente empuñaba un revólver.

Bob Galvin clavó las uñas en los brazos del sillón. Estaba espantado, aun cuando Hodgson no pudo, en su casi ceguera, discernir la expresión que reflejaba su rostro.

-¿Qué es eso, Hodgson? -preguntó-. ¡Baje ese revólver! ¿Comprende?

-¡Va usted a marcharse lejos de aquí! -ordenó Hodgson con voz ronca-. ¡Váyase lejos... y no vuelva más! ¡No debe vivir aquí! ¡Usted no es el hombre que pretende ser...!

-Eso es una insensatez, Hodgson -le interrumpió Bob Galvin-. ¡Deme ese revólver y váyase de aquí!

-¡Usted es el que debe marcharse! -repitió Hodgson con la misma voz ronca pero resuelta-. He sospechado de usted, desde que anoche salió de aquí con otro hombre. Usted no es Roberto Galvin...

El joven soltó una carcajada. Pasada la primera sorpresa, ya no temía a Hodgson. No pensaba que el viejo sirviente se atreviese a disparar sin provocación alguna por su parte.

-El señor Mallory está aquí -dijo-. Él sabe que yo soy Bob Galvin. Su vista le falla, Hodgson. Eso es lo que ocurre. Llame a Mallory y pregúntele quién soy yo.

Por un momento el viejo vaciló y miró azorado ante sí, pero la duda no tardó en borrarse de su rostro, apareció más determinado aún que antes.

Bob Galvin no dejó de notar aquel cambio. Comprobó fácilmente que una firme convicción se asentaba en el cerebro de Hodgson.

-No iré a llamar al señor Mallory -exclamó el criado con tono resuelto-. No iré a llamarle, porque...

Pero se interrumpió en seco y añadió:

-No tengo nada que hablar con él. ¡Debe usted marcharse ahora mismo! ¡Es preciso! ¡Le doy a usted diez segundos para salir de esta casa!

Bob Galvin se le quedó mirando con fijeza, pero no despegó los labios.

-Uno... -dijo Hodgson lentamente-. Dos...

Bob Galvin se movía ahora pulgada a pulgada. Se iba acercando poco a poco a Hodgson, pero los ojos sin vista del viejo sirviente no notaron aquel movimiento de avance y continuó contando.

-Ocho...

La mano de Bob Galvin se agitó en el aire de súbito y fue a chocar en la muñeca de Hodgson. El revólver salió disparado.

Bob Galvin saltó sobre el viejo servidor y empezó entre ellos una lucha a brazo partido.

Todas las ventajas parecían estar de parte de Bob, pero éste se encontró con una sorpresa que no esperaba. La debilidad de Hodgson sólo existía en sus ojos.

E1 apretón del viejo fue feroz y peleó bravamente con su joven adversario.

A poco rodaron por el suelo y Hodgson quedó encima.

Todo hacía suponer que el viejo iba a dar buena cuenta de su contrincante.

Bob tenía una mano libre, pero no podía usarla en ventaja suya. Extendió el brazo desesperadamente y sus dedos tropezaron con la culata del revólver que dejara escapar Hodgson.

Bob consiguió apoderarse del arma. Con un rápido retorcimiento consiguió verse libre un instante, y al hacerlo así esperó tranquilamente la nueva acometida de Hodgson.

Cuando el viejo se lanzó como una fiera hacia adelante, Bob alzó el brazo armado en el aire y la culata del revólver fue a chocar contra la cabeza de Hodgson, que se desplomó lanzando un gemido.

Con cruel ensañamiento, Bob le golpeó de nuevo. Se dejó caer de rodillas junto al cuerpo de su adversario y le golpeó una y otra vez con furia, con verdadero salvajismo.

Parecía no existir límite a su furia. Hodgson estaba ya muerto al recibir el cuarto golpe, pero Galvin pegaba y pegaba hasta que la cabeza de Hodgson llegó a convertirse en una masa informe.

Entonces, con una repugnante expresión, Bob púsose en pie y miró a sus pies recreándose en su propia obra destructora.

-¡Sabías demasiado! -murmuró-. ¡Ahora ya no sabes nada!

Dejó el revólver en el escritorio. Sentóse ante éste mirando el cuerpo de Hodgson mientras llamaba a un número del teléfono. Seguro de estar hablando con la persona deseada, Bob Galvin le dio una orden breve, tajante:

-Ven a ver esto tan pronto como puedas. He cambiado mis planes -dijo-. Hay aquí trabajo para los dos.

Colgó el auricular y se quedó mirando con una horrorosa sonrisa el cadáver que yacía sobre el pavimento.

CAPÍTULO V
PLANES HOMICIDAS

-¡Esta noche es la noche, Briggs! -¿De modo que eso es lo que te dijo el patrón, eh, Bob?

Los dos hombres que sostenían esta conversación estaban sentados en el mismo despacho que antaño perteneciera a Teodoro Galvin.

Uno de ellos era el joven que se llamaba a sí mismo Bob Galvin. El otro era un hombretón alto y fornido, que vestía el rígido atavío de un servidor inglés, casi de idéntica hechura que los que acostumbraba a llevar Hodgson.

-Sí -contestó con acento decidido el joven Bob-. Vamos a dar un buen golpe esta noche. Por lo menos, tú y Clink. Yo tengo que quedarme aquí.

»Tan pronto como Clink venga, tú y él vais a ir a conocer al Jefe. El os dará las instrucciones finales.

El hombretón asintió con un rudo movimiento de cabeza. Su rostro aceitunado estaba radiante. Sus ojos relucían con un fulgor asesino.

Bob Galvin sorprendió aquella mirada y en su rostro pintóse una mueca de complacencia. La expresión del rostro del joven llegó a ser de verdadera ferocidad.

-Y después de esta noche -observó Briggs-, ¿qué más?

-Si las cosas van bien -contestó su compañero-, habrá para todos. Si no es así, tendremos que hacer el juego como lo habíamos planeado.

»Tú serás Briggs... Briggs, el mayordomo o cosa parecida que yo te llame; el servidor que he buscado en sustitución de Hodgson al que he reemplazado a causa de su estado de debilidad creciente.

-No estaba tan débil como quieres suponer, hace tres noches-dijo sarcásticamente Briggs.

-Tienes razón -contestó Bob-, pero las gentes no deben saberlo. La muchacha es la única a quien debemos convencer del engaño. Yo he enviado a Hodgson fuera para que se tome unas largas vacaciones, que le eran muy necesarias. El pobre necesitaba descanso. Es un gran corazón, un corazón de niño. Ya sabes.

-Briggs el mayordomo -dijo el gigantón haciendo una mueca-. Bien, Briggs es un gran nombre... y sucede que es desde ahora el mío. Es fácil de recordar. No me equivocaré. Briggs es mi nombre, de la misma manera que el tuyo es Bob. Bob...

-Galvin -interrumpió el joven que estaba sentado tras la mesa-. Recuérdalo y sobre todo no te equivoques. ¿Comprendes?

Bríggs hizo un gesto de aquiescencia. Desfigurada aún su cara por la horrible mueca, paseó una mirada circular por la habitación, en actitud reflexiva.

-Los dos hemos hecho lo nuestro en esta habitación, ¿eh, Bob? -murmuró intencionadamente-. Empecé yo dando pasaporte a Barker. El granuja trató de jugar con

nosotros con dos barajas. Luego tú le ajustaste las cuentas a ese tonto, Hodgson, cuando trataba de interponerse en tu camino. Obraste algo a la ligera cuando hiciste eso...

-No más ligero que tú -le interrumpió Bob-. Estoy convencido de que no había más que un camino para tratar con Barker, pero hubiera sido mejor si le hubieses hecho hablar antes de darle pasaporte. Podía haber sabido algunas cosas que nosotros ignorábamos.

-Tuve que obrar como lo hice-dijo Briggs con gesto adusto-. Podía habérseme adelantado, aquel granuja. No pude darle la probabilidad de que lo hiciera. Di -continuó, volviendo súbitamente a la conversación anterior-, ¿cuándo regresa la muchacha?

-Mañana -fue la rápida contestación-. Por eso es por lo que debes estar preparado para representar tu papel. Acuérdate de que debes llamarme <señor> o <míster Galvin>. ¿Sabrás mantenerte correcto?

-Desde luego. Y ella se llama miss Betty. Pero, escucha -dijo Briggs poniéndose serio de pronto-. ¿Qué piensas del tiempo que estuvo antes aquí? Crees que realmente vio...

-El jefe ya ha reflexionado sobre ello -le interrumpió Bob-. Puede tratarse sólo de un producto de su imaginación. Si este es el caso, no debe preocuparnos en absoluto. Pero si efectivamente vio a alguien, es probable que fuese... bueno, ya sabes de quién se trata.

-¡La Sombra!

-Sí.

Briggs movió la cabeza dubitativamente.

-Ese es un punto duro de pelar, Bob -dijo-. Yo creo que el patrón puede hacerlo. Es un pájaro de cuidado.

»Pero la Sombra tampoco es manco. Además, tiene una colección de buenos sabuesos para oponerlos a los nuestros. Tal vez no acabase con nosotros... pero es capaz de darnos un disgusto.

-Ya se encargará de eso el jefe, Briggs -dijo Bob con impaciencia, como si le disgustara la conversación-. Ya sabes la manera de obrar de la Sombra. Le gusta mezclarse en los asuntos en que ha fracasado la policía. Ese es su juego, ¿no es así?

-Así he oído decir.

-Pues bien, he aquí cómo procede el jefe. El asunto Barker se les pasó por alto a los «guindillas». No consiguieron descubrir nada del asunto. Por eso la Sombra decidió tomar cartas en él.

»¡Pero antes de que lo hiciera, yo estaba aquí! Yo soy Bob Galvin, metido dentro de mi piel. La muchacha no sabe nada, porque la quité de en medio a tiempo, y lo mismo hice con Hodgson... ¡y éste para siempre! No hay nadie delante de la Sombra... sólo la escena del crimen.

-Hasta ahora me parece todo muy bien.

-¡Perfectamente! -continuó Bob-. El se cuela aquí para ver de encontrar el cabo del ovillo, pero no encuentra nada. ¿Por qué? Porque tú no dejaste ninguno y el jefe y yo los borramos detrás de ti.

»Reynold Barker no estaba enganchado con nosotros regularmente. Su nombre no significaba nada, aun cuando la Sombra lo hubiese descubierto. Por eso fracasó cuando vino aquí en busca de un rastro. La muchacha nos ayudó admirablemente, al echar a andar hacia él.

»Ahora ha dejado este lugar. Tal vez está intentando algo por otra parte... tal vez ha desistido.

-El patrón es un tío muy vivo. Debías decirle todo eso -contestó Briggs entusiasmado.

-Llámale jefe -le advirtió Bob-. Le gusta más que le llamen así.

-Bien, pues, el jefe.

-Además -añadió Bob-, estamos a salvo de que el viejo Hodgson pudiese contarle algo. Logramos sacar de aquí su cuerpo sin ningún contratiempo. Había tiempo de sobras para ello. Eso facilitó nuestra tarea, porque permitió situarte a ti en la casa... y nos libró de la presencia de Clink, también.

»No olvides que habiendo estado vigilando varias noches en esta habitación, el estúpido de Clink no ha conseguido saber nada de la Sombra.

-¿Va a continuar Clink desempeñando el papel si tenemos que estar aquí mucho tiempo?

-¡No! -exclamó Bob con ímpetu-. Puede ser que se quede aquí de guardia por la noche, mientras estemos tú y yo solos en la casa. ¡Pero no con la muchacha aquí! Esa cara suya está bien detrás de una máscara o bajo la visera de una gran gorra. Pero si la deja al descubierto para que se la vean...

-Tienes razón -admitió Briggs tímidamente-. Es un buen muchacho, Clink, pero tiene mal aspecto.

-No puede vivir aquí, de ninguna manera -añadió Bob-. Tienes razón, Briggs. Yo también creo que es un buen muchacho... Pero Clink está mejor fuera que aquí.

-Yo creo que la Sombra también está fuera de aquí para siempre -observó Briggs.

-Así es -contestó Bob-, pero tenemos que asegurarnos de ello. Por eso tú y Clink tenéis trabajo esta noche. El jefe y yo os guardamos las espaldas.

»Estamos jugando un juego seguro, esa es la verdad. Todo el mundo sabe que la fortuna de Galvin se ahogó. Nadie puede suponerse que se arriesgue nada para venir a coger este caserón y una casucha vieja en el campo.

»¡El viejo Galvin los engañó seguramente a todos, y aun estuvo a punto de engañarnos a nosotros! Eso fue lo que movió al jefe a considerarlo como un sabio.

En este momento se oyó resonar la campanilla de la puerta de entrada.

Briggs hizo una mueca al levantarse para ir a abrir. Poco después regresó acompañando al visitante, un hombre que llevaba un abrigo oscuro y el rostro casi completamente oculto tras el amplio cuello levantado.

Llevaba también una gorra con la visera caída sobre los ojos.

Era el mismo individuo que salió con Bob Galvin la noche antes de que Hodgson empezara a sospechar de su nuevo amo. El hombre entró en la habitación con el continente de un visitante familiar.

-¡Hola, Clink! -dijo Bob.

-¡Hola! -fue la arisca contestación-. ¿La misma tarea de todas las noches para hoy? ¿Quedarme sin dormir y vigilando?

-Esta noche, no -contestó Bob-. Tú y Briggs tenéis un trabajito. Un gran trabajo. Te estamos esperando. Tenéis que ir los dos a ver al jefe ahora mismo.

El gigantesco Briggs se estaba poniendo ya el abrigo.

-El jefe os lo explicará todo. ¡Id allá y a ver si hacéis bien ese trabajo!

Cuando los dos hombres se fueron, Bob se sentó solo, sonriendo. Había un trozo de papel sobre la mesa. Sobre él dibujó ciertas señales, que luego raspó.

Escribió la letra S dos veces y las borró también.

Cogió el listín de teléfonos y buscó la letra H, hasta llegar al nombre Richard Harkness. Se repitió a sí mismo el número y cerró el listín a tiempo que miraba el reloj.

-Las diez -dijo en voz baja-. Pronto se habrá terminado, a menos de que oiga lo contrario antes. Va a ser una buena noche...

»Viveza del jefe figurándose que la clave significaba un nombre. Muy listo, mucho. Yo no me lo figuraba.

»Todo el asunto depende de que nosotros estemos a tiempo tras él. Esa es la mejor parte del negocio. Si Harkness no sabe... bueno.

Hizo una pausa. Estaba recordando una conversación que había mantenido anteriormente. Fue aquel el primer acierto de aquella noche... y parecía ser el mejor.

-Si nosotros erramos esta vez -observó Bob-, sólo estamos empezando. No puedes pegar al jefe. Él fue el primero que se imaginó el juego de Galvin. Volverá a enderezarlo otra vez.

Al terminar este soliloquio, Bob cogió un libro y se echó hacia atrás en la silla. Como si se le hubiese ocurrido después algo, colocó su reloj sobre la mesa.

Volvió a recostarse en la silla y empezó a leer tranquilamente y con aparente interés. A veces suspendía la lectura para mirar el reloj, y cada vez se dibujaba en sus labios una sonrisa brutal.

Eran ya casi las diez. Algún plan cobarde iba a tener su culminación a dicha hora. El joven espiaba con mirada perversa que sonase la hora para el crimen de aquella noche.

CAPÍTULO VI
EL TERCER ASESINATO

Richard Harkness era un arquitecto de mediana edad y de ideas algo excéntricas. Era artista por naturaleza, y había lamentado siempre no haber llegado a ser un pintor de retratos.

A causa de sus sentimientos artísticos, vivía solo en una casa oscura en la linde de Greenwich Village. Para él aquel paraje era un santuario en el centro de la agitación de Manhattan.

Harkness era un solterón. Generalmente pasaba las noches solo. Conociendo sus hábitos de soledad, sus amigos rara vez le llamaban por teléfono.

Aquella noche se hallaba Harkness leyendo un nuevo libro sobre el arte de pintar retratos. Estaba sentado en una de las habitaciones del tercer piso de su vivienda, su estudio, como él la llamaba. Las paredes estaban decoradas con cuadros, algunos de ellos pintados por el mismo Harkness.

La habitación era bastante confortable, aunque amueblada sencillamente. Se notaba que estaba excesivamente limpia para ser un estudio de pintor, pero esto era debido a los cuidados de la portera encargada de hacer la limpieza cada tarde, ya que Harkness jamás se preocupaba de poner las cosas en orden por sí mismo.

Era él, precisamente, uno de los contrastes de su propia habitación. Tendido en un butacón, ataviado con una bata, tenía alborotada su grisácea cabellera y parecía en aquellos momentos la personificación del desaliño.

A pesar de hallarse tan enfrascado en la lectura del libro que tenía ante los ojos, Harkness prestó súbitamente atención a la percepción de un claro ruido que venía de la parte externa de la habitación. Escuchó unos segundos.

Una expresión de sorpresa se pintó en sus afiladas facciones. Cerró el libro y cruzó la habitación en dirección hacia la puerta, que abrió rápidamente, y asomándose al descansillo escuchó un momento hasta convencerse de que el ruido de pasos se había detenido en el segundo piso.

Al no oír la repetición del ruido, cerró la puerta y volvió al centro de la habitación, pasando las páginas del libro hasta encontrar aquella en que estaba leyendo.

Otra vez se oyó el ruido con toda claridad. Harkness se volvió. La puerta se abrió por sí sola y por un instante pensó haber visto moverse algo en la oscuridad.

-¿Quién está ahí? -preguntó.

No obtuvo respuesta. Harkness anduvo otra vez hacia la puerta.

Súbitamente se halló frente a frente de un hombre que avanzaba desde las escaleras, llevando en la mano una pistola. Aquel hombre era de poca estatura. Llevaba un abrigo negro y una gorra encasquetada hasta los ojos.

Además de la gorra, cubría la barba del intruso un pañuelo doblado en punta.

En el momento en que Harkness se detenía estupefacto, apareció un segundo individuo, que era considerablemente más alto que el primero y mucho más voluminoso. Su rostro estaba también cubierto por un pañuelo a manera de máscara, y en la mano llevaba también una pistola automática.

-Siéntese -ordenó una voz baja e imperiosa.

Harkness obedeció en el acto. Echó un poco hacia atrás su butacón y se dejó caer en él. Los dos hombres, evidentemente, daban por supuesto que estaba desarmado. Debían de ser ladrones, a juzgar por su aspecto.

Harkness se preguntaba por qué demonios habrían ido a su casa, enclavada en aquel barrio miserable. Pensó entonces que tal vez aquellos hombres hubiesen supuesto que él poseía en su estudio objetos de valor, cuando precisamente ocurría todo lo contrario.

Harkness no sentía miedo alguno, pero estaba estupefacto.

-Buenas noches, caballeros -dijo con voz clara y un tanto sarcástica a los dos salteadores, que se habían quedado en pie frente a él-. Supongo que vendrán ustedes buscando alhajas y dinero. No tengo aquí nada que valga dos reales.

»Tengo, sí, algún dinero... unos treinta y cinco dólares. Mi cartera está en aquella mesa del rincón. Pueden ir a cogerla por sí mismos.

-No queremos su pasta -gruñó el más corpulento de los dos, con una voz que Harkness hubiese asegurado que no era la normal.

Harkness estaba cada vez más confuso. No se explicaba lo que estaba ocurriendo. Era un hombre que tenía muy pocos amigos, y estaba seguro de que ningún enemigo...

Arquitecto de profesión y pintor de retratos en el deseo, había vivido hasta entonces muy retirado del mundo. No podía suponer que aquella visita constituyese amenaza alguna para él, y sin embargo, esa misma amenaza estaba patente ante su vista.

-Queremos hablar con usted -continuó el gigantón con el mismo tono de gruñido-. Antes de empezar, deseamos que comprenda una cosa: Cuando acabe esta conversación, tiene que cerrar la boca sobre lo que ha pasado. ¿Está claro?

Harkness accedió con un movimiento de cabeza.

-No debe usted hacernos preguntas -continuó aquel individuo-. No hablamos en broma, sino en serio... y este es nuestro negocio. Métase eso bien en la cabeza.

»No intente hacer nada cuando nos vayamos, ni llame a los «guindillas». Si lo hace así... bueno, creeremos que no mira por sus intereses y se encontrará con la horma de su zapato si trata de jugar doble. ¿Me comprende?

-Me parece que la cosa está suficientemente clara -contestó tranquilamente Harkness-. Parece que lo que ustedes pretenden es hacer una información. En estas circunstancias estoy dispuesto a proporcionarles cuantos datos deseen... con tal de que yo sepa de qué se trata...

-Y que no se vaya de la lengua después, ¿me ha entendido? ¿O debo repetirlo?

-Puede considerar todo esto como estrictamente confidencial -contestó Harkness con una torcida sonrisa-. Lo que no puedo explicarme es por qué han venido ustedes aquí...

-Ahora se lo diremos -le contestó el hombretón-. Déjeme preguntar y usted irá contestando.

Hizo una pausa para cambiar de postura. Cogió una silla y se sentó junto a Harkness, manteniendo el cañón de su pistola en el íntimo contacto con la humanidad del arquitecto.

El hombrecillo que le acompañaba no se movió de donde estaba. Continuó en pie como una estatua y sin dejar de apuntar con su pistola.

-Usted era amigo de un hombre llamado Teodoro Galvin -empezó a decir el gigantón con su voz aguardentosa-. ¿Es así?

-Conocí a Teodoro Galvin -contestó Harkness.

-¿Trabajó usted para él, no es así?

-Empleó mis servicios como arquitecto.

-Muy bien. ¿Y no ha construido usted alguna vez una trampa para él?

-¿Una trampa?

-¡Ya sabe usted lo que quiero decir! ¿No ha trazado usted planos especiales para sus edificaciones? ¿Hacer algo que las gentes no debían de saber dónde estaba... una habitación secreta, por ejemplo?

-En realidad, todas las habitaciones que yo he dibujado para el señor Galvin -dijo Harkness-, eran edificaciones modernas para oficinas. Debían servir exclusivamente para fines comerciales...

-¡Basta de cuentos! ¡Conteste a mi pregunta! -y al hablar así, el cañón de la pistola se hundió amenazador en las costillas del arquitecto-. ¿Había en ellos habitaciones secretas?

Harkness negó solemnemente con la cabeza, mientras miraba fríamente al hombre que tenía enfrente, tratando de adivinar sus facciones tras la máscara que las cubría a medias.

La pistola se apartó unas pulgadas de su cuerpo.

-¡Va usted a hablar -dijo el gigantón con una risita-, porque nosotros lo estamos haciendo en serio!

»Estamos buscando un lugar secreto, que usted sabe dónde está. ¡Si no nos lo dice, va a ser peor para usted!

-Yo he trazado los planos de muchas edificaciones -declaró Harkness-. No puedo recordar ningún plano de la forma que usted sugiere. Los edificios que planeé para Teodoro Galvin, eran simplemente edificios comerciales. Tendré que consultar mi registro de planos para darle a usted el número exacto de esos edificios...

-Escúcheme ahora -dijo duramente la voz-, y fíjese bien en esto: Cuándo el viejo Galvin edificó la casa en que vivía... ¿qué hizo usted en ella?

-Esa casa fue edificada mucho antes de mi época -contestó Harkness sin perder de vista la pistola-. Es una casa muy vieja. »Espere un momento -parecía haber cruzado su cerebro un pensamiento súbito-. Me parece recordar algo. Hubo algunas reformas desacostumbradas en esa casa...

Se detuvo y miró fijamente al hombre que tenía delante.

-¡Siga!-le ordenó su interlocutor.

-Espere un minuto -contestó Harkness en tono resuelto. Sabía que la pistola no dispararía mientras él prometiese hacer revelaciones-. No me explico cuáles son sus propósitos. Me gustaría saber tan sólo cuáles son sus intenciones respecto a mí.

»Yo le diré cuanto desea... y guardaré el secreto de este asunto, pero ¿qué va usted a hacer conmigo después de mis revelaciones?

El hombretón vaciló antes de contraer un compromiso. Por último se resolvió a prometer.

-Díganos cuanto sepa de este asunto -dijo al fin-, y no le molestaremos más.

-Perfectamente -contestó Harkness con evidente satisfacción-. Yo prometí a Teodoro Galvin no decir una palabra a nadie acerca de los planos que hice para su casa. En realidad, me había olvidado ya de este asunto.

»Galvin ha muerto y comprendo que en realidad mi compromiso de silencio se ha extinguido.

Levantó las manos e hizo un gesto.

-Déjeme coger lápiz y papel. Puedo dibujarle aquellos planos...

-¡Espere! -le interrumpió el gigante-. Yo mismo iré a buscarlos. ¿Dónde están?

-Allí -contestó Harkness señalando una mesa que había a su mano derecha.

El gigante encontró un gran block de papel en el cajón de la mesa. Cogió también un lápiz y llevó ambos objetos a Harkness. El arquitecto empezó a dibujar un tosco plano.

-La escalera de la bodega está aquí -explicó. El gigantón seguía atentamente las explicaciones del arquitecto, pero su compañero seguía encañonándole-. Aquí hay un pasillo. A1 lado están dos postes de acero contra la pared.

»Los postes sirven de soportes. Actualmente están falseados. Pueden ser movidos a ambos lados en opuestas direcciones.

»Cuando se ha hecho eso, observará usted que la sección de la pared es una gran puerta. Detrás hay una cueva secreta... un compartimiento de la bodega, viejo, sin usar.

Tendió el block al hombretón.

-Tome -le dijo-. Esto es lo que usted desea.

-¿De veras? -rió su interlocutor-. ¿Es éste el único lugar secreto?

-Positivamente -contestó Harkness-. Yo dibujé esa pared para Teodoro Galvin. Fue el único trabajo especial que yo hice en el vetusto caserón.

»Él llevó dos hombres de noche para hacer ese trabajo. Ninguno de aquellos dos individuos debían saber la situación exacta de la casa. Los llevó en un automóvil y se los llevó de la misma manera.

El gigante estudiaba a Harkness con atención. Luego miró detenidamente el plano. Había algo en sus ademanes que hizo creer al arquitecto que estaba satisfecho. Sin embargo, no hizo movimiento alguno para marcharse.

Cuando Harkness estaba todavía sorprendiéndose de aquella inmovilidad, sonó el timbre del teléfono. El gigante cogió el auricular.

-¡Halló! -dijo-. Sí... Está en la casa vieja. Sí. Está en la escalera de la bodega -y fue detallando el plano-. Un pasillo y dos postes al final. Movibles. Golpéalos con un martillo hacia afuera. Eso es.

Y colgó el auricular.

-De modo que tienen ustedes un compañero... -observó Harkness.

-Eso no le interesa a usted -dijo el gigante-. Hemos convenido que nada tiene que temer si mantiene la boca cerrada.

»Como tal vez me llamarían otra vez si me marchase, vamos a quedarnos a hacerle un rato más de compañía.

Harkness bostezó ruidosamente.

-Ya me figuré que continuaríamos un rato juntos -dijo-. Si quisiera usted darme el block... Y el lápiz también.

»Le dibujaré un diagrama de cómo funciona la puerta. Tal vez pueda necesitarlo.

El gigantón le entregó el block y el lápiz. Harkness esbozó una sonrisa al recibir los dos objetos. Empezó a dibujar. El hombretón se inclinó súbitamente sobre el papel.

-¡Eh! -Su voz tenía un acento colérico-. ¿Qué está usted dibujando ahí?

Al hablar así arrebató violentamente el block de las manos de Richard Harkness. El lápiz cayó junto a la butaca.

El hombretón arrancó la hoja del block y la rompió con furia, metiéndose los trozos en el bolsillo.

-¡Basta de bromas! -exclamó-. Pintando mi retrato, ¿eh? Muy divertido, ¿verdad? ¡Deme ese lápiz!

Harkness se inclinó hacia el suelo y manoteó para coger el lápiz. Levantó al fin la mano, pero la detuvo un instante en un pequeño compartimiento que tenía medio abierta la portezuela. Luego extrajo de él la mano ¡en la que podía verse una pistola!

El gigantón lanzó un grito al ver el arma. Harkness le había cogido desprevenido. Su pistola la había dejado sobre la mesa para coger el block y rasgar la hoja.

De haber sido el gigantón el único adversario, pronto hubiese estado fuera de combate, pero en aquellos momentos Harkness no se preocupó de él, y en cuanto tuvo el arma en la mano, se volvió hacia el hombrecillo que había seguido impasible esta escena.

La maniobra realizada por el arquitecto le había pasado inadvertida hasta que el gigante lanzó el grito de alarma. Fue el primero de los dos atracadores que vio el arma.

Harkness disparó en el mismo instante en que sonó la voz de alarma.

Apenas había apretado el gatillo y salido el tiro de su pistola, cuando contestó la del hombre pequeñito.

Harkness, por su precipitada puntería, había errado el tiro, pero el enmascarado era un excelente tirador y la bala de su pistola entró en el cuerpo del arquitecto a la altura del hombro derecho. Harkness lanzó un gemido al caer hacia atrás en su butaca.

El gigante se había puesto en pie alarmado. Comprobó inmediatamente que los tiros era probable que no hubiesen sido oídos.

Harkness estaba malherido. La pistola había caído de su mano. Sus ojos se habían cerrado y ahora empezaba a abrirlos de nuevo. Ante aquel signo de vida, el hombre que acababa de disparar se adelantó hacia él echando espumarajos.

-¿Trataba usted de asesinarme? -Su voz era agria, colérica, y hablaba como si echase veneno por la boca-. Pero le he dado lo suyo... y todavía no es todo...

Alzó la mano poniendo la pistola a la altura de los ojos del arquitecto. Un súbito terror se apoderó de éste cuando vio la muerte cara a cara.

-¡No tire! -aulló-. ¡No tire! Yo le diré... le diré... dónde...

-¡No tires! -gritó a su vez el gigante acercándose al grupo.

Fue demasiado tarde. El furor del hombrecillo enmascarado había llegado a su colmo. Un juramento de venganza salió de sus labios a través del pañuelo que ocultaba sus facciones, al tiempo que oprimía el gatillo de la pistola.

Richard Harkness yacía sin vida por un tiro a boca de jarro.

El hombrecillo lanzó una carcajada repugnante. Se regocijaba como un monstruo dañino pisoteando el cadáver de su enemigo.

Su compañero también miraba con deleite el cuerpo del arquitecto caído sobre el butacón.

De pronto la escena se vio turbada por el tintineo repetido del teléfono. El hombretón acudió a contestar.

-Muy bien -dijo con voz tensa-. No... Es demasiado tarde ahora. Ya te lo diré después. Espera hasta que te llame.

Colgó el auricular y se arrancó el pañuelo que cubría su rostro, quedando al descubierto las facciones de Briggs.

-No te quites la máscara, Clink -dijo-. Yo necesito hacerlo por un minuto.

Limpió el teléfono con el pañuelo cerciorándose cuidadosamente de que no quedaban impresas en él las huellas de sus dedos.

Luego hizo una inspección cuidadosa de la habitación.

Satisfecho al ver que no quedaba huella alguna denunciadora, se reunió con su compañero.

-Ven acá, Clink -dijo. Miró el cuerpo sin vida de Richard Harkness y añadió tras una risita mordaz-: Debías haber esperado, Clink. Estaba diciendo algo interesante cuando le diste el tiro de gracia. Otro fiambre, a lo que veo.

»Bien, Clink -murmuró alegremente-, había dos por delante de nosotros esta noche... Ahora ya hay tres.

»Primero me tocó a mí. Luego a Bob. Ahora tú formas el terceto.

»Eres un asesino, Clink. ¡El tercer asesino!

CAPÍTULO VII
EL TROZO DE PAPEL DENUNCIADOR

-Está muerto desde hace unas veinticuatro horas, inspector -dijo el detective.

El inspector en funciones Herbert Zull, examinó atentamente el cuerpo de Richard Harkness. Luego sus ojos se fijaron en cada uno de los detalles de la habitación en que se había cometido el crimen.

-¿Cómo fue el encontrar el cuerpo, Crowell-preguntó.

-La mujer que viene todos los días a limpiar el piso -contestó el detective Crowell-,encontró la puerta cerrada cuando vino como de costumbre esta mañana.

»Tiene costumbre de venir siempre antes de que se vaya el señor Harkness. La puerta cerrada parecía indicar que el inquilino había salido más temprano, por lo que se marchó, volviendo a la hora de comer. Volvió otra vez a las seis de la tarde.

-¿Y entonces, qué?

-Pues que no volvió a obtener contestación cuando llamó a la puerta. Sólo oyó la llamada del teléfono en el interior de la habitación.

»A las ocho de la noche volvió a llamar con el mismo resultado. Era su hora de acostarse y estaba segura de que Harkness estaría dentro. El teléfono volvió a sonar otra vez.

»Entonces llamó a Lester, un arquitecto joven que trabaja para Harkness. Lester había tratado durante todo el día hablar con Harkness por teléfono. Lester llamó a la policía. Me tocó venir a mí. Abrí la puerta y me encontré con lo que está usted viendo.

-¿No se ha tocado nada?

-No, señor. Le esperaba a usted.

-¿Ha observado usted algo?... ¿mirado por el alrededor?

-No, señor -El detective vaciló un poco al contestar-. Sólo la punta de esta alfombrilla-, y señalaba una que había cerca de la puerta.

Zull miró el objeto indicado y se echó a reír. Una esquina de la alfombra estaba doblada hacia abajo. E1 inspector desdobló la punta y colocó la alfombra en su posición normal.

-El asesinado está aquí, Crowell -dijo-, y no obstante, usted está mirando a las alfombras, a diez pies de distancia. ¿Qué le parece?

-Yo he mirado el cadáver, señor -protestó Crowell-. Sabemos que el muerto disparó antes de ser asesinado. Su pistola está aquí, junto a él.

»Comprendo que es una tontería el que le haya hablado de la alfombrilla... si no fuese por algo que sucedió en otra ocasión...

-¿Cuándo?

-Cuando encontramos a aquel hombre muerto en casa de Galvin. ¿Recuerda que estuve allí con usted, inspector? También había allí una alfombra con la punta doblada hacia abajo.

»Debió usted haberlo notado, porque recuerdo que como ahora enderezó la esquina con el pie.

-Es usted observador, Crowell -dijo Zull aprobativamente-. No recordaba el incidente. ¿Fue eso después de haber examinado el lugar del crimen?

-No, señor. Fue mientras usted estaba paseando pensativo en torno a la estancia. Y también estaba aquella alfombra cerca de la puerta de la habitación. Yo me fijé en ese detalle porque usted enderezó la alfombra, quizá por la fuerza de la costumbre de poner las cosas en orden.

»No he vuelto a pensar en aquello hasta ahora, al ver la punta de esta alfombra que me recordó la de aquélla.

-Una simple coincidencia -dijo Zull, riéndose-. Sin embargo, muestra su instinto de observación. La resultante es esta: aplique su talento a cosas más importantes. Déjeme que examine esto...

Zull empezó una inspección minuciosa del butacón en que yacía el cadáver.

Recogió la pistola y la examinó atentamente.

Luego le tocó el turno a la mesa bajo el resplandor de la lámpara de sobremesa, y sacó una lente para estudiar su superficie más de cerca.

Mientras estaba entregado a esta operación, entró un policía seguido de dos individuos.

-Reporteros -anunció-. ¿Qué haremos con ellos?

El inspector Zull miró a los recién llegados y los reconoció a ambos.

Recordó el nombre de uno de ellos, Clyde Burke, que entonces formaba parte de la redacción del «Classic».

-¡Hola, muchachos! -dijo-. Quédense si lo desean, pero apártense a un lado por ahora. Estoy casi a punto de terminar mi inspección preliminar.

»Deles usted los detalles que acaba de darme a mí, Crowell, añadió dirigiéndose al detective.

Crowell habló con los reporteros cerca de la puerta mientras Zull continuó su rebusca de indicios. Burke estaba escuchando el relato de Crowell, pero no perdía de vista al inspector.

El inspector en funciones, Zull, era una figura única en Nueva York. Tenía una notable reputación como detective. Generalmente llegaba a hacer descubrimientos especiales aun después de haber actuado otros detectives.

Era por eso por lo que Burke no perdía un solo detalle de cuanto estaba haciendo el inspector.

El periodista se dijo que podía enterarse luego de lo que había dicho Crowell por su compañero, pero le interesaba ahora más tratar de enterarse de los descubrimientos que hiciera el inspector en funciones Zull.

Mientras continuaba su trabajo, pudo verse un gesto de satisfacción en el rostro de Zull, que ignoraba que alguien le estuviese observando. Aquel gesto llamó la atención de Burke, pues el rostro del inspector no dejaba de ordinario transparentar sus impresiones.

Zull tenía un rostro impenetrable, de esos que no dejan traslucir en ningún momento las emociones de su dueño. Debía de ser evidentemente algo interesante lo que había descubierto, para que por una vez faltase a su habitual reserva.

Sus ojos brillaron un momento al observar algún detalle significativo en la butaca en que estuvo el cadáver del infortunado Richard Harkness.

Lo que había encontrado era un trozo de papel. Zull dio unos pasos en la habitación. Burke se dijo que su objetivo era el trozo de papel.

Zull se detuvo súbitamente y se volvió hacia el detective Crowell.

-Aquí ya hemos terminado -le dijo-. Llévese a los muchachos abajo, si quiere decirles alguna cosa más.

-Muy bien, señor.

Burke y su compañero se vieron obligados a obedecer aquella orden, pero cuando empezaban a descender las escaleras, Burke se volvió súbitamente.

-Debo haberme dejado mis notas arriba -dijo, y volvió a subir las escaleras.

Cuando llegó al descansillo superior se detuvo y exclamó:

-¡No, están aquí en mi bolsillo!

Y volvió a reunirse con su compañero con el que siguió tranquilamente hasta la calle.

Antes de separarse de los reporteros, para ir a reunirse con el inspector Zull, Burke le hizo una pregunta:

-¿Tendrá algo que decir el inspector Zull antes de marcharse?

-Seguramente sí -contestó Crowell haciendo una mueca burlona-, pero no a ustedes. El siempre mira un rato a su alrededor y toma notas para sí mismo. Quiere confrontar sus observaciones particulares con las nuestras, ¿sabe?

»Él puede darme algunas sugerencias. Lo mismo hará con Devlin, que estará aquí dentro de media hora. Estaba fuera cuando nos enteramos de esto y me enviaron a mí por delante.

Dichas estas palabras, Crowell se despidió de los reporteros y volvió a entrar en el edificio.

Burke miró a su compañero. El otro reportero se encogió de hombros. Burke le llevó hasta un farol de la calle. Era un paraje aislado, una zona muy tranquila en medio del bullicio de Nueva York.

-Déjame ver lo que has anotado -dijo mirando las notas tomadas por su compañero.

-Poca cosa -contestó el otro-. Ese Zull es un pájaro impenetrable. Ya le he visto trabajar antes de ahora. Tendremos que husmear por el barrio en este caso. Devlin sabrá algo más después que hable con Crowell y Zull. Allí viene.

Burke miró a tiempo de ver un hombre más bien bajo, ancho de hombros, que en aquel momento penetraba en el portal de la casa en que fuera asesinado Richard Harkness.

-Se entretendrá más de media hora con Zull -comentó el reportero, mientras Burke estaba revisando sus notas-. Tal vez más. Quizá hiciéramos mejor en esperar aquí a Devlin y abordarle cuando salga.

-Voy a dar una vuelta mientras llega ese momento -contestó Burke.

Y abandonando a su compañero se dirigió a la Séptima Avenida y una vez allí entró en un teléfono público y llamó a un número.

No era el número del «Classic» de Nueva York. Era un número no comprendido en el listín, al que Burke llamaba en las ocasiones excepcionales. Una voz queda le contestó.

-Habla Burke -dijo Clyde-. Reportaje sobre el asesinato de Harkness.

-Continúe.

Burke dio a continuación los sencillos detalles que les había comunicado el detective Crowell. Añadió que el inspector en funciones Zull, había intervenido en el asunto. Luego abordó un punto interesante hablando en voz muy queda.

-Zull ha encontrado algo importante -dijo-. Un trozo de papel, que se hallaba en la librería. Ya iba a cogerlo y guardárselo, pero no lo hizo. Nos dijo que nos marcháramos y nos fuimos. »Pero yo volví sobre mis pasos al poco rato hasta llegar a una distancia prudente para divisar la librería. El papel ya no estaba allí. Creo que Zull lo cogió.

-¿Con qué fin?-preguntó rápidamente la voz.

-No sé... a menos de que pretenda descubrir por sí solo este caso, lo cual es posible. Es evidente que Crowell no sabe nada del papel. Devlin ha llegado hace un rato y ahora está arriba. Es probable que Zull quiera examinar el papel a solas, sin que se enteren de ello los detectives. Es un hombre listo, formidable investigador, y desde luego, puede significar algo para él, ver donde los otros no han podido hallar nada. Esto es lo que me preocupa.

-¿Es eso todo?

-Todo.

Aun seguía pensando sobre el caso cuando empezó a andar hacia el que era entonces cuartel general de la policía. Había transmitido su informe a un hombre a quien jamás llegara a ver, pero cuya voz conocía perfectamente.

Conocía a aquel hombre por el nombre de Burbank, y por su conducto, sus mensajes eran enviados a otro individuo cuyo nombre no conocía Burke.

Porque Burbank, como Burke, era un agente de aquel ser misterioso conocido por la Sombra, un superhombre que vencía indefectiblemente al criminal o cuadrilla de criminales más astutos, siguiendo un método absolutamente personal.

La Sombra se interesaba por el asesinato de Richard Harkness. Verdad es que se interesaba por todos los asesinatos misteriosos.

Clyde Burke, componente ahora de la redacción del «Classic» de Nueva York, era un hombre ideal para servir los fines de la Sombra.

Allá arriba, en la habitación en que había sido hallado el cuerpo de Richard Harkness, el inspector en funciones Zull, hablaba con los dos detectives.

Devlin era hombre de más experiencia que Crowell. Realizó una investigación concienzuda, mientras Zull seguía sus trabajos con muestras de aprobación.

Devlin que venía directamente de la Delegación, estuvo hablando con Zull de otras diligencias que se estaban realizando en aquellos momentos en relación con aquel mismo caso.

La portera había sido sometida a un minucioso interrogatorio, y en cuanto a Lester, el joven asociado al arquitecto, estaba en la Delegación.

-Yo tengo la seguridad de que la solución ha de encontrarse precisamente aquí -fue el comentario final de Devlin-. ¿Tiene usted algunas sugestiones que hacer, que puedan ayudarnos, inspector?

-Están ustedes haciendo un trabajo perfecto, Devlin -contestó Zull-. Además, el asunto está ahora a su cargo. Yo voy a la Delegación.

Descendió las escaleras y se detuvo unos instantes en la puerta de la calle.

Sus ojos penetrantes, escrutadores, sondearon a un lado y a otro.

Súbitamente su mirada se detuvo sobre un punto al otro lado de la calle.

Zull miró su reloj. Fue una ojeada rapidísima y sus ojos volvieron a clavarse en el mismo lugar.

-Ha pasado aproximadamente una hora desde que se fueron los reporteros -dijo casi en voz alta-. Debieron salir disparados hacia sus redacciones respectivas. Me extraña...

Empezó a andar por la calle. Cruzó ésta casualmente y se dirigió al lugar que antes estuviera observando desde la puerta. Reinaba allí la oscuridad, y Zull dirigió una mirada de soslayo a la sombría pared de una casa.

-Tal vez es imaginación mía -murmuró-, pero juraría que he visto moverse algo... algo como una sombra...

Siguió a lo largo de la calle hasta llegar a un farol. Pocos pasos más allá de éste se detuvo de pronto y se volvió como si hubiese recordado algo en aquel momento.

Sus ojos se dirigieron rápidamente hacia el círculo de luz que caía del farol.

Descubrió allí una sombra peculiar... que casi parecía delinear la silueta de un hombre.

Se dibujó una mueca, como una sonrisa fugitiva, en el rostro de Zull mientras continuaba su camino lentamente a lo largo de la calle. Se detuvo pensativo al llegar a un estrecho callejón entre dos edificaciones.

Podía ver desde allí recortarse en la noche el borde de una pared a unos veinte pies dentro del callejón.

Aquel paraje era un callejón sin salida, una verdadera trampa, sin más escape que la parte que daba a la calle. El inspector Zull dio unos pasos adelante y se detuvo de nuevo.

Esta vez se volvió y empezó a desandar sus pasos.

Su plan estaba bien trazado y bien llevado a la práctica. E1 astuto inspector tenía la seguridad de que alguien le venía siguiendo. Si era así, el hombre que venía detrás de él en la oscuridad, debía hallarse ahora a muy poca distancia de la entrada del callejón.

Sería el sitio ideal para esconderse. Zull hizo una mueca cuando comprobó que la trampa estaba dispuesta.

Siguió andando cautelosamente hasta llegar a la esquina del callejón sin salida. Una vez allí sacó pausadamente de sus bolsillos dos objetos: una linterna sorda y una pistola.

Asomando por el filo de la esquina, el inspector dirigió los rayos de su linterna al interior del pequeño callejón. A aquella claridad pudo ver una especie de patio corto, estrecho, con una pared de ladrillos al extremo opuesto.

Había algunas sombras allí, sombras abismales, pero ni el menor rastro de la sombra de un ser humano. Zull había encañonado con su pistola la oscuridad, pero no quería disparar hasta encontrar a su hombre... ¡y su hombre no aparecía por parte alguna! Si hubiese habido allí oculto algún ser viviente, es indudable que Zull lo hubiese cazado en la trampa tan hábilmente dispuesta por él.

Sentía aún el peligro el inspector. Podía disparar sobre él algún hombre oculto en la oscuridad. No obstante, Zull se dijo que la ventaja estaba de su parte.

En el espacio de veinte segundos, Zull había eliminado todas las partes de aquella especie de trampa, excepto dos rincones oscuros cerca de la pared.

Empezaba a dudar de que pudiese haber allí alguien oculto, pero sería fácil comprobarlo.

Volvió hacia aquellos dos rincones su linterna y sondeó en las tinieblas. Sus movimientos eran cautelosos, protegiéndose en la oscuridad tras los rayos de la linterna y manteniendo su pistola pronta a disparar al primer movimiento sospechoso.

Si el adversario de Zull era invisible, también lo era el mismo Zull. Al hallarse próximo a la pared, se detuvo y escuchó. No se oía más sonido que la propia respiración. Zull consideró que sería peligroso acercarse más.

Creyó llegada su oportunidad, el momento de disparar sobre el muro recorriéndolo con tiros rapidísimos de un extremo a otro.

Uno de sus dedos estaba pronto a oprimir el gatillo de la pistola y el otro a hacerlo con el conmutador de la linterna, para sumergirse a su vez en las tinieblas y no ofrecer blanco alguno por si se producía la réplica. A la distancia en que se hallaba el inspector, era imposible que le escapase el enemigo.

Y de pronto ocurrió lo inesperado. Había un hombre en la oscuridad y parecía como si hubiese seguido los movimientos de Zull y sus pensamientos con misteriosa perfección, porque en el preciso momento en que la luz cayó sobre él, una sombra larga, negra, salió disparada hacia adelante desde las tinieblas.

Se alzaron en el aire dos brazos, y dos manos enguantadas sujetaron al inspector por las muñecas. Antes de que Zull pudiese disparar, su brazo derecho era retorcido como si lo hubiesen atenazado en un torno de carpintero.

Bastó aquella presión formidable para que sus dedos dejasen escapar la pistola. Luego su cuerpo se derrumbó bajo la acción de un extraordinario golpe de jiu-jitsu y al chocar contra el pavimento del oscuro callejón, el inspector perdió el sentido.

Silenciosa y rápidamente el inspector Zull había sido inutilizado en la oscuridad del callejón. Luego apareció una luz, el haz de una diminuta linterna eléctrica. La luz se posó un segundo sobre el rostro del aturdido inspector. Sus rayos enfocaron después los bolsillos del abrigo.

Terminada esta operación desapareció la luz. Una forma se encorvó un instante sobre el cuerpo del caído.

Resonó entre las paredes del callejón el eco de una risa fantástica, queda.

Era una risa demasiado fantástica para ser emitida por labios humanos.

Luego, el hombre que dejó oír tan extraña risa, desapareció. Sólo quedó tendido en el callejón el cuerpo insensible del inspector Zull.

El silencio más absoluto siguió a la risa de la Sombra.

CAPÍTULO VIII
LAS HUELLAS INDICADORAS

Cuando el inspector en funciones Zull abrió los ojos, sintió inmediatamente un dolor en la parte posterior de la cabeza. Incorporóse hasta quedar sentado y trató de averiguar dónde se hallaba.

Todo eran tinieblas en torno. Se frotó enérgicamente los ojos, que poco a poco fueron acostumbrándose a la oscuridad. Cuando miró a su alrededor, Zull pudo ver no muy lejos, un vago y tenue resplandor.

Comprendió lo que había ocurrido. Había entrado en aquel callejón para descubrir a un hombre que estaba acechándole en la oscuridad. A pesar de toda su cautela y de todas sus precauciones, lo cierto es que había sido él el sorprendido, el atacado y el puesto fuera de combate.

Aun pudo recordar la desagradable sensación que experimentara. Había sido volteado como por un molino de viento, y lanzado por una catapulta en un gigantesco salto mortal que le hizo caer violentamente hacia atrás.

Era, en medio de todo, una suerte que no hubiese resultado seriamente lesionado.

Zull comprendió el error cometido. Al entrar en el callejón sin salida, no se había dado cuenta de que una luz bastante clara había formado un último término perfectamente visible detrás de él

Pudo ver el difuso resplandor de un farol a la entrada del callejón, lo que había sido una ventaja notoria para el hombre oculto en éste. Oculto en uno de los rincones tenebrosos había podido distinguir perfectamente desde el primer instante la silueta de Zull.

Fue así cómo el cazador resultó cazado.

Buscando a tientas en la oscuridad, el inspector tropezó de pronto con su linterna. La encendió y procedió a una inspección minuciosa de los alrededores.

Estaba absolutamente solo en el callejón. Dirigió la luz hacia su reloj y brotó de sus labios una exclamación de sorpresa.

¡Había estado sin sentido cerca de una hora!

Aún algo aturdido, Zull se registró los bolsillos apresuradamente y en uno de ellos encontró el trozo de papel acusador, que continuaba donde lo metiera. A1 comprobarlo exhaló un suspiro de satisfacción.

El borde del papel tenía unas muescas bien claras. El hombre que le había vencido de manera tan rotunda, no le había quitado aquel papel. Zull apartó a un lado la luz.

Aunque aún seguía doliéndole la cabeza, empezó a reconcentrar sus pensamientos en la oscuridad. Su perseguidor había tomado su pista cuando salió de la casa en que fuera asesinado Richard Harkness.

Zull no podía discernir el porqué de aquella persecución, a menos de que el hombre que le siguiera sospechara que había encontrado en poder del muerto algún indicio seguro del crimen y que pudiese dar con el paradero del asesino.

Nadie había visto que él cogiese aquel papel. Zull estaba seguro de ello. El hecho de que el papel, después de lo ocurrido continuase en su poder, era demostrativo de que su perseguidor desconocía por completo su importancia.

Sin embargo, argüía Zull, la posesión de aquel papel podía ser una razón para el ataque de que acababa de ser víctima. El hombre que le siguiera había caído en una trampa, pero mediante un ataque afortunado logró ponerse a salvo.

A pesar de que el atacante no había dejado huella alguna de su identidad, Zull estaba íntimamente convencido de que sabía de quien se trataba.

Sólo una persona podía haber planeado tan audaz acometida y llevarla a la práctica tan a la perfección. Esa persona no podía ser otra que la Sombra.

-¡La Sombra! -silbó Zull entre dientes-. ¿Por qué se entrometerá en este asunto? Sí él...

Se siguieron perplejos pensamientos a esta primera afirmación.

Para el inspector Zull, considerado como un as en las filas detectivescas, la Sombra era una realidad, y no un mito. Había oído hablar con frecuencia de aquel ser misterioso, que con harta frecuencia intervenía en los hechos criminosos del bajo mundo neoyorquino.

Nadie sabía quién era la Sombra. Un extraño personaje nocturno que aparecía de improviso vestido de negro de pies a cabeza y que desaparecía, se desvanecía materialmente, de manera tan misteriosa como aparecía.

Una y otra vez, la Sombra había desbaratado los asuntos de los más reputados bandidos del hampa. Mientras Zull se dirigía hacia la Delegación de Policía, iba esbozando en su imaginación toda una teoría sobre el fin que podía perseguir aquella noche la Sombra, al obrar en la forma que lo hiciera.

Donde quiera que ocurría un crimen misterioso, la Sombra podía decidirse a investigar. Podía no haber entrado en la habitación en que yacía el cuerpo de Richard Harkness.

La policía había sido la primera en tener conocimiento del asesinato. Sin embargo, se dijo Zull, la Sombra había ido a hacer investigaciones por su cuenta.

Mientras estuviesen allí Devlin y Crowell no tenía más remedio que esperar.

Por eso se decidió a seguir a Zull, que evidentemente conocía detalles que podían ser de interés.

Prosiguiendo por este sendero de deducciones, Zull empezó a considerar su derrota como un verdadero triunfo. Desde luego había podido descubrir que la Sombra estaba siguiendo sus huellas. Desde el momento en que había podido averiguar esto una vez, podía averiguarlo otra.

Zull dejó ver en su rostro una mueca burlona al pensar lo que podría ocurrir en un próximo encuentro.

¡Sería un verdadero as en su oficio si conseguía llegar a desenmascarar a la Sombra!

Zull se detuvo ante un pequeño estanco. Desde la puerta miró a uno y otro lado de la calle.

Convencido de que la Sombra no se hallaba esta vez sobre su pista, entró en el estanco y ya en él, en la cabina del teléfono público, en donde no tardó en obtener comunicación con el número que buscaba.

Habló en voz muy baja. Sus primeras palabras eran casi imperceptibles; cuando concluyó su conversación, su tono de voz creció lentamente y sus últimas palabras se referían a la Sombra.

-Es un pájaro listo -dijo Zull-, pero hay un solo lugar en que puede llevar la delantera, sobre mí y no lo ha hecho. Voy a llegarme a la Delegación. Guardaré silencio sobre lo ocurrido hasta que haya encontrado una solución por el conducto que yo deseo.

»Si la Sombra trata de saber algo por medio de Devlin o de Crowell, no creo que tenga suerte. Crowell es un hombre silencioso, y Devlin ha intervenido en el asunto demasiado tarde. A pesar de lo vivo que es, la Sombra necesitará por lo menos un par de días para empezar a ver claro en ese asunto del asesinato de Harkness. De este modo todos los triunfos están de mi parte.

Terminadas estas palabras abandonó el estanco, sonriendo satisfechísimo.

Herbert Zull era el lobo solitario de las fuerzas detectivescas. Obtenía buenos resultados por sus medios propios; ignoraba la asistencia y rechazaba toda intromisión de sus compañeros.

Guardaba el mayor secreto acerca de sus métodos, empleando procedimientos y relaciones que eran totalmente desconocidas de sus compañeros. Se jactaba Zull de que podía tender una trampa a cualquier hombre que se cruzase en su camino.

Se había tropezado aquella noche con un hombre: la Sombra. Sólo deseaba ahora una cosa: ¡volver a tropezarse con él otra vez!

-Me cree ahora completamente amilanado -murmuro Zull desdeñosamente-. Azuzará a uno sobre mí cuando él huya.

»Muy bien, estaré prevenido. Se lanzará sobre mis huellas si es tan hábil como supone ser y le dejaré llevar la batuta en todas partes... ¡excepto en donde él desea ir!

Herbert Zull llegó a la Delegación en donde encontró un montón de informes esperándole. Estudió las declaraciones prestadas por Lester, por la portera, y por otras personas que habían conocido a Richard Harkness.

Mientras estaba entretenido en esta labor su pensamiento no dejaba de volar hacia la Sombra. Cuando pensaba en aquel misterioso personaje, Zull se lo imaginaba escondido allá lejos, en alguna habitación oscura.

Por extrañas que pudiesen parecer las conjeturas de Zull, no eran del todo erróneas. En aquellos precisos instantes, la Sombra estaba sumergido en la oscuridad de una habitación situada a no muchas manzanas de la casa en que yacía el cuerpo sin vida de Richard Harkness.

Pero la Sombra no se ocultaba allí porque experimentase temor alguno por lo que había hecho. El también trabajaba a su manera. Del mismo modo que Zull había empezado a inspeccionar los informes más íntimos, la Sombra empezó el examen por su cuenta.

Se oyó un ruido seco en la habitación oscura en que la Sombra acostumbraba a estar solo. Una lámpara suspendida a baja altura dejó caer sus rayos sobre la pulida superficie de una mesa.

Aparecieron allí dos manos; manos blancas, de dedos muy finos.

En uno de los dedos de la mano izquierda brillaba una gema particular, un ópalo de fuego que absorbía los rayos de luz y los reflejaba en destellos sangrientos.

Esta gema, un ópalo de fuego, era el talismán personal de la Sombra. Como él, era misteriosa, cambiando continuamente de apariencia.

Aquellas manos finamente talladas exhibieron una hoja de papel y la dejaron sobre la mesa. Aquel papel podía contar una historia. Probaba que el inspector Zull se había equivocado cuando pensó que la Sombra había pasado por alto la evidencia que él encontrara en el estudio de Richard Harkness.

¡Aquel papel era la hoja del block con las muescas que Zull había encontrado y que guardaba en su bolsillo!

Había ciertas huellas en el papel, marcas hechas por la presión de un lápiz algo duro. Apareció a la luz un pequeño sobre. Los dedos lo abrieron y espolvorearon sobre el papel una sustancia polvorosa.

Los dedos extendieron cuidadosamente el polvo sobre la superficie del papel. Con un golpe seco de la mano salió despedida la capa de grafito, excepto una película delgadísima.

Las huellas se mostraron ahora claramente, como trazadas sobre papel carbón. ¡Las huellas denunciadoras!

Veíase sobre el papel dibujada la figura de un hombre. No era lo bastante para dar una idea exacta de su identidad, puesto que sólo mostraba la cabeza y los hombros, y la cara oculta por un pañuelo a modo de máscara.

Pero el papel mostró otra cosa además, aun cuando no tan vigorosamente como el retrato. Era un tosco diagrama que indicaba una escalera, un pasillo y la sección de una pared.

La Sombra estudió detenidamente el diagrama y aun llegó a dibujarlo sobre una hoja de papel. Luego sus manos -que sólo eran visibles bajo la luz- empezaron a trazar otro diagrama surgido de su memoria. Era un plano de los sótanos de la vieja casona de Teodoro Galvin.

Las manos colocaron un diagrama junto al otro. Sus puntos de semejanza eran evidentes.

E1 plano que la Sombra había obtenido de las huellas impresas en el papel denunciador, correspondía en sus principales detalles con el de los sótanos de la casa que la Sombra había visitado... ¡aquella noche en que Betty Mandell le viera en el despacho de Teodoro Galvin!

Las manos permanecían ahora inmóviles. Un pensamiento invisible estaba trabajando en la oscuridad. Un cerebro privilegiado estaba determinando el significado de aquellos dos diagramas que aparecían a la vista tan semejantes.

Luego apagóse la luz. Una risa, queda, siniestra resonó en la oscuridad.

Parecía una parte de la habitación. Las paredes mismas semejaron unirse a aquella burla fantástica.

La risa murió a lo lejos. La habitación quedó silenciosa.

¡La Sombra había desaparecido!

CAPÍTULO IX
LA CUEVA SECRETA

Una vaga sensación de terror pasó rápidamente sobre Betty Manden, vuelta al hogar de los Galvin, cuando buscó a tientas el cordón de la luz de su lecho.

La halló al fin y respiró con alivio al hacerse la luz.

La iluminación fue lo bastante para tranquilizarla. Betty recorrió con la vista todo el dormitorio, pensando ahora en lo que le había causado aquel súbito terror.

Se dijo que era aquel horror el que la había despertado, el horror de algún peligro inminente. Aquella noche era terrible, como aquella otra, en que descubriera al extraño personaje vestido de negro, en su visita al despacho.

Betty reflexionó detenidamente. Tal vez la había oprimido el instintivo temor a la soledad. Ella no debía haber venido aquella noche a la casa, y al hacerlo así había faltado a las órdenes de Bob.

Este la llamó aquella mañana a casa de Alice Wheeler. Podía recordar sus palabras distintamente.

Podía recordar también que su voz seguía sonando de modo diferente a la voz que había sido de Bob Galvin. No podía olvidar aquella primera llamada telefónica, la noche de la llegada de Bob a Nueva York.

Fue intención de Betty el regresar aquella misma noche. Bob le había telefoneado para decirle que no lo hiciese. Él, según dijo, tenía algo que hacer en la ciudad y los negocios le mantendrían alejado de su casa. Hodgson también estaba ausente.

Bob la había hablado de una manera cariñosa cuando se refirió al pobre servidor. Había decidido que Hodgson disfrutase de unas vacaciones, por lo que le había enviado a hacer un viajecito por el Sur.

Otro hombre ocupaba la plaza de Hodgson, mientras el viejo sirviente estaba fuera. El nombre del sustituto era Briggs. Pero Briggs estaría también ausente de la casa aquella noche.

La casa estaría vacía. Por eso Bob había dicho a Betty que esperase a regresar hasta el otro día por la mañana.

Sin embargo, Betty no había obedecido esta orden. Pensó que había estado ya demasiado tiempo abusando de la hospitalidad que la brindara su amiga Alice. Por eso preparó su reducido equipaje y se trasladó a la vieja casona a hora avanzada de la noche.

Había encontrado la casa solitaria y oscura. Una cantidad enorme de oscuridad. A pesar de ello se decidió a entrar, utilizando una llave que siempre llevaba consigo, y subió a tientas las escaleras que conducían a su dormitorio.

A pesar de que aquella había sido su casa desde la infancia, el lugar se le antojó horrible. Betty había pasado rápidamente a través de las tinieblas de la planta baja, subiendo precipitadamente la escalera, ansiosa de hallarse en la soledad de su habitación.

Una vez allí cerró la puerta. Terminado su miedo, se desnudó rápidamente y se quedó dormida.

Pero súbitamente se había despertado. Estaba convencida de que algún ruido extraño era el que había causado su súbito despertar.

Betty estaba intranquila. Durante unos cuantos minutos escuchó atentamente. Por último apagó la luz y volvió a dejar caer la cabeza sobre la almohada.

Fue entonces cuando empezó a darse cuenta de un sonido distante y sordo.

Se sentó en la cama. E1 sonido cesó en el acto, pero en cuanto volvía a colocar la cabeza sobre la almohada, se reproducía aquel rumor extraño.

Parecía como un martilleo lento y apagado, en las profundidades, debajo de ella.

Completamente alarmada, Betty volvió a encender la luz y escuchó con todos sus sentidos.

El ruido fue entonces más evidente. Regularmente, llegaba a sus oídos aquel martilleo monótono. La muchacha estaba segura de que el ruido fantástico tenía su origen en los sótanos del vetusto edificio.

Al principio pensó en la huida, pero pronto su valor natural alejó aquellos temores.

Poniéndose una bata, Betty apagó la luz y abrió silenciosamente la puerta de su habitación. Una vez en el hall, no pudo oír nada de los ruidos que venían de la parte baja. Descendió cautelosamente la escalera.

Poseída de la avidez de descubrir aquel misterio, se habían desvanecido sus terrores anteriores. El ruido de sus pasos apenas se percibía cuando después de atravesar el hall llegó a la puerta que conducía al sótano de la casa.

Atrajo hacia sí la puerta y pudo comprobar que estaba abierta. Aquello no era natural. La abrió y llegó hasta ella una débil claridad.

Oyó los ruidos más distintos; se oía perfectamente el martilleo continuo contra un objeto de metal.

Betty vaciló antes de seguir adelante; luego decididamente prosiguió hacia el sótano.

La luz procedía de un pasadizo próximo al pie de las escaleras. El martilleo había terminado. Betty sólo pudo oír un claro forcejeo.

Sintió la frialdad del piso de piedra cuando empezó a andar lentamente hacia el extremo del pasadizo. Al llegar junto ala esquina atisbó en la semioscuridad.

Tres hombres estaban trabajando a unos veinte pies de distancia. Estaban vueltos de espaldas mientras empujaban contra uno de los lados de un poste cuadrado de acero que formaba un soporte contra la pared.

Sus esfuerzos terminaron a una voz de mando, gruñida, más que hablada por uno de ellos. Betty se echó un poco hacia atrás. Entonces pudo comprobar que se hallaba en una zona de oscuridad y arrebujándose cuanto pudo en su bata se dispuso a no perder un solo detalle de la escena que se desarrollaba ante su vista.

Dos de aquellos hombres estaban ahora casi de cara hacia ella. El otro aún seguía trabajando en el pilar.

¡Y de los dos hombres, cuyos rostros eran visibles para Betty, uno era Bob!

El otro era un extraño, cuyas tétricas facciones y la recia mandíbula, le daban un aspecto belicoso.

-¡Descansa un momento!-ordenó Bob.

A Betty le disgustó sobremanera el tono de su voz.

-¿Oyes eso, Clink? -preguntó uno de aquellos hombres, un verdadero gigante, dirigiéndose a otro que continuaba empujando el poste-. Quítate de ahí, Maddox está dirigiendo esta tarea.

-Escucha, Briggs -gruñó Bob-. Yo soy el que tengo que hablarle a Clink. ¡Y deja ya a un lado esa broma de Maddox! ¡Es la segunda vez que se te escapa!

-Lo siento, Bob.

-Olvida eso también. Llámame míster Galvin. A partir de mañana tendrás que hacerlo así a cada paso. La muchacha estará aquí para entonces.

-Muy bien -contestó Briggs-. No te enfades. Seré prudente. Pero ¿qué me cuentas de este trabajo que estamos haciendo? El primer poste se movió al pelo. ¿Cómo no ocurre lo mismo con éste a pesar de sus crujidos?

Se inclinó hacia el suelo y empezó a levantar un macho que tenía una pieza de paño enrollada en su cabeza. Bob le detuvo con un gesto.

-Vamos a darle otro empujón -sugirió Bob.

Los dos hombres se unieron al otro que estaba trabajando junto al poste.

Bajo sus renovados esfuerzos, el pilar de acero empezó a moverse. Se deslizó lentamente a lo largo de la pared, con un ruido chirriante.

Betty pudo ver a Bob empujar a los otros hacia abajo del pasillo cuando él empezó a examinar la pared en el lugar que había sido cubierto por el poste al deslizarse. Una excitada exclamación brotó de sus labios.

-¡Duro aquí!-dijo en voz baja.

Los tres hombres unieron sus esfuerzos. Se apelotonaron contra la pared.

Ante el asombro de Betty la pared se abrió a su empuje. Luego los brazos de Bob se adelantaron y echaron hacia atrás a los otros dos hombres.

-¡Tened cuidado, muchachos!-ordenó.

Betty estaba mirando a Bob que había sacado una linterna y vuelto sus rayos hacia la abertura.

Betty podía ver su rostro perfectamente a la claridad de la linterna reflejado en el techo del pasadizo donde los hombres estaban trabajando, y pudo observar en él una expresión de desencanto.

-¡Vacío! -fue la exclamación de Bob-. ¡Vacío!

Los otros dos miraron por encima de sus hombros. Bob avanzó y ellos le siguieron. Durante unos segundos los tres hombres desaparecieron de su vista.

Betty, completamente aturdida, aguardó a que reapareciesen. Lo sucedido era tan increíble como misterioso.

Trató de explicarse la conversación que acababa de oír. Podía recordar perfectamente todas las palabras, sin embargo, su significado no estaba del todo claro.

Sólo de una cosa estaba segura: que Bob había intentado llevar a efecto aquella operación sin que ella se enterase de ello.

Deseaba regresar a su habitación, pero la curiosidad le impelió a continuar allí.

Salieron al fin los tres hombres. Primero Bob, luego Briggs y por último el tercer individuo, cuyo rostro aún no había podido ver. Este anduvo unos pasos hacia atrás, en dirección al lugar en que se hallaba Betty.

Bob dejaba oír ahora un ronco gruñido que en nada se parecía a una conversación. La muchacha escuchaba ansiosamente sus palabras.

-¡Qué listeza! -exclamó-. ¡Y se apostaba a que esto era una fortuna! Nos han engañado como a chinos. ¡Valiente marrano!

-Hemos encontrado la jaula vacía -dijo con desaliento Briggs-. Tal vez Harkness no sabía una palabra acerca de ello.

-Es probable -contestó Bob-, pero eso es todo. No nos queda otro remedio que volver a empezar otra vez. Nada más, excepto decirle al jefe...

Tan atenta estaba Betty que no observó los movimientos del hombre que estaba enfrente de ella. No se dio cuenta de ello hasta que aquel individuo se volvió de cara a ella y fue entonces cuando advirtió que había cambiado de posición.

Miróle entonces fijamente y sus ojos dejaron reflejar todo el horror que su visión le producía. Estaba mirando una cara repugnante, monstruosa. Un semblante con unos labios horribles, retorcidos y una nariz deforme.

La vista de aquellas facciones deformadas se le antojó a la pobre muchacha una pesadilla y sin poderse contener lanzó un grito de espanto.

La horrible criatura volvióse rápidamente al oír aquel grito. La muchacha estaba paralizada por el miedo y vio con el consiguiente espanto cómo se clavaban en ella dos ojos como de un gato gigantesco, que avanzaban en la zona iluminada.

Antes de que Betty pudiese volverse para huir, el hombre dio un salto gigantesco hacia ella, y al tiempo que Betty lanzaba un nuevo chillido de terror, unas garras de hierro hicieron presa de su cuerpo, mientras una mano tapaba su boca para impedir que siguiese gritando.

En vano trató de desasirse para ganar la salida del pasadizo. Otras manos hicieron presa de ella y resistiéndose con todas sus fuerzas rodó por el suelo en un último esfuerzo para escapar.

Los objetos empezaron a girar vertiginosamente ante sus ojos y la infeliz, dominada por el terror, perdió el sentido.

Cuando abrió los ojos minutos después, Betty pudo darse cuenta de que continuaba apoyada contra la pared del pasadizo. Tenía las manos atadas a la espalda, con el cinturón de su bata.

Miró hacia arriba y volvió a ver otra vez el rostro horrible y repugnante de Clink. Volvió sus ojos hacia el segundo hombre -Briggs- y se estremeció al observar sus brutales facciones.

Volvióse suplicando hacia Bob, y vio espantada que su rostro era el más brutal de los tres. La actitud amistosa que observara hasta entonces con ella, había sido fingida. Ahora se revelaba al desnudo su verdadera naturaleza.

Sus ojos le miraban llenos de odio.

-¿Qué hacías aquí?-le preguntó.

Betty trató de contestar, pero no lo consiguió. El terror había paralizado su lengua.

-¿Querías ver lo que estábamos haciendo?

La muchacha hizo con la cabeza un gesto negativo.

-Puedo matarte...-dijo Bob alzando sus manos, pero las bajó inmediatamente cuando vio que Betty se encogía contra la pared.

-¿Qué vas a hacer con ella? -preguntó la voz brutal de Briggs-. No creo que vayas a malgastar el tiempo con...

Bob le impuso silencio.

Su rostro llegó a adquirir un aspecto duro y cruel. Miró fijamente a Betty y comprobó instantáneamente que ella sabía lo que le había sucedido a Hodgson.

Los ojos acusadores de la muchacha se clavaban en él y su voz temblorosa empezó la esperada acusación.

-Tú mataste a Hodgson, ¿verdad?-preguntó sin andarse con rodeos.

El solo pensamiento que el viejo servidor había sido cobardemente asesinado, desató su indignación.

-Sí -dijo Bob fríamente-. Yo maté a Hodgson. Tú lo has adivinado y eso significa el fin para ti. Has visto ya demasiado. Pensábamos haberte dejado a un lado sin hacerte nada, pero es ya demasiado tarde.

Y añadió, volviéndose a sus compañeros:

-No hay más remedio que quitárnosla de encima. No hay otra alternativa.

Clink dejó oír una agria risita entre dientes.

Sus ojos relampagueaban cuando avanzó hacia la muchacha, decidido a ahogar entre sus manos a la infeliz. En su rostro se pintó un instinto salvaje, asesino.

Betty quiso lanzar un grito de auxilio, pero de sus labios apenas sí pudo salir un quejido ahogado. Entonces intervino Bob. Adelantó uno de sus brazos e hizo retroceder a Clink.

Con una mano tapó la boca de Betty, mientras que con la otra rasgó violentamente el amplio cuello de su bata, y con el trozo de tela amordazó a la muchacha, impidiendo saliese de su boca todo sonido.

-¡Échame una mano, Briggs! -ordenó-. Vamos a matar dos pájaros de un tiro. ¿Para qué hemos de perder el tiempo?

Betty fue puesta en pie y a una orden de Bob el gigantón levantó en vuelo a la muchacha entre sus nervudos brazos. Bob señaló con una mano hacia delante y Betty comprendió inmediatamente cual era la suerte que le estaba reservada.

-¡A la cueva!-fue la orden de Bob.

Pocos segundos después, Betty yacía tendida en el pavimento de aquella cueva subterránea que tanto trabajo les costara a los tres bandidos descubrir.

La luz que despedía la linterna sorda de Bob revelaba que sus paredes eran de sólida piedra. No se adivinaba una sola grieta en su superficie. Olía a humedad. El suelo resultaba pegajoso.

E1 hombre que estaba detrás de la luz lanzó una carcajada burlona.

-Aquí tienes tiempo de meditar sobre lo que sabes -fueron las palabras maliciosas de Bob-. Tienes una hora o dos de tiempo para ello.

»Has averiguado muchas cosas esta noche. Sabes quien mató a Hodgson. ¡Dilo... si puedes!

Se había extinguido la luz, pero Betty aún podía ver las figuras de los tres hombres en la claridad del pasadizo. Una oscura, inmensa pared avanzó lentamente y algo sonó con un crujido seco cuando aquella pared recobró su posición normal.

Siguieron sonidos sofocados. Los dos postes eran empujados hasta recobrar su posición anterior al trabajo realizado aquella noche por sus tres verdugos.

Luego se hizo el silencio... un horrible silencio.

¡Los hombres se habían marchado!

Allí, en aquella cueva secreta, abierta en sólida roca, habían abandonado a Betty condenándola a una muerte horrible. El bloque de piedra que servía de puerta a aquella tumba

se había unido tan íntimamente al muro, que ni aun el aire indispensable para respirar una persona se filtraba por sus junturas. Una oscuridad impenetrable parecía haberse engullido a la infeliz muchacha.

¡Las asquerosas manos del odioso Clink habían sido una caricia comparadas al lento, horrible suplicio que esperaba a la desgraciada Betty Mandell, enterrada en vida en aquella sepultura diabólica!

Pero el falso Bob Galvin y sus inhumanos aliados, no habían contado con aquella sombra misteriosa que Betty viera una noche en el despacho.

CAPÍTULO X
LA SOMBRA DE VIDA

Los tres hombres escucharon unos segundos desde la parte externa de la habitación secreta. Sus rostros dejaban transparentar perfectamente sus sentimientos.

En el de Bob se dibujaba una repugnante sonrisa de evidente satisfacción.

La de Briggs era desdeñosa en extremo. En cuanto a las facciones de Clink parecían distendidas por un salvaje placer.

Eran evidentes las distintas emociones de los tres. Bob, el jefe, se congratulaba de su talento. Al gigante Briggs le divertía la facilidad con que había dispuesto de su víctima. A ambos les era indiferente la suerte de la joven prisionera.

En cuanto a Clink era completamente feliz. Se deleitaba al mirar aquella pared cerrada a piedra y lodo, gozando al solo pensamiento de que una infeliz criatura iba a morir sin remedio tras aquella barrera infranqueable.

La repugnante cara del monstruo era un verdadero espejo de su espíritu criminal. Para Clink, contemplar la ruina, el sufrimiento y la muerte de sus semejantes, constituía el gozo de los gozos.

-Vamos -dijo Bob.

Echó a andar por el pasadizo seguido de Briggs, al llegar al final de aquél se detuvieron. Bob miró hacia atrás y pudo ver a Clink que aún seguía contemplando la pared.

-Vamos, Clink.

La orden de Bob sonó tétrica y cavernosamente en las concavidades del pasadizo. E1 y Briggs habían llegado al final del lóbrego conducto subterráneo y desde allí miraban el salvaje rostro del hombrecillo que contemplaba la pared.

Clink parecía poco dispuesto a abandonar aquellos lugares. De mala gana echó a andar al fin y se reunió a sus compañeros.

Bob apagó la linterna y empezó a subir las escaleras. Cuando llegaron al primer piso se encontraron en un vestíbulo apenas alumbrado. Con Briggs y Clink detrás de él, sacó una llave y cerró la puerta de los sótanos. Luego los dos hombres siguieron a Bob hasta el interior del despacho.

-¿Qué vamos a hacer ahora?-preguntó Briggs.

-Nada -contestó Bob-. Luego iré a recibir órdenes del jefe. Entretanto seguiremos como de costumbre.

»Voy a estudiar un plan para justificar la ausencia de la muchacha. Eso será fácil.

-Tal vez debiéramos conservarla -dijo Briggs con algo de inquietud-. Tal vez el jefe no quisiese...

-¡Ya he pensado en eso! -le interrumpió Bob-. Ya sabes como trabajamos, Briggs. La muchacha está en el mismo caso que Barker... o que Hodgson, o Harkness. ¡Cuándo están muertos, no hablan!

-Ya lo sé -contestó Briggs-. Sin embargo... podías llamar al jefe ahora...

-No quiero llamarle desde aquí -dijo Bob-. Él me llama a mí. Ese es ahora el sistema. Ya le oiré dentro de un par de horas. Para entonces...

-La muchacha estará muerta -murmuró Briggs, terminando la sentencia.

-¡Eso es! ¡Y los muertos no hablan!

El acento de Bob no podía ser más resuelto al hablar así. Era la sentencia de muerte de Betty Mandell.

Briggs perdió su indecisión. Comprendió que Bob tenía razón. Los remordimientos no hacían gran mella en el ánimo del gigantón.

Había sugerido la idea de mantener viva a la muchacha como una medida de prudencia, no por un sentimiento de piedad. Comprendía que el plan de Bob, aún cuando no tuviese flexibilidad, era decisivo y positivo.

Bob empezó a exponer los hechos.

-Hemos hallado la habitación secreta -dijo lentamente-. Nos hemos equivocado. No nos sirve para nada y hemos vuelto a cerrarla. Lo que debemos hacer ahora es olvidarnos de su existencia.

»La muchacha está allí, y también debemos olvidarla. ¿Por qué habíamos de volver allí? Debemos llegar hasta el fin... ¡y nada más!

Briggs hizo un gesto afirmativo. Estaba satisfecho.

-Ven aquí, Clink -dijo Bob tendiendo un manojo de llaves al individuo de la cara patibularia-. Ven a cumplir con tu obligación. Ponte de guardia en el gran vestíbulo y si oyes algo, entérate de lo que es.

El rostro de Clink se contorsionó aún más. Sus intentos de esbozar una sonrisa hacían su rostro aún más inhumano.

Bob recordó la fascinación que se había apoderado de aquel ente salvaje, mientras estuvo en el sótano contemplando la pared que cerraba la habitación subterránea.

-No vuelvas a pensar en el subterráneo, Clink -le aconsejó ¡Bob-. Acuérdate de lo que le estaba diciendo a Briggs. Todo está olvidado. Por lo que a nosotros concierne, la muchacha está ya muerta.

»No vayas a ningún otro sitio más que al vestíbulo, a menos de que oigas algo sospechoso. ¿Me entiendes?

Clink hizo un movimiento afirmativo y abandonó la habitación.

Bob permaneció un momento pensativo sentado detrás del escritorio de la vetusta estancia. Briggs fue a sentarse en un rincón. Estaban esperando la llamada de su jefe.

Nada turbaba sus pensamientos. Para ellos, desde aquel momento, Betty Mandell estaba muerta. La cueva secreta estaba bajo sus plantas en el otro lado de la casa. Aquellos hombres sin corazón no se preocupaban ya de su existencia.

Clink hubiese dado cualquier cosa por poder ver lo que ocurría dentro de aquella habitación secreta, oscura y olvidada. Pero allí, en las profundidades de su tumba en vida, Betty Mandell estaba viviendo toda la agonía que puede suponerse en una imaginación invadida por todos los terrores más fantásticos.

El aire había empezado a enrarecerse. Betty se habla ido acostumbrando a la mordaza, pero ahora empezaba a respirar con dificultad. El aire que contenía la reducida habitación, se agotaba rápidamente.

Betty se daba perfecta cuenta de que para ella no había esperanza de salvación. Estaba escuchando atentamente desde que la habitación quedó tapiada, tratando de percibir algún ruido exterior.

Hasta entonces sus esperanzas habían resultado fallidas. Desde que terminó el martilleo para tapiar la puerta, se había sucedido el silencio más absoluto.

No sabía si los hombres permanecían aún en el pasadizo. Sabía, sí, que se habían marchado dejándola en la tumba que le habían destinado. Había pugnado por libertarse de las cuerdas que la maniataban.

Pero ya no luchaba. Estaba convencida de que aunque consiguiese libertarse de sus ataduras nada saldría ganando.

Sus mismos gritos no conseguirían traspasar aquellas espesas paredes.

¡No había salvación para ella!

Su cabeza era presa de vértigo. Vagos y terroríficos pensamientos cruzaban como un torbellino por su cerebro. Le parecía a veces oír la voz de Bob Galvin, la voz del verdadero Bob, que llegaba hasta ella a través del auricular del teléfono, pero no tardaba en borrarse aquella impresión consoladora ahogada por el tono agrio de la voz del pretendido Bob Galvin.

Betty había oído el verdadero nombre del impostor aquella misma noche, pero se le había olvidado ya. Volvieron a aparecérsele como en una pesadilla las repugnantes facciones de Clink. Fue la vista de aquel rostro lo que le hizo lanzar un grito que traicionara su presencia en el subterráneo. Sus reflexiones eran horrendas e increíbles. Su pensamiento volvía hacia el pasado, recorriendo días y meses en un espacio de pocos segundos.

Súbitamente sus pensamientos se concentraron sobre la noche en que entrara en el despacho y sorprendiera al hombre vestido de negro. Le parecía que aún podía ver sus ojos centellear en la oscuridad.

Hasta entonces Betty había pensado siempre que la sombría silueta era la de un ser terrible, y sin embargo, en aquellos momentos, experimentaba un extraño consuelo al recordarlo. De todos modos se decía que su presencia no había sido un sueño.

La hubiera gustado saber quién era y por qué había ido a la casa. Le recordaba como una forma sombría, casi una parte de la noche misma, un espectro que iba y venía en la oscuridad.

De todos los seres vivientes, si alguno podía penetrar en aquella tumba olvidada, era él, y sólo él. Tal vez por eso el recuerdo suyo proporcionaba cierto consuelo a la infeliz condenada.

Betty respiraba lenta y trabajosamente. Conocía que su fin estaba cercano.

No quedaban ya muchos minutos de intervalo entre ella y la muerte. Moriría allí, en silencio.

Como si fuese en un sueño, Betty se dijo que la parecía oír un sonido... Era como un golpear apagado, muy débil. Siguió escuchando, conteniendo para ello la escasa respiración que le quedaba.

¡Ahora estaba segura de ello!

¡Alguien estaba trabajando los pilares que servían para mover la barrera! ¡Y no era su imaginación, no! ¿Quién podía ser?

El sonido continuó mientras Betty aspiraba con dificultad el aire enrarecido de la cueva. Parecía estar respirando oscuridad.

¡Estaba demasiado exhausta para intentar otra vez romper sus ligaduras!

La mordaza había caído de su boca, pero sentíase demasiado débil para emitir el más leve grito.

¡Acudían en su ayuda, pero sería demasiado tarde!

Cesó el ruido tras la barrera de piedra y siguió un silencio absoluto.

Betty se inclinó hacia el suelo. Sabía que su muerte estaba muy cercana.

Sus oídos percibieron otro sonido... un ruido seco. Luego sintió una bocanada de aire fresco y puro.

La muchacha no podía comprender lo que había sucedido, pero respiró con alegría.

Oyóse otro chasquido y un rayo de luz atravesó las tinieblas de la cueva.

Betty miró a la claridad emitida por una linterna.

Por primera vez pudo darse cuenta de que la barrera había sido abierta.

Luego el miedo borró toda su esperanza.

Tal vez sus captores habían vuelto para librarla de la muerte, pero esto para someterla a sabe Dios qué torturas y suplicios hasta llegar a un final más horrible aún.

Se apagó la luz y Betty se sintió alzada en vilo y sacada de la habitación. Un segundo después se dio cuenta de que la dejaban sobre el frío pavimento del pasadizo. Y allí quedó, todavía atada.

Oyó unos pasos quedos que se alejaban pasillo adelante. La luz reflejándose en el techo le permitió ver el lóbrego abismo de la habitación, a la cual había sido llevada.

Betty volvió su vista hacia el final del pasillo. Vio allí la extraña forma de un hombre vestido de negro, la misma fantástica sombra que ya había visto en el despacho, noches antes. Su sombra formaba una silueta alargada y grotesca de un extremo a otro del pasadizo.

El hombre se acercaba. Betty no experimentaba miedo alguno. Era como si sus esperanzas se viesen de pronto colmadas.

El hombre se inclinó sobre ella y Betty miró atentamente hacia arriba, tratando de verle el rostro bajo el ala ancha del sombrero caída sobre sus ojos, pero su cabeza estaba entre ella y la luz. Sólo pudo distinguir el brillo de dos ojos.

Betty emitió un sonido entrecortado. Una especie de silbido muy bajo, como de advertencia, salió de aquel hombre vestido de negro.

Sintió Betty que cortaban las cuerdas que la sujetaban. E1 hombre vestido de negro se alejó unos pasos de ella y cerró la barrera que ocultaba la habitación secreta.

Ahora la muchacha miraba aún con más aturdimiento. Había visto los esfuerzos inauditos que necesitaron los tres hombres para abrir aquella abertura. Eran tres y les costó un trabajo ímprobo.

Y, sin embargo, aquel hombre no necesitó ayuda de nadie. Con un esfuerzo inverosímil, poderoso, movió los pilares hasta colocarlos en su sitio. Betty pudo ver como una mano enguantada movía con facilidad uno de los pilares.

El enlutado personaje estaba haciendo con sus manos el mismo trabajo que los otros tardaron tanto tiempo en hacer con auxilio de potentes martillos.

Terminada su labor, el hombre de negro volvió a lo largo del pasillo y apagó la luz. Volvió sobre sus pasos en la oscuridad, tan silenciosamente que Betty no se dio cuenta de que venía hasta que lo tuvo a su lado. Sintió el roce de una capa cuando se inclinó sobre ella.

-¿Quién es usted? -murmuró la muchacha en la oscuridad.

Una risa ahogada fue la única respuesta de momento.

Luego una voz silbante, dijo:

-¡Llámeme... la Sombra!

La muchacha no había oído nunca aquel nombre antes, pero le pareció perfectamente apropiado. El hombre era una sombra, invisible en la oscuridad; una forma negra a la luz.

Betty notó que las férreas manos del desconocido la ponían en pie. Sintió el roce de la capa. Parecía como un disfraz de invisibilidad.

Trató de andar, pero vaciló. Se sintió alzada del suelo y la Sombra la llevó a través del pasadizo con la misma facilidad con que cualquiera hubiera podido transportar a un niño.

Habían llegado ahora a los primeros peldaños de las escaleras. La Sombra no vacilaba. El peso de la muchacha no estorbaba en lo más mínimo sus movimientos.

Para Betty parecía como si fuese llevada a través del aire por una fuerza desconocida. Mudo y silencioso, la Sombra la llevaba hacia la salvación.

Cerca del extremo de las escaleras, la Sombra se detuvo y otra vez oyó Betty su leve silbido.

Estaban rodeados de la solemne e impenetrable oscuridad. La puerta estaba sólo a unos pocos pasos de distancia. Betty no podía oír nada, pero los oídos extraordinariamente aguzados de la Sombra, percibieron un ruido casi insignificante.

Había una repisa saliente a la derecha de las escaleras. Betty se sintió colocada allí con suavidad.

-Quédese aquí -dijo la voz susurrante-. ¡Y no se mueva!

Betty esperó sola. Transcurrieron varios segundos. La puerta se abrió al final de las escaleras.

A1 principio, Betty pensó que era la Sombra quien la había abierto. Luego vio una cara en la claridad que se difundía en la parte superior.

La pobre muchacha se mordió los labios para contener un grito de horror, cuando reconoció las repulsivas facciones de Clink. Betty se estremeció y atrajo sobre su cuerpo los vuelos de la capa.

¿Dónde estaba la Sombra? ¿La había abandonado a su suerte?

No se oía ningún sonido ni señal alguna de él. ¡Había desaparecido!

Betty esperaba conteniendo la respiración. Comprendía que Clink debía haber sospechado algo. Era poco probable que hubiese oído ruido alguno de los de abajo. Probablemente había comprobado que la puerta del subterráneo estaba abierta.

La muchacha estaba inquieta. Sólo le quedaba una esperanza; que Clink se marchase sin hacer ninguna inspección por aquellos parajes subterráneos.

Pudo ver perfectamente las manos del monstruo. En una llevaba una pistola; en la otra una linterna.

Betty estaba aterrorizada. Cuando la linterna se encendiese ella sería descubierta. Lo mismo ocurriría con la Sombra, a menos de que se hubiese deslizado hacia el subterráneo.

Un tiro salido de la pistola de Clink significaría la muerte para ella o para el hombre que la había salvado.

Ello significaría también la alarma para los otros dos hombres.

Pensaba la infeliz en el desamparo en que la había dejado la Sombra. Aun cuando estuviese por allí cerca, le era imposible disparar contra el monstruo, porque ello daría la alarma a los demás habitantes de la casa.

Se hizo de pronto la luz. Su claridad iba dirigida rectamente hacia la parte baja de las escaleras. Luego el rayo luminoso se volvió hacia atrás y hacia los lados, y súbitamente se enfocó hacia el lugar en donde se hallaba Betty.

¡Su lívido rostro se destacaba perfectamente entre la negrura de la capa que la cubría!

En el mismo instante, en el preciso momento en que Betty comprendió que estaba descubierta, vio algo más.

La delgada y larga figura de un hombre pareció emerger de las escaleras.

Un rostro apareció en el círculo de luz de la linterna eléctrica.

Era el rostro de la Sombra, un perfil solemne, frailuno, que emitía un resplandor verdoso, cuando la luz le dio de lleno.

Dos brazos negros se lanzaron hacia delante con una rapidez extraordinaria y se aferraron a los tobillos de Clink como dos poderosos tornillos.

Betty pudo ver una expresión de espanto, una expresión retorcida en la repugnante cara del hombre que sostenía la linterna.

Su cuerpo se inclinó hacia delante como si fuera impelido por una atracción poderosa hacia el abismo. La pistola y la linterna se escaparon de sus manos cuando se vio precipitado a la sima.

¡De cabeza, como un pesado buzo, Clink se precipitó escaleras abajo con un ímpetu terrible!

Betty pudo oír un grito terrorífico, inhumano cuando se precipitó en el vacío.

La Sombra estaba ahora junto a ella y se sintió suspendida en sus brazos.

Estaban atravesando el hall. La puerta del subterráneo estaba todavía abierta, pero ningún ruido salía por ella.

Betty pudo oír unas voces y el arrastrarse de pies sobre el pavimento del hall. La Sombra entró en una habitación lateral, detrás de una cortina, llevándola con él. Una vez allí fue dejada en el suelo, en el momento en que pasaban corriendo dos hombres, Bob y Briggs.

¡Indudablemente, habían oído los gritos de Clink!

Pasaron unos minutos y Betty no sintió más que la presencia de la Sombra.

Oyó pasos en las escaleras del subterráneo. Bob y Briggs se detuvieron en el vestíbulo.

-¡El necio ese! -fue la agria exclamación de Bob, que aun hizo estremecerse a la pobre Betty-. Le dije que se mantuviera fuera del subterráneo. Tropezó en el primer escalón y ha rodado todas las escaleras, hasta hacerse polvo los sesos...

-¿Y qué vamos a hacer con él? -preguntó Briggs ceñudo-. No podemos dejarle allí, con la cabeza aplastada contra la pared.

-Espera un poco -contestó Bob-. Podemos deshacernos de su cuerpo después, metiéndolo...

-En la habitación donde la muchacha...

-¡No! -le interrumpió Bob lanzando un juramento-. Ese lugar está olvidado, Briggs. ¡Olvidado! ¿Comprendes? ¿Eres necio, también?

Sus voces fueron disminuyendo en intensidad conforme se dirigían atravesando el hall hacia el despacho. Cuando el ruido de sus pasos se extinguió a lo lejos, la Sombra estaba otra vez junto a Betty.

La muchacha sintió que las fuerzas le abandonaban. Su rescate, el encuentro en las escaleras, el hecho de que Clink estuviese muerto, todo esto era más de lo que ella podía soportar, ahora que ya había pasado.

Cuando la Sombra la levantó en sus brazos perdió el conocimiento.

Recobró los sentidos pocos minutos después, cuando un viento fresco, frío, sopló sobre ella. Estaba fuera de la casa. La Sombra la llevaba a través de un oscuro callejón que desembocaba en una calle lateral. Un coche cerrado les esperaba.

Betty, aun envuelta en la capa negra, fue colocada en el asiento posterior de la limousine. Se cerró la puerta del coche y pudo ver la espalda del chófer y las ruedas.

El coche avanzó a lo largo de la calle, y por un instante, cuando pasó junto a un farol encendido, distinguió la silueta de la Sombra junto a ella.

Luego se apoderó de ella otra vez la languidez anterior y su pobre cerebro se hundió en las tinieblas.

CAPÍTULO XI
UNA CITA

«¡El asesinato de Harkness aclarado!»

Un hombre detuvo al pasar a un muchacho que voceaba periódicos y compró un número del Evening Classic y miró los titulares. Luego llamó a un taxi que pasaba.

Una vez en el interior del coche encendió la luz y leyó las noticias mientras el vehículo seguía su marcha. Una sonrisa de plena satisfacción se extendió por su rostro en cuanto conoció los detalles que le interesaban.

El auto se detuvo ante la sombría mansión que fuera la vivienda de Teodoro Galvin. El hombre entró en el edificio. Aunque todavía no era noche cerrada en el exterior, la vieja casona estaba oscura como boca de lobo.

El hombre aquel cruzó el desierto y sombrío vestíbulo y llegó hasta la puerta del despacho, en el que se veía luz.

-¡Hola, Briggs! -dijo al entrar.

El hombretón, que miraba hacia la calle a través de la ventana, volvióse para contestar al saludo.

-¡Hola, Bob! -fue su respuesta-. ¿Qué hay de nuevo?

-La cuadrilla trabaja admirablemente. Echa una ojeada al Classic. ¡El jefe se apuntará diez tantos cuando se entere de esto!

Briggs cogió el periódico y sus ojos centellearon alegremente cuando leyó los titulares de la noticia.

-¡Magnífico! -exclamó admirativamente-. El inspector Herbert Zull identifica a un gangster moribundo como el asesino de Richard Harkness. ¡Tiene gracia!

»Los diarios de la mañana dicen que ha sido descubierto el cuerpo de Clink en un corral donde se guardaban autos viejos. Por la tarde, Zull lo pone todo en claro. Clink asesinó a Harkness. Nuevas huellas halladas en la mesa corresponden a las dactilares de Clink. Identificación del gangster muerto con el asesino.

»Jake Grimble, alias Clink, ha pasado a ser un personaje de novela. Con eso se dan por satisfechos. ¿No te parece, Bob?

-Así es -contestó su compinche-. Las cosas no pueden ponerse mejor. No existe ninguna relación, según ellos, entre Clink y nosotros. Ahí es donde estamos a salvo.

»Clink era un haragán entre la chusma de Moose Shargin. Un individuo que procuraría quitar de en medio a Harkness por cualquier chuchería que hubiese en su casa.

-Pero él estaba trabajando con nosotros... y yo estaba allí con él -dijo Briggs algo inquieto.

-¿Y qué? -preguntó Bob-. No debes tener miedo. Mientras el asesino era desconocido, Zull se entregaba a un duro trabajo.

»Ese es su oficio, perseguir a los criminales. Algún novato podía haber seguido la pista y hallado alguna evidencia que habría hecho a Zull mirarle con desprecio.

»Ya sabes cómo trabaja. No se para ante nada, ese tío. Detiene a un asesino, aunque sea su propio hermano, si eso fuese posible.

»Ahora ha encontrado la pista de Clink y está plenamente convencido de que fue él quien asesinó a Harkness. Eso aclara el asunto. Zull tiene otras cosas que hacer. Es éste un descubrimiento admirable para él y no va a perder el tiempo tontamente para encontrar a un cómplice del que nadie sospecha.

»Ya no se volverá a hablar de este caso. Lee lo que dice ahí. Zull está convencido de que se trata de un haragán que trabajaba por su cuenta... y nada más. Créeme, puedes estar tranquilo.

-Me parece que tienes razón, Bob -admitió Briggs-. Eso está tan claro como que Clink se cayó por las escaleras y se abrió la cabeza. Hiciste bien en llevarlo a Shargin. El y aquellos gorilas de su banda se llevaron de aquí su cuerpo con una maestría fantástica.

»La carroña del viejo Clink debía de ir a parar al patio de la chatarra. Ya han ido a parar allí otros de su cuadrilla con anterioridad. Era un lecho blando... para un cuerpo que ya estaba muerto.

Bob no contestó. Estaba abriendo el periódico. Indicó a Briggs una nota de sociedad, en la que se decía que Betty Mandell había emprendido un viaje de recreo.

-Muy conocida -rió Bob-. Eso está muy bien para sus amigas de Nueva York. Su tío tiró por ella una buena parte de su fortuna por la ventana, hace algunos años, y eso hace que la buena sociedad, como ellos la llaman, se acuerde hoy de ella.

»Pero ella, según me dijo, no frecuentó mucho los salones... Este párrafo nos pone a cubierto durante las próximas seis semanas. ¡Para entonces ya habremos terminado este asunto!

Briggs hizo un gesto afirmativo. Luego cogió de encima del escritorio una hoja de papel sobre la que había escrito el número de un teléfono. Bob lo miró.

-¡Westcott! -exclamó-. ¿Cuándo llamó?

-Hoy.

-¿Qué dijo?

-Que deseaba hablar contigo. Se trata de algo urgente.

Bob seguía mirando con fijeza el papel que aun tenía entre los dedos.

-Tal vez debería hablar primero con el jefe -murmuró-, pero no puede ser por lo menos hasta después de las seis y no son todavía las cinco. Bien, llamaré ahora.

Cogió el teléfono y llamó al número indicado. Mientras duraba la conversación, Briggs escuchaba atentamente.

-¿Señor Westcott? -dijo Bob-. Soy Roberto Galvin... Sí... Sobrino de Teodoro Galvin... Sí... Ya sé que era usted uno de sus amigos... ¿Esta noche? Sí... ¿En el Cobalt Club para cenar? Muy bien, me reuniré con usted allí con mucho gusto...

Sus comentarios terminaron mientras escuchaba atentamente. El hombre que hablaba al otro lado del hilo lo hacía con extraordinaria lentitud. Briggs ansiaba saber de qué se trataba, y estaba nervioso.

-Bien -dijo al fin Bob-. Conozco muy pocos de los amigos de mi tío... Espere... ¿Qué le parece Hiram Mallory? Es buena persona... Sí, creo que podré conseguir que nos acompañe... Entonces, a las siete en el Cobalt Club.

Bob colgó el auricular e hizo una mueca burlona al volverse hacia Briggs.

-Thaddeus Westcott -dijo-. Uno de los tres. Lo habíamos dejado para lo último, pero ahora pasa a segundo lugar. Esta noche.

»Hasta puede llegar a ser el número uno, Briggs. Dice que tiene algo muy importante que decirme, pero que necesita estar seguro de mi identidad. Por eso me ha dicho que vaya con Hiram Mallory.

Briggs aclaró un poco su garganta con una tosecilla nerviosa y miró a su compañero, denotando alguna vacilación.

-Yo creo que debías primero oír el parecer del jefe...

-No creo que haga falta. Esto es un paso dado en la buena dirección. Creíamos que podríamos descansar durante unas pocas noches... Sólo hace tres que Clink le dio pasaporte a Harkness.

»Este espero que nos deje movernos sin ningún riesgo, y tal vez vayamos a enterarnos de lo que tanto deseamos saber.

Bob cogió el teléfono y llamó a un número. Preguntó por Hiram Mallory.

Le dijeron que no estaba.

-Dígale que le llamó míster Galvin -dijo Bob-. Robert Galvin. Me gustaría que viniese a cenar conmigo en el Cobalt Club a las siete. Comeremos con míster Westcott... Thaddeus Westcott.

Colgado el auricular, Bob dijo a su compañero:

-Esto está listo. Voy arriba a vestirme. Tú debes estar por aquí vigilando esta noche. No sabemos lo que puede ocurrir.

-¿Te refieres a la Sombra?

-¡Sí!

-No creo que tenga nada que ver con esto, Bob.

-Escucha, Briggs -contestó Bob con absoluta seriedad-. No podemos arriesgarnos en un juego sin tener en cuenta todas las probabilidades. Estoy de acuerdo contigo en que la Sombra no parece preocuparse, por ahora, de lo que nosotros hacemos. A1 mismo tiempo he de confesar que es un individuo que no deja huella alguna por donde pasa. ¡Jamás olvida ese detalle!

Briggs asintió.

-En primer lugar, la muchacha vio a alguien aquí, eso es indudable. Luego el jefe me dio algunas instrucciones precisas sobre el asunto.

»La Sombra, o alguien que obedece sus órdenes, tuvo un encuentro violento con Zull la noche siguiente al asesinato de Harkness. Zull guardó un silencio absoluto sobre esto, pero la noticia llegó a oídos del jefe.

»Eso significa que la Sombra se ocupa de nuestros asuntos.

-Yo creo -intervino Briggs-, que estaba aquí hace dos noches, cuando Clink hizo aquel ruido al zambullirse de cabeza por el hueco de la escalera que lleva al subterráneo. Pero cuando miré en el lugar del suceso, no pude notar nada de extraño. No había allí huella ninguna.

»A1 mismo tiempo me cuesta trabajo creer que Clink se cayera de la manera que lo hizo. Debía de haber estado seguro de que algo ocurría, para equivocar de tal modo sus pasos y darse aquel porrazo mortal.

-¡Por eso es por lo que te digo que vigiles!

-¿Y qué si la Sombra ronda por aquí? -insistió Briggs-. El no puede descubrir más que lo que nosotros hemos descubierto. Sólo dos personas han montado la guardia en este lugar: Clink y yo. Clink está fuera ahora, y yo no chismorreo con nadie.

-Estamos bastante seguros -reconoció Bob-. Al mismo tiempo no olvides que cuatro personas han hallado este lugar insalubre.-su voz se hizo más apagada-, ¡y sólo una de ellas está viva!

-¡Sería mejor sí esa también hubiese desaparecido!

-No. El jefe puede servirse de él más adelante. Y hablando de otra cosa, ¿vino alguien?

Briggs negó con un movimiento de cabeza. Abrió uno de los cajones de la mesa y sacó una carta que llevaba un sello sudafricano. Bob la cogió, abrióla y leyó su contenido. Volvió a colocar la carta en el sobre y se la metió en el bolsillo.

-El jefe querrá esto -dijo secamente.

Salió de la habitación y Briggs se quedó solo leyendo el periódico.

Fue media hora después cuando reapareció Bob. Vestía un elegante smoking. En el brazo llevaba un abrigo y en la otra mano un bastón y el sombrero.

-Acuérdate, Briggs -dijo-. ¡Mantente en guardia!

Bob se había marchado tras esta advertencia final. Anduvo hasta la puerta de la calle y al llegar a ésta miró a uno y otro lado. No había taxis a la vista, por lo que se decidió a llegar a pie hasta la próxima avenida, agitando el bastón mientras andaba.

Llegó a una parada de taxis. Una vez allí, miró prudentemente hacia atrás.

Satisfecho de su inspección, entró en un taxi y ordenó al conductor que le llevase al Cobalt Club.

Pero con todas sus precauciones, no observó Bob una sombra alargada que había recorrido la calle detrás de él. No la había visto dada la oscuridad de la calle lateral y había llegado a ser invisible para él, aun a la resplandeciente claridad de la avenida.

A1 llegar a la puerta del Cobalt Club no se detuvo. Entró en aquel imponente edificio con un aire de casi completa seguridad.

Tal vez hubiese desaparecido su confianza de haber podido observar que otro taxi había seguido muy de cerca al suyo.

Varios minutos después de que Bob había entrado en el Club, otra persona entraba en su portal. Como Bob, el recién llegado iba impecablemente vestido. El conserje le saludó ceremonioso.

-Buenas noches, míster Clarendon -le dijo.

CAPÍTULO XII
EN EL COBALT CLUB

Tres hombres estaban terminando de cenar, tranquilamente, en el restaurante del Cobalt Club. Excepto ellos, el comedor estaba virtualmente desierto.

Formaban un trío desigual. Hasta entonces su conversación había sido casi trivial. Pero cuando el camarero retiró el último servicio de la mesa, pudo observarse que los tres se preparaban para empezar a tratar asuntos de la mayor importancia.

El hombre que estaba sentado en el rincón tenía el cabello blanco y la espalda curvada por el peso de los años. Era muy lento y meticuloso en sus palabras.

Los otros dos habían acabado de comer antes que él y parecían haber olvidado su postre. Ahora sus compañeros esperaban que iniciase la conversación.

Con dedos temblorosos sacó de uno de sus bolsillos un estuche, de éste unos lentes y los ajustó cuidadosamente sobre la nariz. Aclaróse con un carraspeo la garganta y empezó a hablar con voz trémula:

-Tengo que discutir con ustedes un asunto de verdadera importancia -dijo-. Es importante porque yo no sé a ciencia cierta lo que significa. He aquí por qué considero indispensable estar seguro de que es usted realmente Robert Galvin.

Y al hablar así miraba a un joven que estaba sentado a su lado. Este señaló al tercer comensal.

-Míster Mallory puede responder por mí -dijo.

El señor Mallory se inclinó con perfecta dignidad y sonrió de una manera amable.

-Este es Robert Galvin -dijo-. Yo hablé con él el primer día que llegó. Le he visto varias veces desde entonces. Está viviendo en casa de su tío. Puedo responder por él, Thaddeus.

-¡Ah, sí! -contestó Thaddeus Westcott-. Yo llamé allí esta tarde y recibí una llamada por contestación. Sin embargo, insisto en que necesito estar absolutamente seguro de su identidad.

»Lamento mucho no haber estado en la ciudad cuando llegó usted. Habría sido uno de los primeros en ir a darle la bienvenida.

»Parece muy extraño llamar a la casa de su tío y oír allí una nueva voz. El teléfono fue contestado siempre por ese mayordomo que su tío tuvo a su lado tantos años. No recuerdo ahora su nombre... -concluyó Westcott.

-Hodgson.

-¡Ah, sí, Hodgson! No estará muy lejos de aquí...

-Disfruta ahora de una vacación -contestó Bob indulgentemente-. Le afectó mucho la muerte de mi tío. Por eso le concedí unos días de sosiego.

-Muy considerado por su parte -asintió Thaddeus Westcott, aprobatoriamente.

-Betty Mandell también se ha marchado -añadió Bob-. La vieja casa parecía venírsele encima sin mi tío allí. Ha ido a descansar unos días a Florida.

-Yo espero ir mañana a Florida -observó Westcott-. Tal vez la veré.

-Sí, quizá -dijo Bob en un tono de voz especial que pasó inadvertido para el viejo.

-Déjeme explicarle lo que le tengo que comunicar -continuó Thaddeus Westcott-. Antes de empezar, debo advertirle que lo que le voy a decir sólo debe oírlo usted.

»No deseo que el señor Mallory esté presente. Su presencia aquí ha sido únicamente para asegurarme de su identidad. Así es que si el señor Mallory no tiene inconveniente...

Hiram Mallory empezó a levantarse de la mesa, pero Bob le detuvo con un movimiento de su mano.

-Quédese, señor Mallory -le dijo.

-No, no, Roberto -contestó Mallory-. Puede ser un asunto privado...

-Quédese aquí -insistió Bob, que añadió volviéndose a Thaddeus Westcott-. ¿No tiene usted nada que objetar a que el señor Mallory se quede, si yo estoy conforme en ello?

Si es así, no -declaró Westcott-. Usted es quien tiene que decidir. Sólo puedo decirle que tengo que explicar algo importante referente a su tío...

-En ese caso -interrumpió Bob-, creo que el señor Mallory puede quedarse con nosotros.

-Muy bien -dijo Westcott.

Sacó un sobre de un bolsillo y lo mantuvo entre las manos.

-Cuando Teodoro Galvin abandonó el país, me entregó este sobre -empezó a decir Westcott-. Me enseñó el papel que contiene y luego cerró el sobre. Sin embargo, no me explicó el contenido del papel.

»Me dijo que si necesitaba mi ayuda en un cierto asunto, que no especificó, me lo comunicaría, para que yo pudiese comprender lo que significaba este papel.

»No volví a oír hablar de él antes de morir. Por eso he tenido mis dudas en entregar el papel al heredero de Teodoro... o sea a su sobrino Robert Galvin.

El viejo, al acabar de hablar, rasgó el sobre y sacó de él el papel. Lo desdobló y lo examinó atentamente como para cerciorarse de que era el mismo papel que a él le habían enseñado. Hecho esto, dejó el papel sobre la mesa.

Sus dos compañeros lo miraron con curiosidad.

En el centro de la hoja de papel se veía la misma hilera de caracteres secretos que habían sido inscriptos en la tira de papel que Reynold Barker había encontrado y perdido en aquella noche en que registró tan ávidamente hasta los últimos rincones del despacho de la vieja casona de los Galvin.

Era un duplicado exacto de aquel misterioso mensaje de Teodoro Galvin.

No contenía más señales, ni escritos.

Thaddeus Westcott miró a sus compañeros y movió la cabeza al ver su perplejidad. Bob examinó unos segundos el papel y se lo pasó a Hiram Mallory, que lo estudió a su vez con curioso interés.

Súbitamente, Mallory levantó la cabeza y dobló el papel. Los otros levantaron a su vez la cabeza.

Un mozo estaba de pie junto a ellos, sosteniendo en una mano una bandeja en la que llevaba unas tazas de café. Su llegada no había sido notada hasta aquel mismo instante por los tres comensales.

Mallory estaba molesto por aquella inconveniencia. Estaba seguro de que el mozo había tenido tiempo de ver el trozo de papel, pero la estúpida expresión del rostro de aquel hombre le tranquilizó. El mozo apenas había podido oír unas pocas palabras sueltas de la conversación. Mallory mantuvo doblado el papel mientras el mozo servía el café.

-Deme la cuenta -le ordenó Westcott algo molesto.

-Sí, señor -contestó el mozo con voz torpe y acento extranjero.

Sacó del bolsillo un papel y se lo entregó, dando a continuación unos pasos atrás hasta colocarse fuera de la inspección directa de los comensales.

Bob y Mallory le miraron atentamente y luego sonrieron al observar la estupidez que se observaba en aquellas plebeyas facciones. Era obvio que apenas si sabría sumar.

El mozo completó su tarea y dejó tres trozos de papel frente a Thaddeus Westcott, que los firmó, dando al mozo un billete de dólar como propina.

-No nos moleste otra vez -le dijo.

-Sí, señor.

El mozo se retiró apresuradamente. Bob esbozó una sonrisa burlona cuando Mallory volvió a desdoblar el papel. Los tres hombres empezaron a estudiar una vez más los misteriosos caracteres.

Ya en la cocina, el mozo de la mirada estúpida se había retirado a un rincón.

Una vez allí examinó un papel que tenía en la mano.

En sus labios se esbozó una sonrisa. Aquel papel era un duplicado exacto de los caracteres que aparecían en el papel que tenía Hiram Mallory en aquellos momentos. Los había delineado rápidamente de memoria mientras fingía redactar los tres recibos de la cuenta.

El mozo se quitó la chaqueta. En la oscuridad del rincón restregó sus manos sobre su cara y luego observó el resultado de aquella operación en un espejo colgado de la pared. De un armario sacó otra chaqueta y otro chaleco.

Guardó en un bolsillo el papel que contenía el duplicado de los caracteres, y sin ser observado por nadie salió de la cocina.

Cuando reapareció en el vestíbulo no era otro que George Clarendon, adinerado miembro del Cobalt Club.

Aproximadamente unos diez minutos después, apareció Bob en el vestíbulo.

Miró a su alrededor algo embarazado por el desconocimiento del lugar y fue a utilizar un teléfono.

Mientras se hallaba allí, Clarendon se levantó pausadamente, pasó junto a la cabina y descendió las escaleras que conducían a los billares. Se detuvo en las desiertas escaleras y permaneció pegado a la barandilla.

A sus privilegiados oídos llegó la voz queda del hombre que estaba hablando por teléfono.

-Hola... Estoy en el Cobalt Club... Con Thaddeus Westcott. Se va a marchar dentro de poco. Espera ir a casa... ¿Comprendes? Vive fuera, en Long Island... Su coche está aquí, en la ciudad... Va sobre el Queensboro Bridge... Sí, yo estoy aquí en la ciudad... Muy bien, te veré después.

Bob dejó la cabina y volvió al restaurante. Al poco rato volvió al vestíbulo acompañado por Hiram Mallory y Thaddeus Westcott. Este iba hablando.

-Yo desearía saberlo, caballero -decía-, pero no puedo comprender su propósito. La información es indudablemente importante.

Hiram Mallory le dio significativamente un golpe en el brazo. Westcott comprendió. Había otras personas en el vestíbulo. Movió la cabeza y cortó la conversación.

-Buenas noches -dijo dando la mano a sus compañeros

-Buen viaje para el Sur -contestó Mallory.

Thaddeus Westcott se volvió hacia la puerta y vio a George Clarendon que estaba en pie cerca de ella.

-Hola, Thad -le saludó Clarendon.

-Hola, George.

-¿Va usted hacia casa?

-Sí.

-¿Por qué no me deja usted en la mía? Pasa usted por allí.

-Con mucho gusto, George. Venga, venga conmigo... Mi coche está fuera.

Los dos hombres echaron a andar juntos. Bob los miró cuando pasaban por la puerta giratoria. Sus ojos tenían un brillo especial y en sus labios se dibujó una extraña sonrisa cuando vio alejarse la figura de Thaddeus Westcott.

CAPÍTULO XIII
LA BATALLA DE LA SOMBRA

Thaddeus Westcott se pasó la mano por la frente con inquietud. El movimiento del coche parecía trastornarle. Alcanzó el tubo de goma que comunicaba con el chófer.

-Ve más despacio, Craig -le dijo.

Era la segunda vez que daba esta orden. La velocidad del coche disminuyó notablemente. Westcott se dejó caer hacia atrás contra el respaldo del asiento.

-¿No se encuentra bien? -preguntó George Clarendon.

-No -contestó Westcott-. Estoy un poco mareado, George. Tal vez sea debido a una taza de café que he tomado después de la cena. Tenía un sabor especial. Parece que me pongo cada vez peor.

-Sería absurdo que continuase usted hasta Long Island. ¿Por qué no se hospeda por esta noche en el Thermon Hotel? Está aquí cerca de la casa del doctor Geoffrey. Le diré que vaya a visitarle.

-Tengo que salir mañana para el Sur -objetó Westcott-. Todo mi equipaje está preparado. Fuera de la casa...

-Eso es fácil de arreglar -dijo Clarendon-. El chófer irá a buscarle mañana por la mañana, antes de que salga el tren.

Westcott cerró los ojos y movió la cabeza afirmativamente, aunque apenas sin fuerzas para hacerlo.

-Creo que tiene usted razón, George -dijo-. No... no... no estoy bien. Haga... lo que le parezca.

-Deténgase en el Thermon Hotel -dijo Clarendon al chófer, a través del acústico.

El coche frenó delante del hotel. Craig se quedó estupefacto cuando vio a Clarendon ayudando a bajar del coche a Westcott, y abandonando su asiento ayudó a transportar a su amo.

-No es nada -le dijo Clarendon, tranquilizándole-. Espere aquí. Yo cuidaré de él.

Los dos amigos entraron en el hotel. Clarendon reapareció unos diez minutos después.

-Míster Westcott está mucho mejor -dijo al chófer-. Ha tenido una ligera indigestión. E1 doctor está con él ahora. Pasará aquí la noche.

»Desea que lleve usted el coche a Long Island. Cogerá usted el equipaje y lo traerá aquí antes de las ocho y media de la mañana.

-Muy bien, señor.

Se había detenido un taxi frente a la limousine. Craig torció el coche hacia delante y avanzó en la calle.

A1 arrancar miró hacia atrás, pero no pudo ver rastro alguno de George Clarendon. El hombre había desaparecido.

La limousine corría ahora sobre el Queensboro Bridge y dio la vuelta al llegar a una ancha carretera. E1 coche entró a un camino que se bifurcaba en la carretera.

El chófer encendió una cerilla y la aplicó a su cigarro... El coche siguió rodando hasta llegar a otro camino bordeado por árboles corpulentos.

Un poco lejos, hacia adelante, Craig vio una forma al resplandor de los faros. Era un hombre con los brazos en alto. Parecía llevar uniforme.

Craig hizo una mueca. Aquella parte de Long Island se empleaba como desembarcadero para los vapores. Guardacostas, agentes de la prohibición y policía local estaban constantemente de guardia para detener los potentes automóviles de los contrabandistas.

A Craig ya le habían hecho detenerse varias veces, pero nunca por aquel camino. Pisó el freno y el hermoso automóvil se detuvo.

El hombre que parecía esperarle avanzó hacia el auto. Se vio perfectamente relucir su insignia oficial, pero su rostro permaneció en la oscuridad. Hablaba ásperamente al acercarse al chófer.

-¿Qué viene usted a hacer aquí? -preguntó.

-Nada -contestó Craig-. Este auto pertenece a míster Westcott, que vive en este mismo camino, un poco más arriba.

-¿Sí? ¡Ahora lo veremos!

Dos formas emergieron de uno de los lados del camino.

El chófer pudo distinguir la confusa silueta de un automóvil detenido en un pequeño claro, a uno de los lados del camino.

E1 hombre de la escarapela sacó una pistola de su chaqueta y la mantuvo apuntando a los ojos del chófer. Craig oyó abrir la puerta de la limousine detrás de él.

-No hay nadie aquí -dijo una voz en las tinieblas.

-¿No? -preguntó incrédulamente el hombre de la pistola-. Vuelve otra vez a mirar. Asegúrate de que no hay nadie en el interior.

Un hombre avanzó para entrar en el coche, y volvió su linterna para registrar su interior. Una súbita exclamación brotó de sus labios.

-¡Aquí hay algo! -dijo-. ¡Algo negro, en el asiento posterior! ¡Cuidado! ¡Cuidado!

A1 mismo tiempo que su grito de alarma se oyó una detonación, que asustó al chófer y al hombre que lo había detenido.

Craig volvió la cabeza y vio relucir un revólver. Otro tiro vino a turbar el silencio de la noche.

El hombre que estaba junto a la puerta de la limousine cayó de espaldas en el camino.

El jefe, el mismo que llevaba la insignia, lanzó furioso una orden.

Instantáneamente apareció un grupo de hombres en el camino. Craig vio al jefe apuntar con su pistola. El chófer pudo comprobar que encañonaba directamente al hombre del revólver.

Pero antes de que apretase el gatillo, otro tiro salió por la puerta abierta en la trasera del auto. El brazo del jefe cayó a lo largo de su cuerpo y la pistola rodó por el polvo del camino.

Los atacantes disparaban sin cesar hacia el interior de la limousina. Craig se agazapó en su asiento. Estaba más sorprendido que los atacantes. Estos habían creído en un principio que tendrían que habérselas sólo con un hombre desarmado, pero Craig pensó que el coche estaba vacío.

No podía sospechar siquiera quién era el que había contestado al primer disparo del atracador. El tiroteo cesó en cuanto los dos hombres echaron a correr haciendo eses en el cono de luz de los dos faros del coche. No se daban cuenta de que sus cuerpos ofrecían ahora un blanco admirable; sólo les preocupaba escapar cuanto antes de aquel diluvio de balas que salía del interior del auto.

Entonces resonó una voz en la oscuridad, junto al coche.

-Craig -dijo en una voz que parecía un murmullo.

El chófer se incorporó, sorprendido al oírse llamar por su nombre. Se estremeció.

-¡En marcha! -dijo la voz.

En cuanto el chófer obedeció, uno de los hombres que yacían en el suelo levantó el brazo para disparar. Se vio brillar un fogonazo dos pies más lejos del chófer y aquel hombre volvió a caer pesadamente en la carretera.

Craig pisó el acelerador y el coche salió disparado. Craig no podía comprender lo que había ocurrido. Sólo sabía que le habían salvado del ataque criminal de una pandilla de hombres armados.

Aun oyó a sus espaldas el eco de algunos disparos aislados y luego, por encima de él, el sonido de una risa larga, fantástica, una risa que tenía un dejo burlón y que parecía venir de las tinieblas que rodeaban a los árboles de los bordes del camino.

Seguía resonando la risa fantástica. Craig se estremeció al oír sus extraños tonos. Aceleró aún más la marcha, con más terror que si viniese persiguiéndole una legión de diablos.

Se imaginaba que su misterioso salvador estaba también ahora a salvo en el auto.

La limousine pasó por entre las barreras que defendían la entrada de la finca de Thaddeus Westcott.

Craig no se detuvo hasta llegar a la puerta del garaje. Una vez allí, se volvió y miró al interior del carruaje.

¡Estaba vacío! La luz interior del coche sólo le permitió distinguir las huellas de los balazos. No se veía rastro alguno del misterioso viajero.

Craig se preguntó qué se habría hecho de aquel hombre y pensó que le había resultado incómoda la estancia en el interior del coche. ¿Habría abandonado a su salvador a los bandidos, en medio de la carretera?

Craig, sin embargo, consiguió al fin tranquilizar un tanto su conciencia, pensando que, después de todo, no había hecho más que obedecer una orden.

Sería una verdadera locura volver a la lucha.

Allá atrás, en la carretera, a través de los árboles, un grupo de hombres estaban subiendo a un coche. Dos de ellos estaban malamente heridos. Todos, menos uno, habían recibido algún balazo. El que parecía jefe de aquellos hombres, y que también había recibido una caricia del desconocido, refunfuñaba como un energúmeno, de pie junto al coche, dirigiendo los rayos de una linterna en todas direcciones.

-¡Vámonos de aquí, en seguida! -silbó entre sus temblorosos dientes-. ¡Subid al coche, con el chófer! ¡No vamos a estarnos aquí esperando hasta el día del juicio! ¡Vamos, animales, a menos de que queráis que os hagan todavía otra caricia!

Subió al coche y puso en marcha el motor. Había apagado la linterna, pero el resplandor de los faros iluminaba en un espacio bastante grande la carretera.

A uno de los lados del auto, en el camino, veíase una larga y extraña sombra. E1 conductor del coche no se entretuvo en examinarla y la tomó desde el primer momento por la sombra de un árbol.

E1 coche avanzaba lentamente. Cuando pasó el paraje donde había estado la sombra, una figura larga y ágil saltó hacia delante. Habría sido invisible en la oscuridad, excepto si se tiene en cuenta que momentáneamente oscureció la luz posterior del coche.

La vaga forma se agarró a la trasera del vehículo y permaneció allí mientras el automóvil siguió corriendo por la carretera.

El hombre que tomara asiento en la delantera del auto iba murmurando juramentos incoherentes durante todo el trayecto. Su voz aguardentosa se mezclaba a los lamentos de los gangsters heridos, pero él no oía aquellos gemidos.

Lo que aun resonaba en sus oídos era el silbido de una risa burlona, una risa que ningún individuo de los bajos fondos neoyorquinos hubiese dejado de reconocer.

Porque la risa que había sonado cuando la limousine arrancó hacia la salvación, era el grito de triunfo de la Sombra.

¡Sin ayuda de nadie, el hombre invisible de la oscuridad había ganado la pelea contra terribles enemigos!

CAPÍTULO XIV
LA AMENAZA DE LA SOMBRA

Era pasada la medianoche. Un cupé venía de Broadway, por el extremo superior de la Séptima Avenida, y se detuvo ante una casa situada a un lado de la calle.

Se apearon dos hombres y avanzaron unos cuantos pasos. Uno de ellos abrió la puerta de la casa en la que penetraron. Uno de aquellos hombres era alto, de cara de torta, cargado de hombros, pero brillaba en sus ojos una mirada de tan fría brutalidad, que denunciaba en él un temperamento peligroso. Era «Moose» (Alce) Shargin, una figura sobresaliente en el hampa.

Astuto, diestro y silencioso, «Moose» Shargin era de los que esquivaban pendencias inútiles. Su nombre se veía raras veces mezclado en las luchas de los gangsters.

Se cebaba en el desvalido y evitaba llevar a cabo empresas que pudiesen terminar en contiendas con gentes de su calaña.

A1 mismo tiempo, Shargin era conocido por su resolución. Los demás magnates del crimen jamás discutían con él.

Su acompañante, Garry Elvers, era su guardia de corps. Garry era un gangster de rostro torvo, que imitaba las maneras de su jefe de hablar poco y resolver los asuntos por sí mismo. Iba con «Moose» únicamente cuando el jefe salía sin sus gorilas.

Ambos eran vistos con frecuencia en el Café de Brindle, un lugar de Broadway predilecto de los bandidos célebres. Habían ido a aquella casa juntos con alguna oscura misión.

«Moose» Shargin señaló con el dedo una habitación en el otro extremo del vestíbulo. Elvers comprendió. Debía esperar allí mientras Shargin subía al piso superior. Aun para aquel segundo tan sumiso, «Moose» era mudo en lo que hacía referencia a determinados asuntos.

Elvers ya había estado allí antes y había obedecido siempre las órdenes que se le dieron. No sabía cuáles eran los propósitos de «Moose», y no se preocupaba en averiguarlo.

Era esta cualidad de indiferencia lo que le había valido el cargo de segundo jefe de las fuerzas de «Moose» Shargin.

Garry abrió la puerta mientras <Moose> subía las escaleras. Cuando le vio desaparecer, el guarda se encogió de hombros y entró en la habitación.

Encendió una luz, y sacando un arrugado periódico empezó a leer tranquilamente.

Entretanto, «Moose» Shargin había seguido subiendo en la oscuridad. En vez de dirigirse al segundo piso que aparecía iluminado, lo hizo hacia un armario que estaba a un lado del hall. Entró en él y halló una percha en la pared. Tiró de ella hacia abajo.

La pared se abrió de pronto y dejó a la vista un estrecho pasadizo por el cual se lanzó el jefe de bandidos.

Estaba sólo a unos pocos pasos del final del pasillo. Allí encontró Shargin un muro que se le interponía. Tanteó la pared hasta encontrar un punto metálico que oprimió enérgicamente, y se abrió una puertecilla secreta.

Shargin entró en una habitación iluminada.

De la oscuridad de las desnudas paredes de piedra, había emergido Shargin a un pequeño pero lujoso despachito, con las paredes forradas de oscuro y el piso cubierto con una espesa alfombra oriental. Adosadas a las paredes, podían verse finas sillas de caoba.

La puertecilla secreta se cerró a sus espaldas y «Moose» se detuvo ante un amplio butacón situado en uno de los rincones. Cómodamente sentado allí, un individuo estaba leyendo un libro.

Aquel hombre dejó el libro a un lado y miró con fijeza al visitante. La luz que le servía para la lectura iluminó el rostro de Hiram Mallory.

-Hola, jefe -dijo «Moose», en voz baja y ronca, que era su tono habitual.

-Hola, «Moose». ¿Cómo han ido las cosas esta noche?

El gangster llevó una silla hasta el rincón y se sentó frente a Mallory. En sus ojos brilló una torva mirada.

-No muy bien, que digamos -contestó de mal humor-. El trabajo fracasó y la mayor parte de mis gorilas conservan las huellas del fracaso en el cuerpo. Quizá usted pueda decirme quién se las hizo.

-La Sombra.

-¡Ese tío tenía que ser! -dijo rápidamente «Moose».

Hiram Mallory echó la cabeza hacia atrás a tiempo que sonreía. Luego soltó una verdadera carcajada. «Moose» Shargin ya había oído aquella risa antes.

Era algo que no podía comprender.

Hiram Mallory tenía su aire chancero habitual. Cuando este aire era más evidente, el hombre era más peligroso. Era un enigma que había dejado siempre estupefactos y que mantenía intrigados a sus secuaces.

-¿Qué es lo que vamos a hacer ahora? -preguntó «Moose».

-Valernos de lo ocurrido -contestó Mallory con su rostro más placentero, como si en realidad estuviese divertidísimo-. He estado esperando que se presentase la ocasión de un encuentro con la Sombra, pero no creía que esto ocurriese en un asunto tan trivial como el asesinato de Thaddeus Westcott.

»Hasta ahora, la Sombra había sido... eso: una sombra. Esta demostración de interés por su parte, crea una nueva situación.

-¡Significa que tendremos que pelearnos con él! -exclamó Shargin.

-¡Exactamente! -afirmó Mallory.

-Otros lo han intentado antes y... -empezó a decir «Moose».

-Y fracasaron -terminó Mallory interrumpiéndole-. Del mismo modo que otros intentaron atravesarse en mi camino y fracasaron también.

Moose» asintió. La apacible seguridad de Hiram Mallory borró como por encanto los signos de preocupación y aun de terror que habían empezado a dibujarse en el rostro salvaje

del gangster. Mallory no hizo ningún comentario más cuando Shargin empezó el relato de lo ocurrido.

-No tengo, realmente, mucho que contar -dijo-. Cuando recibí el recado telefónico de Bob Maddox, llevé a la cuadrilla hacia Long Island y los embosqué para esperar la llegada del coche de Westcott. Escogí para ello un lugar admirable.

»El chófer cayó en la trampa y se detuvo al requerimiento del falso agente de la autoridad. Los muchachos se precipitaron hacia la puerta del vehículo. Westcott no estaba dentro, pero la Sombra sí. Fue él quien les dio una paliza.

»El chófer huyó con el coche y la Sombra con él.

-¿Dónde estaba usted? -preguntó Mallory.

-En mi coche. No podía disparar mientras los muchachos estaban en el camino. Tiré después, cuando la limousine inició la huida... pero ya era demasiado tarde para lograr acertarle.

Mallory guardó un instante de silencio, clavando los ojos en su interlocutor.

-Bien -dijo por fin-, hasta ahora creíamos que la Sombra sólo se había cruzado en nuestro camino en forma accidental, pero hoy es evidente que ha tomado intervención en el mismo asunto que nosotros, con ánimo de estropearnos el negocio.

«Moose» Shargin asintió en silencio.

-La Sombra -siguió diciendo Mallory- es una incógnita para todo el mundo, pero no creo que sea completamente imposible conocer su identidad.

-¿Cree usted poder averiguar quién es?

-La forma en que Westcott se escurrió de nuestras manos y la Sombra se enteró de nuestros planes, facilita una pista segura para hacerlo.

-¿Acaso conoce ya su identidad? -inquirió impaciente Shargin.

-Puede ser -respondió Mallory evasivamente con una sonrisa maliciosa.

-¿Cómo se llama ese caballero? -preguntó Shargin-. Daría cualquier cosa por encontrarme con él y...

-Es inútil -contestó Mallory-. No podría usted encontrarle ahora, «Moose».

-¿Y respecto a Westcott?

-También es inútil. Puede tener la seguridad de que la Sombra lo ha colocado a salvo de todo contratiempo. Lo mejor que podemos hacer ahora es dejarle que abandone la ciudad.

-No le entiendo, jefe -confesó aturdido Shargin-. Dice usted que podemos llegar a saber o que sabemos ya, quién es la Sombra, y por otra parte pretende usted que Westcott no debe ser molestado, que hay que dejarle que se vaya. ¿Cuál es su idea?

-Astucia, «Moose» -dijo Mallory sonriendo-; diplomacia, lo que en inglés significa estrategia refinada. No debemos de perder nunca de vista nuestra propia conveniencia. Si la Sombra no está sobre la pista de nuestro principal negocio, lo mejor que debíamos hacer era ignorarle.

»Pero yo creo, por el contrario, que está próximo a atravesársenos en el camino con un plan importante. Por eso debemos darle una consideración inmediata.

«Westcott debía haber sido el Número Tres. La casualidad dispuso que pudiera haber sido el Número Dos... Hemos llegado a saber todo lo que él sabía... lo cual es muy poco.

»Su muerte no es necesaria, aunque hubiera sido deseable, teniendo en cuenta las circunstancias en que yo la planeé. Por todo lo cual, debemos considerar, primero, que es preciso que acabemos nuestros trabajos con el hombre que es ahora el Número Tres.

-Trabajo rápido -sugirió «Moose».

-No -dijo Mallory sacudiendo la cabeza pensativamente-. No demasiado rápido, «Moose» . Porque entonces la Sombra se encontraría con nosotros sobre el terreno.

-Cree usted que él sabe...

-Sabe lo bastante para vigilar a Bob; y Bob es el hombre indicado para ese trabajo. Tengo la seguridad de que hay ciertas cosas que la Sombra no sabía... hechos concernientes a Teodoro Galvin...

-¡Por los cuernos de Lucifer! -gruñó Shargin.

-Pero -continuó Mallory, aparentando no haberse dado cuenta de la interrupción-, pero hay también hechos que él puede haber descubierto.

»Por ejemplo, puede saber que Bob Maddox no es Bob Galvin.

-¿Cree usted que puede haber descubierto eso? -preguntó atónito «Moose».

-Si no lo sabe -dijo Mallory-, me propongo que llegue a saberlo.

«Moose» Shargin miró a su jefe como si se hubiese vuelto loco. Estaba demasiado sorprendido para poder hablar. Mallory continuó hablando sin nuevas interrupciones por parte de su subordinado.

-Especifiquemos, primero, qué es lo que la Sombra sabe -empezó diciendo-. Primero: sabe que fue asesinado un hombre en el despacho de Teodoro Galvin.

-¿Se refiere usted a Barker?

-Exactamente. Después, sabe que Richard Harkness fue asesinado por Clink. Tercero: sabe que se trazó un plan para eliminar a Thaddeus Westcott, inmediatamente después de que éste hubo estado cenando conmigo.

Mallory quedó un momento pensativo; luego resumió su discurso.

-La Sombra puede sospechar otras cosas -dijo-. Pero por encima de todo, necesita saber por qué Bob Galvin está mezclado en negocios sospechosos.

»Después de todo, Maddox era un suplente. Puede pasar perfectamente por un hombre de Africa del Sur.

»Es probable que la Sombra crea que Bob es un impostor, pero de lo que no hay duda alguna, es que sospechando eso quiera saber qué se ha hecho del verdadero Bob Galvin.

-Yo le tengo a buen recaudo -contestó Shargin haciendo una mueca.

-Perfectamente -dijo Mallory-, y deseo que siga usted manteniéndole, ¡porque la Sombra intenta descubrir dónde se encuentra!

Shargin se quedó con la boca abierta. En su cerebro empezó a hacerse súbitamente la claridad.

-¿Por qué atacar a la Sombra? -preguntó Mallory-. Usted lo intentó anoche, y ya vio lo ocurrido. Cuando tiene usted un enemigo peligroso no debe ir detrás de él. ¡Debe atraérselo, hacerle caer en una trampa! ¡Eso es lo que yo entiendo que debe hacerse con la Sombra!

-¿Caerá en la trampa?

-¿Caerá en la trampa? -repitió Mallory sonriente-. ¿Por qué me hace usted esa pregunta, «Moose»? ¿No se metió anoche en la boca del lobo? Pues igual se meterá otra vez. Pero ésta estaremos preparados. Ese será trabajo suyo, «Moose».

-Y lo haré con todo cuidado -contestó Shargin.

-Espero que sea así -dijo Mallory-. El ataque a la Sombra tendrá un doble objeto. No sólo hacerle caer en nuestra trampa, sino dejarnos libres para poder trabajar con el Número Tres, mientras la Sombra está entretenido en otra cosa.

-Ya le entiendo, jefe... Tendrá usted a Bob haciendo su trabajo mientras la Sombra está intentando sacar de su estufa al joven Galvin.

-¡Exactamente! Por eso nuestro plan es hacer un juego de espera de momento. No hacer nada hasta que yo lo diga. Mis instrucciones a los otros serán las mismas.

»La Sombra, sabiendo que algo importante se prepara, no tendrá más remedio que actuar por su propia iniciativa. Hasta ahora ha vigilado nuestros movimientos. Ha llegado el momento de que le vigilemos a él.

-Comprendido, jefe.

«Moose» Shargin se levantó. Comprendía que la entrevista había terminado.

Reconocía en Hiram Mallory una inteligencia superior. Aquel caballero de rostro afable y sonriente, sabía presentarse ante sus amistades sociales como un hombre retirado de los negocios, cuando en realidad no era otra cosa que un genio del mal, que sabía mantener su nombre a cubierto de cualquier empresa criminal.

Librodot

«Moose» dirigió una última mirada a aquella habitacioncita confortable y lujosamente amueblada. La amplia librería repleta de volúmenes; las suntuosas cortinas y los valiosos cuadros que ornaban sus paredes, el alto y primoroso biombo en el rincón, todo aquello eran señales evidentes de un lujo que parecía adquirido por medios decorosos y legítimos.

No había nada en aquella habitación que revelase la verdadera personalidad de Hiram Mallory.

Abrióse otra vez la puertecilla secreta y «Moose» Shargin, atravesó el pasillo y regresó a la vieja casona adyacente a la que ocupaba Mallory.

«Moose» sabía sólo una parte de los planes y relaciones de su jefe, y del mismo modo, el segundo de Shargin, Garry Elvers, que le estaría esperando, desconocía en el fondo los trabajos verdaderos de su jefe.

Hiram Mallory continuaba sonriendo después de la marcha de «Moose» Shargin. Descolgó el auricular de un teléfono y llamó a un número. A poco le contestó la voz de Bob Maddox.

-Espera instrucciones -le dijo Mallory reposadamente-. Hay nuevos acontecimientos que requieren un aplazamiento. Sea lo que fuere no actuar. Estar preparados.

Concluida su llamada telefónica, cuchicheó:

-Cada uno de ellos sólo sabe una parte -dijo-. Shargin desea saber cómo saldrán los otros con sus asesinatos. Maddox quiere saber por qué Shargin no se mueve de su línea. Briggs querría enterarse de todo.

»Teodoro Galvin sabía demasiado. Me confié demasiado con él. Reynold Barker sabía demasiado poco, de no haber sido así no hubiese sido necio. Hasta ahora no ha surgido ninguna amenaza, excepto entre nuestras propias fuerzas.

»¡Ahora lo que hace falta es encontrar a la Sombra!

Sacó un sobre del bolsillo. Era una carta que había llegado de Africa del Sur, dirigida a Robert Galvin. Se la había entregado Bob, cuando se separaron de Thaddeus Westcott.

-Esto -murmuró Mallory en voz queda-, debe llegar a manos del joven Galvin, a quien obligaremos a contestarlo.

»Tenemos semanas de trabajo y no se tratará de Hodgson, ni de la muchacha. En realidad no podemos hacer frente a ciertas investigaciones turbadoras de Africa del Sur.

»Esta carta debe ir a manos de Robert Galvin, y cuando haya ido -terminó Mallory, sonriendo con beatitud-, ¡habrá llegado la hora de preparar el cebo para la Sombra!

El beatífico anciano se arrellanó aun más en su butacón, manteniendo la carta entre sus manos, mientras en su rostro se dibujaba una sonrisa radiante.

«Moose» Shargin tenía razón. Cuando Hiram Mallory parecía jovial, era cuando resultaba más peligroso.

Aquel maestro del crimen estaba ideando un plan destructor.

¡Sabía la amenaza de la Sombra y estaba pronto a medirse con él!

CAPÍTULO XV
LOS PLANES DE LA SOMBRA

Cuando «Moose» Shargin se reunió de nuevo con su segundo, Garry Elvers, en la casa vecina a la vivienda de Hiram Mallory, le indicó únicamente con un gruñido que le siguiera.

Ambos hombres salieron de la casa y entraron en su cupé. Siguieron a lo largo de la calle, doblaron una esquina y emprendieron el regreso a Broadway.

A1 mismo tiempo, de la sombra proyectada por una casa frontera se adelantó un hombre que parecía haberles estado esperando. Aunque no pareció hacer ningún esfuerzo para pasar inadvertido, era realmente invisible en la oscuridad.

Anduvo rápidamente hacia Broadway. Una vez allí, llamó a un taxi que pasaba en aquel momento y encargó al chófer que se dirigiera pausadamente hacia la parte alta iluminada de la calle.

Aquel hombre llevaba una amplia capa negra y un sombrero, de anchas alas.

Parecía haber conocido anticipadamente la dirección que había de llevar el cupé, por cuanto desembocó por una vía adyacente antes de que aquél llegase a la esquina.

El taxi siguió a poca distancia del cupé cuando éste se dirigía a Broadway.

El pequeño cochecillo torció a la izquierda pocas manzanas después y el taxi, obedeciendo a una orden del pasajero enlutado, hizo la misma maniobra.

El cupé llegó a la puerta de un garaje y entró en él. El pasajero del taxi se apeó de éste media manzana más arriba.

Cuando <Moose> Shargin y su lugarteniente se dirigían poco después desde el garaje hasta una fonda situada un poco más lejos, eran seguidos por una forma larga y sombría que se deslizaba misteriosamente a lo largo de la acera.

Los gangsters entraron en la fonda. Aquél era su domicilio. Cuando los dos bandidos desaparecieron resonó en la oscuridad de la calle una risa sardónica.

Otra vez pudo distinguirse la forma sombría, que ahora se alejaba.

Nadie hubiese podido trazar el recorrido de aquella mancha misteriosa de las tinieblas. Se desvaneció completamente, como si su destino fuese en realidad la atmósfera. Era la sombra de un hombre, un hombre tan parecido a una sombra, que era llamado así: la Sombra. Sólo media hora después volvió a hacerse visible aquel ente nocturno.

Su paradero era sólo conocido por él mismo, estaba en una habitación orlada de negro, el retiro sagrado de la Sombra.

Se encendió una luz bajo la presión de una mano invisible. Los rayos de aquella luz se reflejaron sobre la superficie pulimentada de una mesa. Dos manos finas y largas aparecieron a la luz bajo la lámpara.

Eran unas manos blancas, adornadas con un solitario que ostentaba una gema extraña. Los reflejos de aquella gema de fuego, se descompusieron sucesivamente en varios colores que iban desde el rojo al púrpura.

Era la única joya de la Sombra: un ópalo de fuego. Los coleccionistas de piedras exóticas hubiesen ambicionado aquella piedra.

Las manos estaban trabajando. Desplegaron sobre la mesa un mapa detallado de Manhattan, respaldado por una gruesa hoja de cartón.

Los dedos fueron clavando alfileres con cabeza de vidrio en el mapa. Los alfileres indicaban lugares importantes.

Uno de ellos indicaba la casa que había pertenecido a Teodoro Galvin. Otro mostraba aquella en que fuera asesinado Richard Harkness. Junto a ellos, un tercer alfiler indicaba el lugar donde el inspector Herbert Zull fue sorprendido por un ataque en las tinieblas.

Estos alfileres eran colocados rápidamente. Ahora surgieron otros; uno para el Cobalt Club y otro para el Hotel Thermon. Los dedos, mostrando nuevos alfileres, colocaron dos de éstos, uno junto a otro, indicando la casa donde «Moose» Shargin había ido, uno, y el otro la casa adyacente, residencia efectiva de Hiram Mallory.

Otro alfiler señalaba la fonda donde habían entrado Shargin y su lugarteniente.

Los dedos manipularon otro alfiler blanco que fueron a clavar en una manzana de casas fuera de la ciudad. Luego mostraron otro alfiler negro y lo dejaron sobre el mapa. Esto completaba el trabajo preliminar.

Unos ojos, en la oscuridad, estudiaban el mapa, como un general estudia sus planos de campaña.

La mano derecha empezó a actuar. Sobre una hoja de papel escribió los nombres de los lugares indicados por los alfileres. Junto a la palabra «blanco», escribió el nombre «Betty Mandell».

Detrás de la palabra «negro», el nombre de «Robert Galvin».

Estos nombres tenían una explicación evidente. El primero significaba el refugio donde Betty Mandell estaba oculta ahora. El segundo se refería al lugar en donde posiblemente estaría cautivo Bob Galvin en aquellos momentos. Sólo el alfiler negro no estaba aún localizado.

De este modo enfocaba la Sombra el campo de operaciones y presumía el objetivo a realizar ante él.

Hiram Mallory habría sonreído de poder ver este mapa, porque aquello confirmaba su creencia de que la Sombra sabía que el verdadero Bob Galvin estaba prisionero.

La mano arrugó la hoja de papel, pero dejó los alfileres en su posición actual. Ahora apareció otro papel que colocó sobre la mesa. Aquel papel era uno de los recibos del Cobalt Club.

Sobre él estaban inscritos los misteriosos caracteres del mensaje particular dejado por Teodoro Galvin. Un dedo finísimo se posó sobre el alfiler que indicaba la vieja casona. En la oscuridad resonó una risita ahogada.

La Sombra acababa de adivinar un hecho: a saber, que aquel mensaje había sido buscado en la vieja casona, y por lo tanto hallado allí.

Apareció un sobre bajo la lámpara. Llevaba un sello del Paraguay, y estaba marcado por el cuño de la estafeta de Asunción.

Los dedos extrajeron una carta del sobre. Desdobló el papel y leyó las líneas que quedaron a la vista. Aquellas líneas estaban escritas en clave y dejaban un espacio en blanco entre ellas.

La mano derecha cogió una pluma y escribió la siguiente traducción del mensaje cifrado:

«Cuando Teodoro Galvin murió, estaba en compañía de un hombre llamado Reynold Barker. Su descripción correspondía a la del hombre hallado en el despacho de Galvin. Barker dejó Asunción en aeroplano inmediatamente después de la muerte de Galvin.

»Se supuso que la muerte de Galvin fue debida a la fiebre amarilla. Investigaciones posteriores demostraron que se debió a envenenamiento. He obtenido esta información por investigaciones de un médico competente.

»He sabido, también, que Galvin habló con Barker. Sus últimas palabras, en inglés, iban dirigidas a Barker. Eran incoherentes y sólo comprensibles en parte para aquellos que se hallaban presentes.

»Se oyó la palabra «escritorio», y también otra palabra, creo que «estudio», que bien podía ser «despacho».

»Esto completa la investigación. He cablegrafiado a este objeto y regresaré en el próximo buque, a menos de recibir orden en contra. »

Al final de la traducción de la carta, la mano escribió un nombre, que era la única firma del mensaje. El nombre que escribió la mano era el de Harry Vincent. Era éste el nombre de uno de los agentes secretos de la «Sombra».

Antes de que la mano hubiese terminado de escribir la traducción de la carta, los trazos de tinta empezaron a palidecer. Fueron borrándose palabra tras palabra como si lo fuesen por una esponja invisible. Este efecto extraño era debido a la calidad invisible de la tinta con que estaba escrita la carta, tinta preparada con una fórmula química que sólo conocía la Sombra.

Las manos cogieron la hoja de papel timbrado del Cobalt Club, aquella hoja de papel importantísima, puesto que en ella estaba escrita la copia del mensaje secreto de Teodoro Galvin.

La hoja quedó un momento sobre el mapa, junto al alfiler que indicaba el emplazamiento de la vieja casona. Unos ojos invisibles la examinaron atentamente, clavándose materialmente sobre cada enigmático trazo, tratando de adivinar lo que quería decir aquel mensaje.

Transcurrieron diez minutos sin que las manos hiciesen movimiento alguno.

Vino luego un movimiento súbito.

La hoja de papel fue dejada a un lado. Uno de los dedos ahusados fue de un alfiler a otro y se detuvo en el que indicaba la casona.

Apareció luego la mano izquierda, portadora de un alfiler con cabeza de oro.

Los dedos de esta mano clavaron cuidadosamente el alfiler en un lugar determinado del mapa.

Resonó una risa en la oscuridad, una risa larga, sorda, que tenía un significado especial. La risa se prolongó como un silbido, y sus ecos fantásticos repercutieron en las paredes de la oscura habitación, enlazándose los ecos de manera tan íntima, que hubiera sido imposible decir cuándo acababa la risa y empezaba el eco.

La mano derecha escribió nuevas palabras en una hoja de papel. Aquellas palabras estaban dispuestas en la siguiente forma:

Verde - Vincent Azules - Burbank Oro - Burke Blanco y Negro

Esto era todo. Y sin embargo aquellas breves explicaciones formulaban el plan de la Sombra. ¡Eran el esbozo de su campaña!

Aparecían nombrados allí tres de sus agentes particulares. Vincent quedaba relacionado con el alfiler verde, y éste indicaba la vieja morada de Teodoro Galvin.

Burbank estaba designado por los dos alfileres azules, porque azul era el color de los alfileres que localizaban la vivienda de Hiram Mallory, y la adjunta a ésta.

El nombre de Burke, frente al oro, indicaba que el periodista era delegado para el lugar últimamente señalado en el mapa.

Blanco y Negro, aquellas palabras frente a las cuales no aparecía escrito nombre alguno, sólo podían significar una cosa: que la Sombra, por sí mismo, vigilaría sobre el refugio en que había instalado en seguridad a Betty Mandell, y que era e1 también quien debía averiguar el lugar en que se hallaba cautivo Bob Galvin.

Los dedos juguetearon un rato con el alfiler oscuro que marcaba la vivienda de <Moose> Shargin. En la oscuridad seguía trabajando activamente el pensamiento. Al fin, pareció como si obtuviera una solución satisfactoria, porque cesó el movimiento de los dedos. Por último, la mano cogió el alfiler negro y lo colocó junto al oscuro.

Aquel acto era harto significativo. Significaba que la Sombra había decidido que <Moose> Shargin era la llave para encontrar a Bob Galvin. Sería su obligación vigilar al gangster-jefe que estaba tan íntimamente identificado con los planes de Hiram Mallory.

Las manos retiraron el mapa de la mesa, llevando aún clavados los alfileres.

Se apagó la luz y una risa muy queda llenó la habitación. La Sombra había desaparecido.

No mucho después aparecía en el hotel Thermon, Georges Clarendon.

Preguntó por la llave de la habitación 1122, la próxima a la ocupada por Thaddeus Westcott, que era la 1124.

Clarendon no subió las escaleras inmediatamente. Se detuvo para hojear la página marítima de uno de los periódicos de la mañana. Su vista penetrante le enteró de que el vapor Balvaro era esperado de Sudamérica al mediodía.

Clarendon tiró el periódico en un cesto y se dirigió al ascensor.

Cinco minutos después, zumbaba el teléfono en la habitación 1122. Un hombre de rostro inteligente se levantó de una mesita de despacho y fue a contestar a la llamada. En el acto reconoció la voz que le llegaba por el hilo.

-Hola, Burbank -dijo aquella voz-. ¿Todo bien?

-Sí -contestó el llamado Burbank.

-Acabo de llegar -continuó la voz en tono apagado-, y he pensado llamarle por si aun estaba levantado.

-Iba a acostarme ahora -contestó Burbank.

-Está bien. Le llamaré mañana.

Burbank colgó el auricular y volvió hacia la mesa. Había estado vigilando allí, en aquella habitación reservada para él, mientras la Sombra estuvo entretenido en otras empresas.

Su breve contestación indicaba que nadie había turbado el reposo de Thaddeus Westcott...

La vigilancia de Burbank había terminado. Desde aquel mismo instante otra persona asumía esa obligación.

Burbank no alimentaba duda alguna con respecto a la seguridad del anciano caballero, que descansaba en la habitación contigua. Thaddeus Westcott saldría al día siguiente para su viaje hacia el Sur, aunque las hordas de gangsters podían intentar evitarlo. Pero ahora quien vigilaba era la Sombra.

CAPÍTULO XVI
COLOCANDO LA TRAMPA

Bob Maddox, el falsamente conocido por Bob Galvin, estaba sentado tras su monumental mesa escritorio, que había llegado a ser su lugar de estancia habitual.

Tenía el ceño fruncido y sus labios estaban contraídos en la impaciencia.

Alzó la cabeza cuando entró Briggs. E1 gigantón no parecía tampoco muy satisfecho.

-Esto es superior a mis nervios, Briggs -gruñó Bob.

Briggs se encogió de hombros.

-Yo siempre he tenido gran confianza en el jefe -añadió Bob-, esta vez me parece que se equivoca. Lo tenemos todo a punto para la acción final, y nos manda suspender los trabajos. Creo que tendrá buenas razones para ello, pero no podemos esperar hasta el día del juicio.

-No ha ocurrido nada malo, sin embargo -dijo Briggs-. Esta es una oscura madriguera, lo reconozco; pero las he visto peores. Y sin embargo, no me quejo, ni te importuno para que me saques de aquí. Tú has estado fuera cuatro días.

-Es verdad -confesó Bob-. Yo sé que el jefe nos guarda las espaldas. A él no le molestan las «guindillas», y hasta aquí no nos ha importunado con investigaciones sobre la muchacha.

»Está preocupado con la Sombra, según me figuro, y está esperando lanzar a alguien sobre ese individuo.

-¿Por qué no lo hace, entonces?

-Ya está todo arreglado -dijo Bob-. Pero el jefe no quiere sorpresas. Quiere estar completamente seguro, o casi seguro, de que la Sombra está mezclado en el asunto. Hasta aquí no hay señal alguna de ello. Por eso es por lo que está esperando.

»Me gustaría que ocurriese algo para que se decidiese a tender la trampa. Estoy cansado de esperar. Estoy sosteniendo a duras penas los nervios por primera vez. ¡Siento hormigueo por empezar!

Briggs se encogió de hombros. No había hablado con Bob acerca de los planes proyectados. Briggs se limitaba a esperar órdenes. Teóricamente, su posición era análoga a la de Bob, pero su valía descansaba en el hecho de que él podía seguir instrucciones.

Briggs jamás se preocupó de saber demasiado. Había comprobado que era mejor para él fijarse sólo en los detalles que le atañían personalmente. Estaba seguro de que le tocaría desempeñar un papel en los acontecimientos que se avecinaban, y aquello le bastaba.

Bob paseó una mirada poda oscura habitación y volvió a quedar pensativo.

Briggs se dejó caer en una silla y empezó a leer un periódico.

Caía la tarde. Briggs se había resignado ya a otra larga noche de espera.

Transcurrieron unos minutos. Bob empezó a tamborilear los dedos sobre la mesa. Cogió luego un papel y empezó a trazar sobre él unos signos misteriosos.

Estaba dibujando los símbolos del extraño mensaje que sólo él y Hiram Mallory habían visto, aparte de Thaddeus Westcott. Era improbable que Westcott hubiese conservado una copia del documento que le entregara Teodoro Galvin.

El pensar en Thaddeus Westcott, molestaba a Bob. Sólo otras dos personas habían tenido conocimiento de aquel papel: Teodoro Galvin y Reynold Barker. Ambos habían muerto.

Sería mejor si Thaddeus Westcott hubiese muerto también... Entonces quedarían sólo Hiram Mallory y Bob.

Y alguien más... Esto era lo que le escocía. Briggs también había visto aquel papel. Pero por ese lado, desde luego, no había que temer. Bob habló a su compinche.

-Dime, Briggs -le preguntó-, ¿recuerdas aquel escrito que le cogiste a R. B.?

-¿Quién?

-Barker -dijo Bob impaciente.

-¡Oh, sí! -contestó Briggs con indiferencia-. Un buen trozo de papel. Te lo di a ti para que se lo dieras al jefe. ¿Por qué lo preguntas?

-¿Te acuerdas de lo que contenía?

-No. Me parece que vi allí unos signos extraños. Sólo sé que Barker había ido a buscar aquello, por eso lo cogí.

Bob miró a Briggs medio pensativo, medio admirado. El hombretón era fuerte en algunas circunstancias y bastante obtuso en otras. Era un hombre de acción.

Bob cerró a medias los ojos y trató de representarse a Briggs entrando en aquella misma habitación, como un gato en acecho, aproximándose al hombre desprevenido que había hallado el objeto que él estaba encargado de recuperar.

Briggs lo venció por la fuerza. Había borrado sus huellas. Dejó una señal que Bob aun no había comprendido; una esquina de una alfombra doblada, y el asunto quedó terminado. Por lo que a Briggs hace referencia, aquello había sido olvidado.

Bob examinó los caracteres que trazara. No estaba seguro de haberlo hecho correctamente, excepto los dos últimos que estaban conformes.

Escribió la letra «s» sobre la hoja de papel y la repitió. Cortó las letras de través. Escribió dos veces la letra «t» y repitió la operación anterior. Por último, escribió dos veces la letra «I». Levantó la hoja de papel y la rasgó en pedazos. Quemó éstos y los vio arder hasta reducirse a un montón de cenizas, que se apresuró a destruir también, como si quisiese destruir sus locos pensamientos al preocuparse por aquellos caracteres misteriosos.

Abrió un cajoncillo de la mesa y sacó de él un libro de direcciones que había pertenecido a Teodoro Galvin. El libro contenía más de un centenar de nombres.

Bob recorrió mecánicamente la lista. Un momento se detuvo al llegar a la letra « M», y luego continuó hasta llegar al final del libro.

Ninguno de los nombres escritos en el librito tenía ninguna señal especial. No obstante, Bob pareció satisfecho.

-Uno, más -dijo pensativo-. Sólo uno más... a no ser que nuestro cálculo esté completamente equivocado. Esto es algo que la Sombra pasó por alto... si realmente estuvo aquí la noche aquella en que la muchacha dijo que le vio. Pero entonces... ¿cómo pudo saberlo...?

Bob sonrió, y miró hacia donde se hallaba Briggs. El gigantón estaba aún leyendo el periódico, moviendo los labios al deletrear las palabras.

Bob puso otra vez el librito de direcciones dentro del cajoncillo. En aquel mismo instante se oyó repiquetear la campanilla de la puerta.

Briggs levantó la cabeza. Bob hizo un gesto y el gigante fue a abrir.

Cuando Briggs volvió, en su rostro se dibujaba el aturdimiento.

-Un hombre llamado Vincent -dijo Briggs entregando a Bob una tarjeta-. Viene de Africa del Sur.

-¿Dice que me conoce?

-No. Ha murmurado varias excusas para disculparse por la molestia que te ocasiona. Conoce a un amigo tuyo en un lugar llamado Durban. Un buscador de diamantes, un tal Young...

-¡Hum-m-m! -murmuró Bob-. Ya sé quién es. Aquellos papeles que había en el baúl del joven Galvin, hablaban de él. Me alegro de haberlos leído.

»Haz pasar a ese sujeto, Briggs. Pórtate correctamente, ¿me entiendes?

El gigante asintió a tiempo que abandonaba la habitación. A poco volvió con un joven elegantemente vestido y de rostro francote y sonriente.

-Le ruego que me perdone, señor Galvin -dijo el extranjero-. Mi nombre es Harry Vincent. Acabo de llegar a Nueva York. Nuestro mutuo amigo, el señor Young, me rogó que viniera a verle. Yo vivo en Durban.

-¡Oh, sí! -contestó Bob-. ¿Cómo van las cosas por allí? ¿Estaba bien de salud míster Young, cuando usted le dejó?

-Perfectamente -sonrió Harry Vincent-. En realidad se propone venir a América en persona, con otro amigo nuestro, Ronald Stokes, hijo de Sir Hubert Stokes...

-¿Con su hijo? -exclamó Bob tratando de fingir entusiasmo.

-Creo que deben de estar ya en camino -dijo Vincent-. Seguramente llegarán la próxima quincena.

Bob Maddox estaba pensando rápidamente. Los dos nombres mencionados por Harry Vincent le eran familiares, no sólo por los papeles pertenecientes a Teodoro Galvin, sino también por unas cartas guardadas en aquella misma mesa tras la que estaba sentado, cartas que el heredero había escrito a su tío durante el último año.

Fueron aquellas cartas las que despertaron en su ánimo una súbita sospecha.

¡La Sombra había estado efectivamente en el despacho cuando fue visto por Betty Mandell!

-Las seis -dijo Bob mirando a su reloj.

-¡Caramba, no creí que fuera tan tarde! Dígame, buen amigo, ¿en dónde se hospeda usted?

-En el Astorbilt.

-¿Qué le parece si fuera a buscarle allí dentro de una hora? Me gustaría que cenáramos juntos. Así tendríamos más tiempo para hablar. Tengo que arreglar algunos asuntos urgentes; necesito vestirme...

-De acuerdo -contestó Harry levantándose-. Volveré al hotel para esperarle entre siete y siete y media...

-Mejor entre las siete y media y las ocho -sugirió Bob.

Mientras su visitante esperaba, Bob se volvió hacia la mesa. Había allí dos cartas dirigidas a Robert Galvin.

Bob notó que Harry Vincent le estaba observando, por lo que volvió rápidamente las cartas para que el visitante no pudiese ver la dirección estampada en los sobres. Llamó a Briggs, y cuando el gigante entró en el despacho le dio las dos cartas.

-Ten cuidado de que esto llegue a su destino -le dijo en voz baja-. ¿Comprendes?

Briggs hizo un gesto afirmativo. Bob cruzó un último apretón de manos con Vincent a quien acompañó Briggs hasta la puerta. Cuando volvió, Bob estaba hablando por teléfono.

-Monta la guardia, Briggs -dijo en voz baja, tapando con la mano el micrófono del teléfono-. Quiero estar seguro de que ese pájaro se ha marchado.

-Se ha marchado efectivamente -contestó Briggs yendo hacia la puerta.

Bob estaba ahora hablando con alguien. Estaba describiendo al joven que acababa de marcharse. Briggs adivinó por la conversación que el jefe estaba al otro extremo del hilo. -Si

ese individuo es lo que dice ser -dijo Bob-, vamos a tener mucho trabajo antes de que lleguen esos pájaros de Africa del Sur. Pero puede ser un cebo enviado por la Sombra para meterse conmigo.

»Si es esto último, se me ha ocurrido una idea. Vio aquellas cartas dirigidas a Bob Galvin y vio cómo se las entregaba a Briggs...

Dejó de hablar un momento mientras escuchaba. Briggs comprendió que estaba recibiendo instrucciones. Bob pronunciaba a intervalos la palabra «sí».

Cuando colgó al fin el teléfono, su rostro estaba sonriente.

-Ya está todo listo, Briggs -le dijo a su compinche-. Vas a ir al café Brindle y trata de encontrar a «Moose» Shargin. Le entregarás las cartas y le darás esta nota.

Cogió una hoja de papel y escribió en ella unas líneas con lápiz. Dobló el mensaje y se lo entregó a Briggs.

-Dile a «Moose» que lo rompa -añadió-, y que deje caer los pedazos. Díselo en voz baja, sólo para estar seguro de que «Moose» se entera. Probablemente ya sabrá él lo que tiene que hacer, en cualquier caso. No obres de una manera sospechosa en ningún momento.

»Espera... No digas una palabra a «Moose» a menos de que él no rasgue la nota. ¿Me entiendes? Probablemente estarás vigilado mientras estés allí, pero no te des por enterado.

Briggs metió la nota en el bolsillo, junto con las cartas. Salió de la casa y anduvo pausadamente hasta la próxima parada del ferrocarril aéreo.

Unos veinte minutos después llegaba al Brindle. Se sentó ante una mesa en un rincón y esperó. «Moose» Shargin apareció al fin acompañado por Garry Elvers y se sentó en una mesa cercana.

Briggs se acercó a ellos y habló con Shargin, como si le preguntase una dirección, mientras disimuladamente dejaba sobre la mesa la nota y las dos cartas.

El gangster no pareció haberse fijado en la nota hasta que Briggs se alejó.

La cogió entonces, la leyó a hurtadillas y tomó nota mental de su contenido.

Shargin rasgó la nota en pedazos y dejó caer éstos al pie de la mesa, en donde revolotearon un momento sobre el pavimento. Luego miró su reloj.

-Algo temprano, Garry -dijo-. Vámonos a la parte de la calle y mataremos una hora en el News Reel Theater. Representan algunas escenas jocosas del secuestro de Jake Bernie.

Los dos hombres salieron del café y se dirigieron hacia el teatro. Tenía una salida, que dejaba atrás Broadway.

Allá en el Brindle, Briggs daba fin a un sándwich, y abandonó el café poco después.

A poco de su marcha entró en el café un hombre de mediana edad y fue a ocupar la mesa que hasta entonces ocuparan «Moose» Shargin y su compañero. Aquel hombre meditabundo y pensativo pareció no parar atención en la gente que le rodeaba.

Cuando salió del café, los trozos de la nota no estaban ya al pie de la mesa.

Cuando volvieron a salir a la luz, estaban bajo la lámpara del interior de un automóvil parado a un lado de una calle cercana al Broadway. Dos manos largas y blancas unieron cuidadosamente los pedazos hasta poder leer lo siguiente:

«Márchese con su amigo a las nueve. Esperaré hasta que oiga de usted el paradero. Entonces me reuniré con usted.»

Apagóse la lámpara. Zumbó una risa extraña dentro del coche a tiempo que el que la lanzaba se apeó perdiéndose en la oscuridad.

Sólo una sombra podía verse mover a lo largo de la acera. Llegó a Broadway y se perdió su forma, para volver a aparecer poco después en la puerta de salida del News Reel Theater.

Aun estaba allí cuando «Moose» Shargin y Garry Elvers salían del edificio.

Cuando los dos gangsters salieron del Broadway, la mancha sombría les seguía a muy poca distancia.

La teoría de Hiram Mallory estaba dando sus frutos. Había contado con que la Sombra seguiría cualquier pista que le llevase hasta donde estaba prisionero Bob Galvin.

¡«Moose» Shargin y Garry Elvers, eran los dos temibles personajes que llevaban al enemigo de Mallory a caer en la trampa!

CAPÍTULO XVII
EN LA TRAMPA

«Moose» Shargin y Garry Elvers se detuvieron un par de pasos antes de llegar a la puerta de un sótano. Estaban en el corazón del Barrio Chino de Nueva York. En la parte exterior de un lugar muy conocido por la gente del hampa que lo frecuentaba: El cubil de Wing Toy.

El jefe de los gangster y su lugarteniente mantenían una conversación en voz apagada. Miraron recelosamente a su alrededor; luego, como si estuviesen satisfechos al ver que nadie les vigilaba, descendieron los escalones.

Ni siquiera miraron hacia atrás, cuando golpearon en la puerta al pie de las escaleras. Aun cuando la puerta se abrió mecánicamente, sólo miraron hacia delante al entrar.

En consecuencia de ello, no vieron una forma sombría que casi flotaba a través de la estrecha calleja para fundirse con la oscuridad de las agrietadas escaleras de piedra. Shargin y su lugarteniente, estaban en un largo y derruido pasadizo. El muro de la derecha no tenía ningún accidente, salvo una sencilla puerta a unos veinte pies hacia delante. En el muro izquierdo había varias puertas, todas cerradas. Esto indicaba que aquel lugar había sido antaño una vivienda... Ahora mostraba señales de abandono.

La única persona que había en el pasadizo era un mogol alto y de rostro severo. Fue él quien oprimió el botón que permitió entrar a los gangsters.

Ahora estaba inmóvil ante el que parecía ser su lugar acostumbrado de estancia, la puerta del muro de la derecha del pasadizo.

El corredor terminaba en una pesada puerta metálica, la cual, indudablemente, llevaba a una amplia habitación al final del pasadizo.

«Moose», con los ademanes del hombre acostumbrado a aquellos andurriales, se acercó al guardián mogol y murmuró unas cuantas palabras.

E1 gigantesco chino examinó atentamente en la oscuridad el rostro de quien le hablaba y murmuró una frase de asentimiento. Luego oprimió un botón junto a la puerta.

Transcurrió un minuto y se oyó un extraño zumbido. La puerta no opuso resistencia alguna al empujarla «Moose». El jefe de los gangsters entró llevando a Garry a sus talones.

Estaban en un extraño pasaje. Más oscuro y más estrecho que el anterior, llevaba a un corto tramo de escaleras.

Los dos hombres llegaron a un descansillo con una puerta a la izquierda.

Luego descendieron el mismo número de escalones. El pasillo volvía hacia la derecha en ángulo recto.

Siguieron éste y llegaron a otra vuelta hacia la derecha. Esta porción del pasillo les llevó a un abrupto final, con una puerta cerrada también a la derecha.

Shargin dio en ella unos golpecitos. Oyóse otro zumbido y la puerta se abrió. Los gangsters entraron en una extraña caverna muy poco alumbrada.

Aquella habitación, de forma cuadrada, estaba situada precisamente en el interior de los cuatro pasillos que siguieran los visitantes... Esto, en sí mismo, era una rareza, pero la apariencia de la habitación era aún más notable.

Era una singular mezcolanza de la prodigalidad del Oriente y el practicismo Occidental.

Los muebles principales de la estancia eran chinos. Los tabiques forrados de madera, ostentaban unos dragones pintados. Las sillas, los canapés y todos los adornos, eran grotescos. Taburetes de espléndidos colores servían de mesas.

Sin embargo, en medio de aquel decorado y mueblaje pequineses podía verse una gran mesa despacho y sobre ella un teléfono automático. El único habitante de aquella estancia era, a su vez, una mezcla del Este y el Oeste.

Era un chino, cuyo rostro apergaminado, recordaba el de un lama del Tibet.

Iba vestido a la europea, pero sus prendas de vestir, eran de un negro severo, excepto la camisa y el cuello blancos, como blancos eran también los puños que asomaban por sus muñecas.

Era Wing Toy el modernista jefe Tong, bajo cuyo mando, las guerras devastadoras del Barrio Chino, habían llegado a un final borrascoso.

<Moose> Shargin y Garry Elvers, permanecieron en pie frente al gran tirador Celestial.

Wing Toy les invitó a tomar asiento. <Moose> escogió una silla china curvada y en cuanto a Garry, se sentó en uno de los taburetes.

El chino miró interrogador a <Moose>, como si esperase a que el gangster le expusiese el objeto de su visita. <Moose> se apresuró a hacerlo.

-¿Cómo está el individuo que te entregué? -preguntó el gangster inclinando la cabeza hacia la pared opuesta.

-Como siemple -contestó Wing Toy.

-Está bien -comentó «Moose»-. Habíamos pensado llevárnoslo de aquí antes, pero...

-No colel plisa -le interrumpió Wing.

-Ya lo sé -dijo «Moose»-, pero nos encontramos ahora frente a una situación difícil, Wing Toy. Recordará usted lo que me dijo cuando lo traje aquí... que si alguien venía por él, que no fuésemos nosotros, lo pasaría mal.

-Lecueldo.

-Pues bien, creemos que algún extraño vendrá por él, y deseamos que cumpla usted lo ofrecido.

Wing Toy esperó tranquilamente a que su interlocutor fuese más explícito.

-Hay un individuo -empezó a decir «Moose»-, precisamente uno, que vigila el momento en que nosotros tratemos de llevarnos a Galvin de aquí.

-¿Un policía?

-No.

Wing Toy se encogió de hombros. Era indiferente ante cualesquiera otras fuerzas que no fueran las de la ley. No porque la temiese, sino porque ésta tenía su policía con la que había que estar bien.

Wing Toy, con su poder, había llevado la paz al Barrio Chino. Cobraba sus tributos de los jefes de las pequeñas bandas y se lanzaban sólo indirectamente al negocio del contrabando de opio.

Los detectives le encontraron servicial y provechoso para sus investigaciones. Jamás le importunaron. Parecía dedicado por entero a la tarea de americanizar a los chinos.

Esto lo sabía <Moose> Shargin, por eso comprendió perfectamente el encogimiento de hombros del chino. Sin embargo, estaba ansioso de convencerle que existía una verdadera amenaza.

-¿No ha oído usted hablar de la Sombra? -preguntó «Moose».

-¿La Sombra?

-Sí; un pájaro que se dedica a detener a quien cree que es un criminal, pero que no utiliza para ello los servicios de la policía...

Wing Toy hizo súbitamente un gesto afirmativo.

-Sí -dijo-. He oído hablal de él. Una vez, hace mucho tiempo, esa Sombla tlanó de apodelalse de valios chinos. ¿Es ese el que tlata de llevalse a vuestlo joven plisionelo?

-Sí. Hemos sido vigilados por él, pero hasta ahora hemos conseguido burlarle. Por eso tratamos de atraerlo a una trampa. Estamos jugando con él para que sepa a dónde vamos y no tendría nada de particular que ahora mismo estuviese siguiendo nuestra pista.

-Me palece una equivocación -observó Wing Toy-. Cleo que debíais habele atlaído a otlo lugal.

-Usted no conoce a la Sombra. Es un pájaro misterioso. Aun ahora mismo estoy por apostar que sabe que estamos llevándole a alguna trampa, pero no retrocede ante ningún peligro.

»Si sabe dónde está Galvin, irá a buscarlo a donde sea. Hay también otra razón, Wing Toy. Sabemos que si hay alguien capaz de atraparlo, ese alguien es usted.

El chino no pareció darse cuenta del cumplido.

-Yo no tengo cuestión ninguna pendiente con la Sombla -dijo.

-Eso no importa -arguyó «Moose»-. ¡La tenemos nosotros! Usted está vigilando a Galvin. ¿No es así? Si la Sombra viene aquí, es incumbencia de usted el evitar que se lo lleve...

-Es incumbencia mía cuidalme de los que vienen aquí, no de aquellos a quienes los tlaen... -Wing Toy vaciló pensativo, y alzó una mano para cortar una interrupción de «Moose»-. Pero hay cielta justicia en su lequelimiento. Ustedes están tlatando de atlael aquí a la Sombla. Sin embalgo, palece que él quelel venil por su plopia voluntad. ¿Es así?

«Moose» asintió con una cabezada.

-Plecisamente pol eso -continuó Wing Toy en su lento y dificultoso inglés-, mientlas que ustedes desealían cogello en una tlampa, cleen que sólo yo soy capaz de hacelo.

-Eso es -dijo «Moose», repitiendo su cumplimiento anterior.

-Entonces -dijo el chino- selá lo que ustedes llaman cincuenta-cincuenta.

-¿Y qué es eso?

-Yo mostlalé a ustedes cómo atlapal a la Sombla. Ustedes deben cuidalse de atlapalo después.

-¡Qué grande! -exclamó <Moose> mirando de soslayo al silencioso Garry.

-¿No decil que la Sombla no tiene miedo a ningún peliglo? -preguntó Wing Toy.

-Él irá a cualquier parte -contestó «Moose»-, pero dicen que es tan astuto como una zorra.

-La zola es astuta -dijo Wing Toy-, pelo es un homble quien la ha declalado astuta. Luego el homble es más astuto que la zola. Pol eso decimos nosotros en China, donde un homble atlapa a una zola, la zola jamás puede atlapal al homble. Mile.

Se levantó y anduvo hacia la pared de enfrente. Se descorrió un trozo de la pared mostrando una abertura baja y estrecha. Esto explicaba el descansillo en la escalera.

Dando acceso ostensiblemente a una habitación lateral, el descansillo llevaba también a aquel pequeño túnel. Wing Toy señaló una oscura puerta al final.

-Ahí está el plisionelo -dijo-. Detlás de la puelta. ¿Podía usted hallal esta abeltula? ¿Se atlevelía usted a entlal?

Se cerraba el tabique cuando «Moose» contestó.

-No podría hallarla -dijo-. ¿Recuerda usted que lo intenté? Se lo había visto abrir más de una docena de veces... y sin embargo, no lo conseguí.

-Conteste a mi otla plegunta. ¿Se atlevelía usted a entlal si supiese hallal la abeltula?

-No. Me parece que no.

-Muy bien. Nadie sopecha que exista esa abeltula. Nadie pensalía en entlal pol ella. Venga aquí.

«Moose» se adelantó hacia un lugar situado a la izquierda del tabique en que estaba la abertura misteriosa.

-Pluebe a hallal una abeltula aquí -le dijo Wing Toy.

El gangster pasó su mano arriba de la pared. Súbitamente tocó un botón secreto. Se abrió de pronto un tabique duplicado. Reveló otro pequeño túnel con otra puerta al final. Una luz brilló a través de una diminuta ventana redonda.

Librodot

Lanzando una exclamación de sorpresa, «Moose» entró en el pequeño pasadizo y miró por el ventanillo. Poco después regresaba a la habitación con una mirada interrogativa en sus ojos.

-Puedo ver el interior de la habitación de Galvin -dijo-. Está dormido...

-Eso no es impoltante -dijo Wing Toy-. Usted encontló el lesolte, ¿veldad?

-Seguro. Es fácil.

-Usted pasó a tlavés de la abeltula, ¿veldad?

-Claro. Quería ver a través de ese ventanillo en la puerta.

-No hay ninguna puelta -dijo Wing Toy-. Es una paled, al otlo extlemo. Una paled hecha pala milal como una puelta. La ventana es de clistal, que no puede lompelse.

-¿Y con qué objeto?

El chino atravesó de un lado a otro la habitación y abrió un armario para dejar a la vista un conmutador eléctrico en la pared.

Wing Toy hizo accionar el conmutador y una lámina de acero cayó como una cortina junto a la pared en donde se abría el túnel cerrando éste herméticamente. Shargin y Elvers lanzaron una exclamación de sorpresa.

-Pequeño túnel -explicó el chino-, va también bajo el descansillo, pero es hecho pala que sea fácil de hallal. Está hecho pala tental a entlal a la gente.

»Cuando una pelsona entla en él, otla pelsona, desde este almalio, puede hacel que aquella pelsona se detenga.

-¡Una trampa! -exclamó «Moose».

-Los chinos milan pol sus lugales secletos -dijo solemnemente Wing Toy-. Algunos han hallado esto y hasta han entlado allí, polque la ventanita les tentaba. Jamás uno ha dejado de entlal. Jamás uno tampoco ha salido... pol sí mismo.

-¿Por qué?

El chino señaló una cuerda junto al conmutador.

-Cuando esto es tilado así -y tiró de la cuerda al hablar-, entla un gas que llena el túnel. Ese gas matalá.

-Ya le comprendo -exclamó «Moose»-. Usted cree que nosotros podemos dejar que la Sombra llegue aquí, halle el túnel y entre en él... Luego, alguien desde este armario...

Wing Toy hizo un signo afirmativo, e indicó una abertura en la madera tallada de la puerta del armario. Era un admirable atisbadero, de modo que una persona oculta allí podía ver lo que sucedía en la habitación.

-¿Quién estará allí? -preguntó <Moose>.

El chino señaló a Garry Elvers.

-Pero si la Sombra sabe que hemos venido aquí... -murmuró <Moose>-, se preguntará por qué no ha salido Garry.

-Yo me encalgalé de eso -contestó Wing Toy.

Y cogió un abrigo y un sombrero de un taburete que había en un rincón.

Poniéndose aquellas prendas, señaló hacia la puerta.

Los tres hombres atravesaron los pasadizos en ángulo recto hasta que llegaron a la puerta exterior. Una vez allí Wing Toy levantó un picaporte. Salieron a un corredor.

El mogol que estaba de guardia, con las manos cruzadas sobre el pecho, se adelantó para escrutar las caras de <Moose> Shargin y Garry, sin duda para convencerse de que aquellos dos hombres eran los mismos que entraron momentos antes.

<Moose> no se había fijado antes en la cara de aquel hombre. Aun entonces había bastante oscuridad en el pasillo, pero pudo ver un raro centelleo en sus ojos. Parecían brillar como cuentas de luz en las hendiduras de aquella cara amarilla.

El enorme chino parecía mirar con fijeza al visitante a través de una máscara.

Durante aquel escrutinio la espalda del mogol estaba vuelta hacia Wing Toy. Terminada su inspección de Shargin, el gigante estudió detenidamente a Elvers. Luego se volvió hacia la puerta para asegurarse de que estaba herméticamente cerrada.

En ningún momento volvió la cara hacia Wing Toy. El jefe tong le habló mientras estaba vuelto de espaldas. Las palabras de Wing Toy fueron pronunciadas en chino y en la misma lengua, en voz baja le contestó el mogol. Wing Toy habló aún otra vez y el chino le contestó con un gruñido.

Wing Toy invitó a seguirle a <Moose> Shargin y a Garry Elvers hacia la puerta de la calle.

-Cuando estemos fuela de aquí -dijo-, nos sepalalemos pala volvel a leunilnos después. Así si alguien nos oye pol casualidad...

<Moose> y Garry asintieron con un movimiento de cabeza.

-Usted -dijo Wing Toy indicando a Garry-, vaya lestaulan Manchú en la calle plóxima -y sacando una tarjeta del bolsillo de su chaqueta se la entregó a Garry-. Plegunte pol Looey Look. Déle esto. Él le volvelá a tlael a la habitación.

»Usted -continuó Wing, volviéndose hacia «Moose»-, vaya allí un poco más talde y plegunte también pol Looey. Me encontlalá a mí allí.

-¿Y qué hará del individuo ese de la puerta? -preguntó «Moose», señalando al gigantesco mogol con el pulgar.

-Seguilá dilectamente detlás de nosotlos.

Wing Toy lazó una última mirada hacia el gigantesco guardián. Las cejas de Wing Toy se fruncieron ligeramente. Observaba. Sin embargo, aquel hombre no hizo el menor movimiento.

El Tong pareció quedar satisfecho y abrió la puerta de la calle.

Garry Elvers se separó de sus compañeros, mientras «Moose» Shargin hablaba un poco alborotadamente a Wing Toy. Mirando hacia atrás por encima del hombro, Garry vio a los dos hombres alejarse en dirección opuesta.

Garry dio la vuelta a la manzana, abrió la puerta del restaurante Manchú y entró. Ya dentro preguntó por Looey Look.

Garry fue conducido a presencia de un chino. Looey Look recogió la tarjeta que le entregaba el visitante.

-Venga a la oficina -dijo.

Guió a su visitante hasta una escalerilla, subió unos cuantos escalones y volviendo bruscamente, entró en una pequeña habitación. Cerró la puerta y abrió un armario de luna de cuerpo entero que dejó al descubierto un pasadizo.

Garry le siguió por él hasta el final; una vez allí Look abrió de un empujón otra puertecilla y entraron en otra habitación. Aquella abertura simulaba también ser un espejo. El chino abrió una puerta.

Garry volvió a hallarse en el descansillo de aquel laberinto de pasillos que rodeaban al santuario de Wing Toy.

-Siga por ahí -le dijo Looey Look-. Empuje el botón. La puerta se abrirá.

Garry obedeció y se halló otra vez en la habitación de Wing Toy, cerró la puerta tras sí y se encerró en el armario.

Garry era incapaz de planear nada, pero había comprendido perfectamente la astucia de Wing Toy. La puerta de la habitación era falsa, como el tabique de la pared opuesta, aunque ahora que Garry lo sabía, podía casi ver sus bordes desde el atisbadero.

Aquellos bordes no eran demasiado fáciles de descubrir.

Vio oscilar la puerta de la habitación y llevó la mano al conmutador. La puerta se abrió.

Garry esperaba ver aparecer una forma vestida de negro entrar en la semioscura habitación, pero en vez de eso fue un chino el que entró.

Garry reconoció en aquel hombre al mogol que viera de guardia antes, pero no por la cara, que Garry no viera anteriormente, sino por su figura.

El gigantesco mogol se detuvo en el centro de la habitación y miró en torno.

Garry se preguntaba qué habría ido a hacer allí. Aquel hombre estaba desobedeciendo las órdenes recibidas. Wing Toy le había dicho que se marchara... al menos así se lo dijo a ellos Wing Toy.

E1 chino escudriñaba ahora todos los rincones de la habitación. Garry podía ver brillar sus ojos. El gangster experimentó una sensación de peligro a la vista de aquel hombre.

Con la mano izquierda aun en el conmutador, Garry sacó con la derecha una pistola. No era su propósito servirse de ella, sino salir del armario y ordenar a aquel hombre que se marchara.

En el instante en que iba a hacerlo, algo hizo que aplazase su propósito.

El chino estaba mirando el tabique que llevaba al túnel secreto. Atravesó la habitación y colocó la mano sobre él. E1 túnel se abrió súbitamente y aquel hombre penetró en él.

Actuando instintivamente, Garry hizo funcionar el conmutador y la cortina de acero cayó, como lo hiciera antes.

Garry rió alegremente, como un chiquillo a quien le dan un nuevo juguete.

¡Acababa de atrapar al intruso... al hombre que había desobedecido las órdenes recibidas!

Riendo todavía aviesamente, Garry se dispuso a tirar de la cuerda que debía dar salida al gas.

CAPÍTULO XVIII
LOS CAZADORES CAZADOS

Garry Elvers sonrió mientras sus dedos acariciaban la cuerda. Su instinto criminal entraba en funciones, llegando a límites insospechados.

Él había matado a tiros en las diarias peleas entre gangsters, pero jamás había experimentado el júbilo de sacrificar una víctima que ignoraba la sentencia de muerte que pesaba sobre ella.

Los asesinatos de Garry habían sido seguidos siempre de una huida para ponerse a salvo, y siempre precedidos de lucha. Ahora se le ofrecía la primera oportunidad de deleitarse en el daño ajeno sobre un enemigo indefenso y desamparado. Se detuvo un momento a pensar si aquel gas que iba a poner en libertad, sería un veneno mortal o simplemente adormecedor.

En aquel instante de vacilación, comprendió Garry que estaba cometiendo un error. Él había sido emboscado allí para atrapar a la Sombra, no para capturar y disponer de un infeliz chino.

Suponiendo que asesinase al chino o aun sólo lo adormeciera, ¿qué diría Wing Toy? Garry no sentía el menor deseo de incurrir en el desagrado del jefe Tong.

Pero se le acudió otro pensamiento más restringido aún que el anterior.

¿Qué diría de aquello «Moose» Shargin? ¡En la imaginación de Garry surgió el cuadro de la vista de «Moose» indignado de su estupidez por haber desbaratado la trampa preparada para la Sombra!

Garry estaba bastante inquieto cuando soltó la cuerda y empujó la puerta del armario.

¡Y si la «Sombra» llegase en aquel momento!

El gangster se dijo que sólo había una solución: soltar al chino y enviarlo fuera antes de que viniese la «Sombra».

Garry cruzó la habitación y escuchó tras la cortina metálica que obstruía la entrada del túnel. Oyó un golpeteo metódico. Aunque hubiese sido acelerado y violento, Garry no se hubiera dado quizá cuenta de ello, pero no se denunciaba terror alguno por parte del hombre

que estaba en el interior de aquella trampa diabólica. El golpeteo convenció a Garry de que realmente estaba en un error.

Tal vez el mogol había entendido mal las órdenes de Wing Toy, dadas en chino. De cualquier modo, los golpecitos lentos y metódicos indicaban que el prisionero estaba sencillamente tratando de recuperar su libertad y no parecía tener en ello gran prisa.

Retrocediendo cautelosamente, Garry hizo funcionar otra vez el conmutador y la cortina se levantó dejando la salida franca.

Cubriendo la entrada del túnel con su pistola, volvió a acercarse Garry a la abertura. El chino avanzó hacia la salida lentamente, inclinada la espalda y cruzadas las manos sobre el pecho. Al hacerlo miraba al gangster con la cara contraída por una mueca. El gangster continuaba apuntándole con su pistola.

-¿Qué ha venido a hacer aquí? -preguntó Garry.

-Wing Toy decilme antes que venil aquí -contestó el chino en un pésimo inglés-. Dijo mílase pala vel si homble todo bien aquí. Él dijo viniese plonto... milal, luego malchalme. Yo venil demasiado talde.

-Pues ha tenido usted suerte -contestó Garry, señalando hacia atrás con el pulgar por encima de su hombro izquierdo-. Ya iba a tirar de la cuerda, y entonces hubiese sido demasiado tarde para usted. Pero cuando le oí golpear, le dejé salir.

-¡Oh, glacias! ¿Me deja malchal ahola?

-Sí -gruñó Garry.

Estaba mirando con fijeza las manos del chino. Parecía precisarse un bulto en el vestido debajo de ellas, como si hubiese allí algo oculto.

-Va usted a marcharse en seguida -añadió al fin-, y no vuelva. ¿Sabe?

El chino hizo un gesto afirmativo. En aquel momento (como antes, <Moose> Shargin) notó Garry el aspecto de máscara de aquellas facciones, y los ojos centelleantes que parecían brillar en una cueva profunda.

Su efecto fue casi hipnótico. La vigilancia del gangster disminuyó momentáneamente. Luego, acometido de una vaga sospecha, se apresuró a levantar el revólver que había bajado inconscientemente, mientras que su mano izquierda avanzó hacia delante para sujetar la muñeca del chino.

Pero Garry reaccionó demasiado tarde. Antes de que su dedo pudiese oprimir el gatillo de la pistola, el hombre de la cara amarilla caía sobre él.

La mano izquierda de aquel hombre arrancó la pistola de la mano de Garry.

Su brazo derecho evitó la acometida del gangster y con un rápido movimiento hacia arriba asestó un formidable golpe a la mandíbula de Garry, que cayó como una masa inerte. Antes de que pudiese reponerse de aquella brusca acometida, el chino lo enlazó en una violenta voltereta de jiu-jitsu.

Garry dio en el aire un verdadero salto mortal y cayó completamente aturdido sobre el pavimento, en donde quedó derrengado y sin sentido.

El vencedor no vaciló un segundo. Deslizóse de su cuerpo la túnica que llevaba puesta y los pliegues de una vestidura negra cayeron al suelo junto al cuerpo inanimado del gangster.

El ex chino inclinándose sobre el cuerpo de Garry Elvers escudriñó las facciones de su víctima, y allí, en aquella extraña habitación, tuvo lugar una sorprendente transformación.

Precisamente en aquellos momentos «Moose» Shargin estaba sentado en un pequeño despacho en la galería posterior del Hotel Manchú.

Había sido introducido allí por Looey Look por quien preguntara al llegar al establecimiento. E1 encargado del restaurante acababa de regresar en aquel mismo instante de su corta excursión con Garry Elvers.

Wing Toy no había aparecido, por lo que «Moose» Shargin estaba a solas con sus pensamientos, en el sencillo despacho. Estaba sentado en una silla y miraba fijamente a una plancha de metal fija en la pared, por encima del teléfono.

En la plancha metálica había varias pequeñas bombillas eléctricas. Una de ellas estaba encendida. «Moose» se preguntaba qué significaría aquello.

Esperó varios minutos. Luego oyó un ruido en la puerta y entró Wing Toy.

-Espelalemos aquí -dijo el jefe Tong sentándose en el lado opuesto a «Moose».

El gangster estaba a punto de hablarle, cuando Wing Toy se fijó en la luz que brillaba en la plancha metálica. Por una vez el plácido rostro del chino reflejó la sorpresa.

-¡Esa luz! -exclamó-. ¿Cuándo se ha encendido?

-Hace ya rato que está así -contestó «Moose».

-¿Desde que usted vino?

-Sí.

-¡Venga!

«Moose» siguió a Wing Toy. Fue guiado a través de la habitación de los espejos, siguiendo la misma ruta que Garry había seguido en compañía de Looey Look. Wing Toy iba hablando mientras andaban.

-Esa luz -dijo- conecta con la puelta donde vigila mi gualdián, y significa que la puelta ha sido abielta.

-Usted la abrió cuando salimos.

-Significa que ha sido abielta desde entonces. Yo colí el celojo. ¡Alguien ha entlado allí!

-¡La Sombra!

-¡Silencio! -murmuró Wing Toy.

Estaban en el descansillo del ángulo del pasadizo. El jefe Tong avanzaba con un sigilo felino y «Moose» imitaba sus movimientos. La puerta del santuario de Wing Toy estaba abierta.

En la mano del chino brillaba una pistola. «Moose» sacó también la suya, los dos hombres penetraron cautelosamente en la habitación. Garry Elvers estaba sentado detrás de la mesita con la cabeza vuelta hacia la cortina de acero, que estaba bajada.

-¡Garry! -la exclamación partió de Shargin.

El hombre de la mesita se volvió hacia la puerta e hizo una mueca.

-¿Lo ha atrapado usted? -inquirió Shargin.

Garry hizo un gesto afirmativo.

Wing Toy estaba mirando con fijeza a la puerta del armario. Fue hasta ella, pero no tocó el picaporte. Notó que habían tirado de la cuerda.

-Está fuela -dijo a Shargin.

-¿Muerto?

-No. Gas no matal. Eso seguil.

Wing Toy manipuló un conmutador más abajo en la pared y se oyó algo como un zumbido.

-¿Qué es eso? -preguntó «Moose».

-Un ventiladol -contestó Wing Toy-. Un aspiladol eléctlico. Aclalalá el gas que hay en el túnel. Luego podlemos entlal.

El astuto chino miraba ahora la esfera de su reloj pulsera, mientras sus compañeros le observaban con curiosidad. Al cabo de tres minutos, King Toy hizo funcionar el conmutador de la parte superior y la cortina se levantó.

Los tres se dirigieron hacia el túnel dispuestos a penetrar en él. A1 principio les pareció vacío. Luego el resplandor de una linterna sorda que llevaba Wing Toy reveló una forma negra arrebujada allá lejos, en el final del túnel.

«Moose» Shargin se detuvo cauteloso a la entrada. Garry se detuvo también empuñando su pistola.

-Vamos -dijo Wing Toy-. No tengan miedo. El gas no fallal. Homble estal inconsciente.

«Moose» entró. Cogió la capa negra y comprobó que pendía de los hombros del hombre. Lo alzó al mismo tiempo que el sombrero que cubría la cabeza de la víctima. Se volvió y tiró ambos objetos al interior de la habitación, sonriendo burlonamente a la luz de la linterna de Wing Toy.

-¿Es la Sombla? -preguntó el chino calmosamente.

-Es él, no hay duda -contestó «Moose»-. Voy a arrastrarlo afuera. No te muevas de ahí, Garry, y ten preparada la pistola. ¡No puede uno fiarse de este pájaro!

Entró en el túnel al mismo tiempo que hablaba y volvió para decirle a Wing Toy:

-Déjeme esa luz, y así podré verle la cara a este tío.

El jefe Tong penetró a su vez en el túnel y alzó la luz por encima de los hombros de «Moose». El hombre yacía en el suelo con la cara vuelta hacia abajo.

«Moose» alzó la cabeza del caído y la volvió hacia arriba. Al terminar la operación, brotó de sus labios una exclamación de estupor.

¡La luz estaba iluminando la cara de Garry Elvers!

En el mismo instante en que resonara el grito de <Moose>, se oyó un chasquido a la entrada del túnel. E1 hombre que estaba en la habitación, el que ellos tomaran por Garry Elvers, había oprimido el conmutador.

¡Los cazadores estaban cazados en la misma trampa que ellos prepararon!

-¡La Sombra! -exclamó «Moose»-. ¡En la habitación! ¡Es él! ¡El gas... va a actuar sobre nosotros!...

Un leve encogimiento de hombros fue la contestación de Wing Toy. Aun en aquellos críticos instantes estaba completamente tranquilo el jefe Tong.

-El depósito de gas está vacío -dijo-. Hay que espelal a que venga Looey. E1 nos libeltalá. Pelo puede pasal mucho tiempo hasta que venga.

<Moose> Shargin echaba materialmente chispas cuando se inclinó sobre el cuerpo de Garry Elvers. Entretanto Wing Toy se acercó silenciosamente al ventanillo que permitía ver el interior de la celda en que estaba el prisionero.

La habitación tenía sólo una débil luz, por lo que la claridad que salía por el agujero, era extremadamente débil.

-Mile -dijo Wing Toy.

<Moose> se acercó a su vez a la ventana. Lo que vio le arrancó nuevas imprecaciones.

Bob Galvin, derrengado y maldiciendo aún a la media luz de la estancia, estaba levantándose de un lecho colocado en un rincón. El prisionero miraba ante sí con extrañeza.

Ante él podía verse a un hombre totalmente vestido de negro.

¡La Sombra, llevando las mismas prendas que <Moose> sacara del túnel!

-Es muy listo -murmuró Wing Toy en la oscuridad, detrás de «Moose»-. Ha hecho lo que ningún homble hiciela hasta ahola. Ha hallado el secleto lesolte del veldadelo túnel.

-¡Se está llevando a Galvin! -aulló Shargin-. ¡Se escapa bonitamente! ¿No puede detenerlo?

-No hay modo de hacerlo -contestó Wing Toy resignado ante la fatalidad.

-¡Y nos dejará encerrados aquí! -gruñó <Moose>-. ¡A Usted y a mí, Wing Toy, como atrapó a Garry aquí mismo, sin que podamos explicarnos cómo lo hizo!

-Yo no tengo cuestión alguna con la Sombla -dijo Wing Toy tranquilamente-. Es un homble muy diestlo. Eso puede velse. Es peligloso pala los que se opongan. El sablá que esto es tlabajo vuestlo, no mío.

Otro aullido de «Moose» Shargin denunció lo que estaba ocurriendo con más claridad que si el gangster hubiese hablado razonablemente para explicarlo.

Obedeciendo a las órdenes de la Sombra, Galvin estaba abandonando la habitación en que permaneciera durante tanto tiempo. Parecía como atontado y vacilante, por lo que la Sombra tuvo que ayudarle.

Librodot

Cuando los dos hombres desaparecieron de la vista de Shargin, el que iba vestido totalmente de negro, se volvió hacia el ventanillo. «Moose» vio un centelleo particular en sus ojos, y entonces empezó a comprender.

¡Aquellos eran los ojos del guardián chino, el hombre que les había mirado a él y a Garry, pero que evitara la mirada de Win Toy!

-¡Se deshizo del guardián! -exclamó «Moose», dirigiéndose a Wing Toy-. ¡El hombre que estaba al otro lado de la puerta, mientras nosotros trazábamos nuestros planes y a quien usted dijo que se marchara, era la Sombra!

»Seguramente encontrará usted a su hombre atado y amordazado en alguna de las otras habitaciones. Luego, indudablemente, la Sombra vino aquí y se escondió, esperando a Garry... a quien inutilizó a su vez... Se caracterizó luego como Elvers y esperó a que viniéramos nosotros para...

«Moose» Shargin terminó con un gruñido incoherente. La rabia le impidió seguir hablando.

¡Bob Galvin se había escapado y la Sombra se había ido con él!

Cuando continuaba en la oscuridad echando espumarajos, mientras Wing Toy esperaba a su vez tranquilamente la llegada de su ayudante, «Moose» creyó oír un sonido siniestro.

Aun entre las paredes de aquella trampa de acero, sus oídos parecieron captar la risa burlona de la Sombra.

CAPÍTULO XIX
LOS DESCUBRIMIENTOS DE LA SOMBRA

Briggs abrió la puerta de entrada de la vieja casona y reconoció en el acto al hombre que tenía ante él y que no era otro que Harry Vincent.

-Hola-dijo Harry-. ¿Está en casa el señor Galvin?

-Sí, señor -contestó con presteza Briggs-, pero no se encuentra muy bien. ¿No recibió usted mi mensaje en el Astorbilt?

-No.

Briggs fingió sorprenderse ante esta contestación.

-Fue un poco después que usted se marchó -dijo-. E1 señor... Galvin, experimentó un súbito desvanecimiento. Llamó a un médico, que le dijo que se acostara y que no se moviese de la cama. Por eso llamó por teléfono... y... encargó que le dijeran a usted... a usted... que no le esperara hasta mañana.

-Pues no he recibido ese recado -dijo Harry tranquilamente.

Sabía que Briggs estaba mintiendo. Al mismo tiempo Harry fingía admirablemente por su parte. Estaba dando la impresión de haber estado esperando largo tiempo en el Astorbilt.

En realidad había estado espiando aquella misma puerta por espacio de tres horas. Había vuelto a su puesto después de haber seguido cautelosamente a Briggs hasta el café Brindle, y permaneció fuera del restaurante hasta que aparecieron <Moose> Shargin y Garry Elvers.

Harry no reconoció a los gangsters, ni éstos le reconocieron a él tampoco, pero un hombre que iba siguiéndoles muy de cerca hizo una seña a Harry, lo que indicaba que no era necesario seguirles más lejos.

Harry abandonó la pista y volvió a situarse a la puerta de la vieja casona antes de que regresase Briggs. Había visto entrar a Briggs, pero el falso Bob Galvin no salió de la casa.

Por eso Harry Vincent no había ido al hotel Astorbilt. Telefoneó a un número especial y oyó la contestación de Burbank. Le dijo que avisara al hotel que el señor Harry Vincent no estaría allí, si alguien preguntaba por él.

Sabía Harry Vincent que Burbank se cuidaría de esto.

Librodot

Por eso Harry había esperado cachazudamente en el interior de un cupé con las luces apagadas y situado al otro lado de la estrecha calleja, decidido a seguir al falso Bob Galvin si llegaba a salir.

Harry permaneció un momento pensativo en la parte exterior de la puerta de entrada. Luego dio las buenas noches a Briggs y echó a andar por la calle.

El gigante no le perdía de vista y aún llegó a salir al centro de la calle para seguir espiando a Harry durante algunos segundos.

La misma atención con que espiaba Briggs no le permitió ver deslizarse hacia delante y junto a él a una vaga mancha sombría. Como una aparición, aquella sombra se deslizó por la puerta hacia el interior de la vieja casona.

Briggs, terminado su espionaje, dio media vuelta y penetró en la casa.

Apenas acababa Briggs de cerrar la puerta cuando se sintió aprisionado entre unas garras de acero. Su atacante trabajó rápidamente y con éxito completo. Una mano de hierro oprimió con tal fuerza la garganta del gigante, que ni el más leve rumor escapó de ella. Se oyó un bajo e indistinguible silbido.

Dos hombres salieron de un coche estacionado al otro lado de la calle, cruzaron ésta, uno de ellos apoyado pesadamente en el otro. Ambos penetraron en el escrito hall que atravesaron hasta llegar a la débil claridad que lo iluminaba. Entonces pudieron distinguirse sus rostros.

Uno era Harry Vincent, ceñudo y resuelto. El otro era el verdadero Bob Galvin, pálido e inquieto.

Otra vez se oyó el mismo silbido ahogado. Harry se detuvo junto a una amplia y cómoda butaca y colocó en ella a Bob Galvin.

Se oyó luego cuchichear al hombre que maniobraba en la oscuridad. Su forma alargada y sombría llegó a colocarse junto a Harry.

-Mire a ver dónde está Maddox -dijo-. Podría estar en el despacho.

Harry asintió en silencio. Vio a la forma sombría deslizarse a través del hall y empezar a subir escaleras arriba en demanda del segundo piso. La Sombra registraría aquella parte de la casa, dejando para Harry la planta baja.

El joven sacó una pistola y se dirigió inseguro hacia el despacho. Vio un resplandor cerca de uno de los rincones. Avanzó y llegó a la puerta.

Un momento se detuvo escuchando sin dejar de apuntar con el revólver y luego penetró en la habitación.

Estaba vacía. El falso Bob Galvin no estaba allí.

Harry volvió al pie de las escaleras. Volvió entonces sobre sus pasos y fue a sentarse junto a Bob Galvin. Llegó hasta él otro silbido tenue a través de la oscuridad.

-No está en el despacho -informó Harry en voz queda.

-Lleve allí a Galvin -dijo un murmullo.

Harry ayudó a Bob Galvin a entrar en el despacho. Apenas acababan de sentarse cuando apareció una forma gigantesca en la puerta.

Era Briggs que atado y amordazado era llevado por unos brazos invisibles.

Alzado de aquella manera, en vilo, sobre el suelo, el gigantón aparecía tremendo. Su cuerpo fue lanzado hacia delante y cayó cuan largo era en el pavimento. Sobre él se inclinó un hombre vestido completamente de negro, oculto el rostro bajo las amplias alas de un sombrero y desapareciendo también la parte inferior de su rostro tras el cuello alzado de su capa.

Briggs abrió los ojos espantado y se quedó mirando a la extraña figura que se inclinaba sobre él. La Sombra aflojó la mordaza que tapaba la boca de Briggs.

-¿Dónde está Maddox? -fue la silbante pregunta.

-No lo sé -contestó Bríggs aturdido.

Podía ver dos ojos centelleantes clavados en su rostro.

-¿Cuándo le dejaste aquí? -fue la segunda pregunta.

-Cuando salí de la casa.

-¿Mientras ibas al Brindle?

-Sí.

La Sombra comprendió que Briggs estaba diciendo la verdad. Fuese cual fuese la misión que Bob Maddox estuviese desempeñando aquella noche, Briggs lo ignoraba. El truhán intentó mover la lengua y explicarse, pero tenía un miedo cerval a la Sombra.

-A Bob debieron llamarle mientras yo estaba fuera -dijo al fin-. Estaba esperando algo. Eso es todo lo que sé. Se ha marchado. Pero no sé dónde.

Le colocaron otra vez la mordaza y lo llevaron fuera de la habitación.

Cuando la Sombra regresó cumplido este trabajo habló con Harry Vincent, mientras Bob Galvin, débil aún y extrañado de cuanto veía, miraba y escuchaba.

-Briggs está al otro lado del vestíbulo -dijo la Sombra-. Está encerrado y no tiene que preocuparse de él. Quédese aquí con Galvin.

»Llame a Perkins, el chófer. Dígale bastante para hacerle saber que aquí hay peligro. Burke vendrá después.

»Esté sobre aviso. Procure sorprender a Maddox si vuelve, aunque me temo que no lo haga.

Hubo una entonación especial en las últimas palabras de la Sombra. Harry comprendió lo que quería decir. Sabía que aquel hombre de la noche estaba buscando por todas partes al que hasta entonces apareciera como Bob Galvin, y no auguraba nada bueno para él si se producía el encuentro.

-Llévelo arriba -continuó la Sombra, señalando a Bob Galvin con una de sus manos enguantadas.

Harry levantó y ayudó a salir de la habitación a Bob Galvin. El rescatado parecía empezar ahora a recobrar sus perdidas energías. Su confinamiento en la cárcel que le preparara Wing Toy le había debilitado sólo temporalmente.

Cuando los dos jóvenes hubieron salido, la Sombra se sentó ante la mesa y llamó a dos números distintos de teléfono. Una de las comunicaciones la tuvo con Burbank, confortablemente instalado en una habitación cerca de la casa de Hiram Mallory. La otra fue con Clyde Burke.

Después de recibir breves informes, la Sombra permaneció unos instantes pensativo, sin que se transparentase el menor movimiento en todo su negro cuerpo. Luego se oyó una risa baja, prolongada...

La Sombra empezó a registrar el escritorio. Rápidamente rebuscó en todos sus cajones y escondrijos, deteniéndose a examinar algunas huellas que podían ser de algún valor para él.

Ya había registrado allí antes, pero hacía algún tiempo de aquello. La Sombra dejó algunos objetos sobre la mesa, entre ellos el viejo librito de direcciones que perteneciera a Teodoro Galvin.

Uno de sus guantes abandonó la mano que calzaba, y a poco le ocurría lo mismo a su compañero. Quedó al descubierto en uno de sus dedos ahuesados aquella gema de brillo de fuego...

Era un dedo que juntaba la delicadeza con la fuerza.

Las manos empezaron a escribir, breves y claras frases.

«Aún no saben el verdadero significado del papel que encontraron.»

Las manos trazaron cuidadosamente los ocho signos misteriosos. De los labios del hombre vestido de negro, brotó una risita ahogada cuando escribió las siguientes palabras:

«Han querido enterarse de ello por medio de los amigos de Teodoro Galvin. Hubo con ese fin dos entrevistas. Esta noche... la tercera...»

Hubo una pausa. Luego la mano escribió dos nombres:

«Harkness.Westcott.»

Se oyó de nuevo la misma risa burlona. Luego la mano escribió un nombre encima de los ocho caracteres misteriosos, y otro nombre debajo. El de encima era Harkness, y el de abajo Westcott.

La Sombra rió melancólicamente. Allí estaba la evidencia de los desesperados esfuerzos de los bandidos para descubrir el verdadero significado de los caracteres secretos.

Se habían figurado que uno de los nombres era el indicado. Entonces habían buscado la lista de amigos de Teodoro Galvin. Habían encontrado dos, formados con ocho letras, y terminados en una doble letra.

Las manos blanquísimas hojeaban ahora el librito que contenía las direcciones. Sus ojos taladrantes deletrearon uno por uno los nombres allí contenidos.

Después de aquella investigación, las manos volvieron atrás las hojas hasta llegar a aquella en que estaba inscrita la letra <M>. En aquella página sólo había un nombre que coincidiese con el punto de vista que dirigiera los trabajos de los bandidos. Ese nombre era Mitchell. Zachary Mitchell.

El librito de direcciones fue dejado a un lado. La Sombra cogió el listín de teléfonos y halló en él el nombre de Zachary Mitchell. Estaba inscrito dos veces, como procurador, y para su residencia en la calle 125.

La Sombra habló por teléfono. Lo hacía con Burbank a quien dio rápidas y concisas instrucciones.

Luego se levantó, se deslizó hacia la puerta y salió de la habitación. Una risa muy queda resonó al dirigirse aquel hombre hacia la puerta de salida de la casa.

No era una risa burlona, sino una risa de resolución firme.

CAPITULO XX
LLEGA LA SOMBRA

-¿De modo que usted es el heredero de Teodoro Galvin? -dijo Zachary Mitchell.

Bob Maddox contestó afirmativamente.

-Le recuerdo a usted de muchacho -dijo el viejo hombre de leyes-. Ha cambiado usted mucho... según mis recuerdos. ¡Ay! ¡Todos cambiamos!...

-Usted era un íntimo amigo de mi tío, ¿verdad?

Zachary Mitchell sonrió sagazmente.

-Apenas algo más que un conocido -dijo-. Sin embargo, en realidad, era su mejor amigo.

Bob Maddox se quedó un momento perplejo ante aquella paradójica contradicción. Sin embargo no contestó a tan extraña salida del anciano.

-Experimentaba un deseo vehemente de conocerle -dijo-. La verdad es que he estado esperándole bastante rato.

-Podía haberme llamado por teléfono antes de venir.

-Le llamé... pero me contestaron que volvería usted pronto.

Lo cual significa un par de horas, por lo menos -sonrió Mitchell-. Ese es uno de mis rasgos particulares, No le doy valor alguno al tiempo.

»Pero, dígame, ¿tiene algún fin especial esta vista, aparte el de saludar a un antiguo amigo?

-Sí -contestó Bob-. He venido esperando que usted me daría algunos informes referentes a mi tío. He creído que tal vez usted podría dármelos.

Zachary Mitchell miró a Bob con fijeza.

-¿Por qué ha pensado usted que yo podía poseer algunos informes? -dijo.

-Porque Hodgson me lo dijo.

-¿Hodgson?

-Sí. Mi anciano tío tenía mucha confianza con su servidor. Ya sabe usted que... -A1 llegar aquí la voz de Bob se quebró como si le asaltase un recuerdo doloroso-, mi pobre tío

murió en el Paraguay. Tengo la seguridad de que le hubiese gustado hablarme antes de morir... o a algún buen amigo. Pero estaba impedido hasta para escribir.

»El viejo Hodgson, a quien he enviado a disfrutar unas vacaciones hace unos días, me habló confidencialmente y citó su nombre. Hasta ahora, no he tenido la oportunidad de venir a visitarle.

-¡Ah, sí! ¿Y qué dijo Hodgson?

-Nada específico. Simplemente que mi tío le había dicho que yo debía de ponerme al habla con usted. Evidentemente, mi tío tenía ciertos presentimientos cuando se marchó de viaje.

-¡Hum-m-m! -Mitchell estaba pensativo-. ¿Sabe usted muchas cosas acerca de su tío, Robert?

Maddox movió la cabeza negativamente.

-Pues voy a decirle algo sobre él... algo que no debe usted repetir jamás.

»¡Teodoro Galvin tenía negocios con ciertos hombres, no tengo conocimiento perfecto de su identidad, que eran peligrosos!

Bob Maddox dejó ver en su rostro una sorpresa admirablemente fingida.

-Por alguna razón su tío temía a aquellos hombres. Tal vez digo esto imparcialmente, recordando ciertas insinuaciones privadas de su tío-, sus asuntos particulares, sus negocios, eran... eran... un poco desacostumbrados. Tal vez tenía razones particulares para marcharse tan lejos como al Paraguay.

»Pero de una cosa estoy seguro. Su tío deseaba proteger algo que poseía... a saber, su fortuna.

-Su patrimonio era muy pequeño -dijo Bob.

-Aparentemente, sí -contestó Mitchell-. Estoy hablando ahora de la riqueza oculta.

Bob Maddox consiguió dominar sus impresiones. Sólo un fugaz relampagueo de sus ojos, traicionó su creciente interés.

-El hecho mismo de que haya usted llegado hasta mí -continuó Mitchell-, me demuestra que está siguiendo instrucciones de su tío.

»Yo no era su procurador. El no tenía negocios conmigo. Ninguno, excepto uno... que era secreto.

»Sabía que podía confiarse en mí. Me habló de sus posesiones, y quedamos en que yo revelaría ese secreto a una persona determinada.

-¿Su heredero?

-Presumiblemente. Pero la clave será inservible para usted, a menos de que posea otra información.

»Yo poseo un sobre que habla específicamente de un lugar oculto en algún sitio de Nueva York. Describe una habitación, pero añade que el encontrarla sería tan difícil como hallar una aguja en un pajar.

-¿No sabe usted dónde está?

-No.

Bob Maddox parecía aturdido. De todas sus aventuras vividas, aquella era la más extraña.

Allí, en aquella habitación de un piso bastante elevado sobre la calle, sentado tranquilamente en el despacho de un procurador, estaba tratando de obtener la clave de un misterio, que rememoraba los de los castillos medievales y los tesoros ocultos bajo sus ruinas milenarias.

-¿Y cómo podría saberlo? -preguntó Bob.

-No lo entenderá usted -sonrió débilmente Mitchell.

-¿Por qué no me lo dice? -insistió Maddox.

-Porque no me gusta causar un perjuicio a terceros -contestó Mitchell-. Si le estoy hablando de estas cosas es sólo porque es usted el heredero de Teodoro Galvin.

»Él le nombró a usted usufructuario legal de todos sus bienes. He visto su testamento, y de él se deduce que usted entrará en posesión de su fortuna secreta si consigue averiguar dónde se halla.

»Tengo instrucciones concretas. Tengo que esperar a la persona que me entregue un papel especial que poseía su tío. En él está la clave del lugar en que está escondida esa fortuna.

-¿Cómo es ese papel?

-No lo he visto nunca. Teodoro Galvin me aseguró que comprendería en cuanto lo viese. Sin él no puedo ayudarle en nada.

Bob Maddox buscó nerviosamente en uno de sus bolsillos.

-¿Es éste?

Y mostraba el trozo de papel que le entregara Thaddeus Westcott en el Cobalt Club.

Zachary Mitchell fijó en él la vista.

-¿Dónde ha encontrado usted eso? -exclamó.

-Me lo dio Thaddeus Westcott.

-¡Ah, sí! Su tío debió de dejárselo.

-Y él se lo entregó, para que lo conservase hasta que él regresara, o -Bob creyó que una mentira justificaría el relato-, para entregárselo a su heredero en caso de que no volviese.

Aquella explicación satisfizo a Zachary Mitchell. No sabía que Wescott había entregado aquel papel a Bob. Porque en realidad no sabía qué hacer con él en adelante.

Bob guardó silencio. No hizo mención de que aquel papel era un duplicado del que Reynold Barker hallara en una gaveta secreta del escritorio de Teodoro Galvin.

Zachary Mitchell estaba riendo entre dientes y sus ojos brillaron de una manera especial mientras estudiaba los caracteres trazados en el papel.

-Su tío tenía razón. Me dijo que comprendería cuando lo viese. Y, en efecto, ahora lo comprendo perfectamente. Ahora, sí, precisamente, pero jamás lo hubiese creído.

-¿Puede usted traducir la clave? -preguntó Bob nerviosamente.

-¿Qué clave?

-La de ese papel.

El viejo soltó una carcajada.

-Esto no es una clave -dijo.

-¿No es una clave? Entonces...

-Es un mapa -dijo tranquilamente Zachary Mitchell-. Un mapa de las calles de Nueva York, en el que el punto de partida es la casa de su tío.

Y mientras Bob seguía con evidente ansiedad sus explicaciones, continuó:

-Mire y fíjese en esas dobles líneas. La casa de su tío mira hacia el Sur. Usted va por un cuadro o manzana de casa al Este, luego uno al Sur.

»Conecte el símbolo siguiente. Otro cuadro al Sur y otro al Este. Fíjese en el próximo: uno más al Este. Luego un sencillo cuadro en una calle diagonal, que corre hacia el Sudeste...

Bob cogió el papel cuando el anciano procurador se detuvo. Allí estaba la clave, el mapa de las calles de Nueva York que llevaba a un paraje a unas once manzanas de casa lejos de la vieja casona donde vivía Teodoro Galvin.

-Pero, entonces -preguntó-, ¿dónde estará el escondite?

-Yo leí las instrucciones en el sobre -dijo Mitchell calmosamente, convencido ahora de que Bob tenía derecho a cualquier información complementaria-. Se daba allí un número y se describía una habitación, explicando también cómo podía emplearse la llave.

»Al final de su recorrido llegará usted, con toda probabilidad, a uno de los muchos edificios que edificó su tío.

El anciano abrió un cajón de la mesa y sacó de é1 un sobre. Bob lo cogió, abriólo y empezó a leer. Mitchell le entregó también una llave que Maddox cogió sin mirarla.

-Allí, en esa misma habitación -dijo Mitchell- encontrará usted el lugar oculto especificado, sólo conocido, probablemente, de su tío y de otro hombre, el arquitecto que diseñó el plano... indudablemente Richard Harkness...

Bob levantó la cabeza al oír este nombre. Recordó ahora que Harkness estuvo a punto de hacer una confesión en el momento en que Clink disparaba sobre él.

¡Y era aquello lo que iba a decir! Harkness, para salvar la vida, había intentado hablar...

Hubo algo en el rostro de Bob que puso en guardia a Zachary Mitchell. El anciano procurador miró fijamente al joven.

Bob no se dio cuenta de aquella mirada. Estaba leyendo otra vez el contenido del sobre. En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

Bob volvió a levantar la cabeza. Luego continuó la lectura mientras Mitchell contestaba a la llamada.

La conversación del procurador se limitó a breves contestaciones afirmativas o negativas. Alguien le estaba informando de algo interesante, pero el astuto hombre de leyes no denunció en momento alguno sus impresiones.

Estaba escuchando una tenue voz -la voz de Burbank-, que era a la vez advertencia y explicación. El agente secreto de la Sombra le hacía ahora un retrato detallado de Bob Maddox y de sus acólitos.

Mitchell colgó el auricular y se volvió tranquilamente hacia su visitante.

-Hay algo además de lo dicho -dijo calmosamente-, y casi lo había olvidado. Lea otra vez la carta.

Mientras el joven obedecía la orden, el viejo procurador volvió a abrir el cajón de la mesa y luego se volvió hacia el lector.

Cuando Bob levantó al fin la cabeza se encontró perfectamente encañonado por la boca de un revólver. Se sobresaltó.

-¡Usted es un granuja asqueroso! -exclamó Mitchell con energía-. ¡Usted no es Robert Galvin! ¡Es usted un impostor! Su nombre es Bob Maddox. ¡Es usted uno de los bandidos a quienes temía Teodoro Galvin!

Maddox no intentó siquiera negar la imputación. Se agachó un momento ante la amenaza del revólver, pero se repuso casi instantáneamente y miró solapadamente a Zachary Mitchell.

-¿Y qué hay con eso? -preguntó con descaro-. El viejo Galvin también era un bandido. Engañó a nuestro jefe. Sólo tratamos de recuperar lo que nos pertenece.

-Parte de ello puede ser suyo -dijo Mitchell-, pero al estado a que han llegado las cosas, su posesión tiene prioridad.

»Robert Galvin tiene también derecho a la fortuna que haya oculta en ese escondite secreto. Ustedes han intentado robarle. ¿Dónde está ahora? ¿Asesinado?

-No -contestó Maddox con calma-. Está secuestrado en cierto lugar. No quisimos hacerle daño alguno.

»Escúcheme. Yo creo que hay bastante para todos. Si usted quiere una parte, estamos dispuestos a dársela.

-Muy considerados -exclamó sarcásticamente Mitchell-. Yo acabaré ese juego ahora mismo.

Y al hablar así tendió la mano para coger el auricular del teléfono.

-¡Espere! -aulló Maddox-. ¿Qué va usted a hacer?

-Entregarle a la policía -contestó Mitchell con la mano en el receptor-. ¡Cargará usted además con el rapto de Robert Galvin!

Un caos de pensamientos se amontonaron en el cerebro de Bob Maddox.

¡El rapto de Robert Galvin! ¿Y los asesinatos de Hodgson y Betty Mandell?

¡Era responsable directo de ambos!

Se apoderó de él la desesperación. Seria mejor morir ahora mismo que después.

Cuando Zachary Mitchell cogió el auricular, Maddox se precipitó de un salto sobre él.

Gruñó el revólver... ¡pero fue demasiado tarde! Maddox había desviado el brazo del procurador en el mismo momento en que oprimía el gatillo.

Empezaron a luchar a brazo partido y toda la ventaja estuvo a partir de aquel momento de parte del joven. Con un movimiento rápido retorció la muñeca de Mitchell.

Estaba seguro de que el tiro había sonado antes de que el operador de teléfonos hubiese establecido la conexión con el aparato del procurador, por lo que no podía haber oído nada.

Luchaban en silencio, porque Maddox había tapado con una de sus manos la boca de Mitchell, impidiéndole así lanzar ningún grito.

El anciano empezó a debilitarse. Maddox, para acabar de aturdirlo lo arrojó violentamente al otro lado de la habitación.

Mitchell perdió el sentido al chocar contra la pared opuesta, al mismo tiempo que el revólver rodaba por el suelo. Maddox corrió al teléfono y volvió a colgar el auricular.

Se volvió en el preciso instante en que Mitchell ya algo repuesto pugnaba por recuperar el revólver, al que ya casi tocaba con los dedos.

Maddox echó mano al bolsillo para sacar su pistola, pero su mismo apresuramiento entorpeció sus movimientos.

El anciano procurador le apuntó con el revólver. Estaba de rodillas y se apoyaba en el suelo con la mano izquierda, mientras se disponía a disparar con la derecha apresuradamente.

Salió el tiro. De haber afinado bien la puntería, sus apuros hubiesen terminado en aquel momento, pero agotadas ya las fuerzas y la clarividencia del tirador, la bala se perdió en el vacío.

La contestación no se hizo esperar y la bala de Maddox, mejor dirigida, se alojó en el cuerpo de Zachary Mitchell, que rodó por el suelo sin sentido.

Maddox, excitadísimo, recogió el revólver de Mitchell. Luego se apoderó de la hoja de papel en que estaban impresos los caracteres, la carta contenida en el sobre y la llave.

Un momento permaneció indeciso en el centro de la habitación, hasta que vio una pequeña alfombra cerca de la puerta. Acercóse a ella, dobló una de sus puntas y salió precipitadamente de la vivienda.

Apenas se había cerrado tras él la puerta, cuando Mitchell empezó a dar señales de vida. Bob Maddox, preocupado con el ruido de los disparos, y ante el temor de que hubiesen sido oídos, no se preocupó de convencerse de sí Mitchell estaba o no muerto.

Esto, en realidad, no era un grave error por su parte, porque el anciano estaba agonizando, pero aún tuvo tiempo de llegar a rastras hasta la silla en que estuviera sentado minutos antes Bob Maddox.

Allí encontró el lápiz con que el joven estuviera trazando el diseño del mapa. Con un esfuerzo sobrehumano, el anciano, consiguió levantarse y llegar hasta la mesa.

En una hoja de papel escribió el nombre del asesino, el nombre que supiera por el teléfono cuando le advirtió aquella voz desconocida del peligro que corría.

«Me mató Maddox».

Le abandonaron las fuerzas, y el lápiz cayó de sus dedos temblorosos.

Con un esfuerzo final, Zachary Mitchell llegó hasta el teléfono. No pudo hacer más que empujar el aparato que estaba encima de la mesa y el auricular se descolgó del soporte, cuando el teléfono rodó por el pavimento.

El anciano cayó de bruces sobre la mesa y murmuró unas palabras incoherentes junto al transmisor del teléfono. Luego calló para siempre...

Un instante después se abría la puerta del despacho y en éste penetró un hombre alto, envuelto en una gran capa negra, con las facciones ocultas por el ala ancha del sombrero.

Con una rápida ojeada se dio cuenta perfecta de cuanto había ocurrido. Aquel hombre se inclinó sobre el cuerpo de Zachary Mitchell y escuchó unos segundos.

Zachary Mitchell estaba muerto.

¡La Sombra había llegado... demasiado tarde!

CAPÍTULO XXI
EL BOTÍN DE LOS VENCEDORES

Eran las cinco y veinte de la tarde siguiente. El día estaba bastante oscuro; espesas nubes habían sumido la ciudad en una noche prematura. Parpadeaban las luces en las calles bulliciosas.

Los pisos superiores del gigantesco Royal Building mostraban sus ventanas iluminadas, las cuales iban disminuyendo en número gradualmente.

De los portales del potente rascacielos, salían los oficinistas en tropel, sumergiéndose a poco en el tráfico bullicioso de la inmensa avenida.

Hacia lo alto, tan lejos como alcanzaba la vista, veíanse las hileras ¡regulares de ventanas. A treinta y cuatro pisos de la calle, el edificio se ahusaba en una torre sencilla y monolítica.

Donde la porción lateral del inmueble se unía al edificio central, un ojo atento podía distinguir un muro totalmente desnudo en el extremo del piso treinta y cuatro. Parecía un sencillo trozo de espacio, visto desde abajo.

En realidad, era de ocho pies de altura. Desde la calle, en aquella tarde brumosa, esta parte del edificio era prácticamente invisible en la semioscuridad acentuada por la niebla.

Un hombre se deslizó entre la avalancha de gente que salía del edificio.

Llevaba subido el cuello de su abrigo, tapándose casi el rostro y era portador de un maletín.

No era el primero que había entrado así en el Royal Building durante el último cuarto de hora. Como las que lo hicieran antes que él era indiscernible entre aquella multitud.

-Tres... cuatro... dos... ocho -iba murmurando.

Entró en un ascensor expreso, que acababa de ser desalojado de carga humana. En pocos segundos se vio transportado hacia arriba para dejar el ascensor en el piso treinta y cuatro, próximamente a cuatrocientos pies sobre la calle.

Anduvo a lo largo de un corredor y se detuvo ante una puerta que ostentaba el número 3428. Llamó de una manera especial y la puerta se abrió. El recién llegado se reunió a un grupo que se hallaba en la casi a oscuras habitación.

Bajóse el cuello del abrigo y el rostro de Bob Maddox se mostró ceñudo.

Los hombres hablaban en bajos cuchicheos. Había ahora cinco en la habitación. Cinco rufianes, de vidas tortuosas y métodos expeditivos y brutales.

Hiram Mallory en pie en un rincón, dejaba ver en su rostro su eterna sonrisa impasible. Junto a él estaba Briggs, con su cara inexpresiva. Los otros eran «Moose» Shargin y Garry Elvers.

El gangster jefe, tenía el ceño fruncido y en cuanto a su lugarteniente aparecía bastante pálido.

-Por fin llegó -dijo el cuchicheo de Hiram Mallory, mirando aprobatoriamente a las maletas que los otros habían traído-. Esta noche va a ser el «aseo general». Después de esto cada uno seguirá su propio camino.

Un leve gruñido de aprobación acogió sus palabras.

-Hemos engañado a la Sombra -siguió diciendo el astuto vejete-. Informaré de lo que nos ha ocurrido a mí y a Briggs. Luego oiré vuestras explicaciones.

»Anoche, Briggs fue capturado por la Sombra. Fue encerrado en una habitación de la vieja casona de Galvin, pero logró escaparse y vino hasta mí. Entonces me enteré de que Roberto Galvin se había escapado. E1 joven Galvin fue transportado a su antigua casa familiar y estaba allí protegido contra todo ataque. Me pareció una cosa muy natural.

»Brigs y yo nos escurrimos en el acto de mi casa, en donde me pareció que no estábamos muy seguros y logramos escapar a toda persecución. Hemos llegado aquí hace poco rato, y estamos seguros de que no hemos sido seguidos.

Mallory se volvió interrogativamente hacia <Moose> Shargin.

-Garry y yo hemos estado escondidos fuera -empezó a decir el gangster con un gruñido apenas inteligible-. Logramos salir al fin de aquel túnel que tiene Wing Toy en su casa y le telefoneé a usted para contarle lo ocurrido.

»Nos dijisteis que nos escondiéramos bien, y lo hicimos así. Nadie, ni aún la misma Sombra es capaz de decir donde hemos estado. Hemos logrado venir aquí esta noche sin tropiezo alguno. ¡Hemos conseguido burlar a ese hombre tan listo!

Hiram Mallory miró a Bob Maddox.

-No se preocupe por mí -dijo Maddox-. Me dirigí a mi escondite predilecto tan pronto como me quité de en medio a Mitchell y salí de su casa. Tal vez dejé algo que pudieran hallar los «guindillas», pero no lo creo así.

»Le informé a usted de todo, jefe. Seguí punto por punto sus instrucciones y dejé la llave donde me dijo.

-¿No dejó usted rastro alguno con relación a este lugar? -preguntó Mallory con insistencia.

-No.

-¿No vio señal de la Sombra?

-Ninguna. Sólo una llamada que hizo sospechar a Mitchell... tal vez fuese la Sombra.

-Eso mismo indica que no se hallaba por allí cerca en aquellos momentos -comentó aprobatoriamente Mallory-. Obró usted diestramente, Bob. No se preocupe por la policía. ¿Ha visto los periódicos de la noche?

-No.

-Robert Galvin ha sido arrestado por el asesinato de Zachary Mitchell.

-¡Cómo! -exclamó Bob.

-Así es. La Sombra ha sido víctima de sus propias tretas. Hicimos bien en dejar vivo a Robert Galvin.

-¿Cómo se las arreglaron para cogerlo?

-Robert Galvin dio su nombre cuando entró en la casa de Mitchell. Luego se le vio salir apresuradamente.

-¡Pero ese era yo! -exclamó Bob.

-Ciertamente -continuó Mallory-, pero la policía no sabía eso. Fue el inspector Zull el que llevó a cabo el arresto. Galvin está en la cárcel, y ahora le apretarán el pescuezo.

Bob Maddox dejó oír un gruñido de satisfacción.

La oscuridad se había enseñoreado de la habitación. Mallory podía apenas ver ahora los rostros de sus compañeros.

-Levantad más alto ese transparente -ordenó-. Necesitamos más luz, pero no nos conviene encender la electricidad.

Brig. obedeció.

-A trabajar ahora -volvió a ordenar Mallory.

Bob Maddox cogió la mesa por un extremo e indicó a «Moose» Shargin que hiciese lo mismo por el otro. Levantaron la mesa y la transportaron a un lugar señalado por Bob, que se encaramó en ella.

La habitación tenía el techo bastante bajo. Bob Maddox presionó con sus manos en un lugar determinado. Apenas hubo ejercido aquella presión, cuando un trozo de techo se corrió hacia un lado, dejando al descubierto una abertura.

Briggs, encaramado a su vez sobre la mesa ayudó a Bob Maddox a izarse en el agujero. Hiram Mallory, desplegando una notable agilidad no tardó en hallarse junto a ellos.

-¡Que se quede Garry vigilando en la puerta! -dijo cuando Briggs le ayudó a penetrar a su vez a través del agujero.

Tocóle luego el turno a Shargin y tras éste a Briggs que cerró la marcha.

Luego ocultóse de nuevo la abertura al escondrijo.

Garry Elvers se encogió de hombros. Sacó una pistola del bolsillo y se dispuso a montar la guardia junto a la puerta.

Aquella tarde, el gangster estaba dispuesto a no dejar nada al azar. Ningún intruso traspasaría aquella puerta sin que él lo notase. Garry casi deseaba que apareciese la Sombra, pues aquella tarde no le pillaría desprevenido como la otra vez.

Al otro lado del techo, tras la abertura ahora cerrada, encendióse una linterna y las exclamaciones de triunfo salieron entonces de cuatro gargantas a la vez.

Estaban en una habitación pequeña y cuadrada. Cada rincón tenía un saliente en ángulo, pero aquellos rincones no les interesaban en aquel momento. Ante ellos, en el suelo, había dos cajas cerradas. «Moose» Shargin cayó de rodillas e hizo saltar la cerradura de una de ellas, mientras Bob Maddox hacía lo propio con la otra. Hiram Mallory dirigió la luz de la linterna sobre su contenido y miró hacia él al mismo tiempo que Briggs.

¡Acababan de abrirse las tapas de las cajas y en su interior podían verse montones de papel, fajos de billetes de banco e innumerables rollos de monedas de oro!

-¡Este era el gato de Galvin, el viejo podenco! -exclamó Maddox. El botín empezó a gotear materialmente sobre el pavimento.

Briggs ayudaba ahora a los otros a amontonar pilas de monedas de oro de veinte dólares, y fajos de billetes de banco de diversas cantidades.

-¿Partimos ahora? -preguntó «Moose» Shargin impaciente, mirando hacia Mallory.

-Vamos allá -dijo el jefe-. Seis montones. Dos para mí; uno para cada uno de vosotros... y uno para Teodoro Galvin, que será dividido también entre nosotros.

Bob Maddox estaba examinando un montón de papeles. Levantó un puñado en alto hacia Hiram Mallory.

-¡Mala cosa esto! -dijo-. Es evidente que podía ser empleado contra nosotros, sí...

-Ya me cuidaré yo de ellos -le contestó Mallory.

Bob Maddox fue hasta la trampa por donde habían entrado, y descorriéndola miró hacia abajo en la oscuridad. Siseó para llamar la atención y recibió la respuesta de Garry Elvers.

-¿Todo bien? -preguntó Bob.

-Perfectamente -contestó Garry.

-Pues dame esos maletines.

Los maletines fueron pasados uno a uno. Garry volvió a su puesto de guardia. Maddox cerró la compuerta. Fueron abiertos los maletines y empezó el trabajo.

Briggs, de ordinario tan taciturno gruñía de satisfacción cuando empezó a contar a menos llenas aquellos billetes de mil dólares. Maddox se había reunido con los que trabajaban.

-Ochenta grandes en cada montón -dijo «Moose» Shargin con un verdadero aullido de regocijo-. Muy cerca del medio millón de ojos de buey.

«Moose» empezó a colocar los diversos fajos en los maletines. Se detuvo al notar que uno pertenecía a Hiram Mallory. Puso en éste dos porciones y rió gozoso al oír el tintineo del oro.

-Me gusta el sonido de estos barbianes -comentó- pero al mismo tiempo prefiero que no haya demasiados, pues pesan una enormidad.

Bob Maddox dividió la sexta porción en cuatro partes y colocó cada una de estas en un maletín.

Briggs miraba con ojos centelleantes. Estaba calculando cantidades lentamente. Ochenta mil dólares de la primera división y veinte mil de aquella otra división parcial en

cuatro partes... ¡cien mil dólares para cada asociado y doscientos mil para el jefe! Ya estaban cerradas las maletas. Sólo un pensamiento trabajaba en cada cerebro... ¡largarse! Hiram Mallory empezó a moverse hacia la trampa, pero Maddox le puso una de las manos en el hombro. El anciano volvió la luz de la linterna con precaución.

-Espere un minuto -exclamó «Moose» Shargin en un tono especial-. Déjenos mirar antes otra cosa... aquellos rincones...

Pero antes de que pudiese terminar su explicación, cruzó la habitación de parte a parte un rayo de luz. Los cuatro hombres se vieron envueltos en el haz luminoso de una potente linterna eléctrica y mantuvieron sus posiciones como si hubiesen quedado petrificados.

Sus manos se alzaron instintivamente por encima de sus cabezas. Aquella luz deslumbradora provenía de uno de los rincones que se había abierto como una puerta.

No podían ver al hombre que se ocultaba detrás de la luz, pero un ruido fantástico llegó distintamente a sus oídos... una risa extraña, aterradora, que llevó el frío hasta la médula de sus huesos.

-¡La Sombra! -balbuceó con voz entrecortada Hiram Mallory.

-¡Necios! -dijo una voz siniestra-. ¡Más que necios al pensar que podíais eludir mi encuentro! Pensabais que ignoraba que habíais descubierto este escondrijo... ¡Os esperaba para comprobar lo que ya de antemano conocía!

»El papel que vosotros supusisteis una clave, comprendí en seguida que era un mapa. Con él llegué a este edificio y localicé esta habitación. ¿Cómo? Pues simplemente, mirando hacia arriba desde la calle y observando este espacio de muro sin ventanas.

»Desde entonces lo ha estado vigilando sin perderlo de vista un agente mío. Yo estuve antes aquí y descubrí el secreto del techo.

»Examiné esta fortuna y la he dejado ahí, como un cebo para los asesinos y los ladrones.

»Anoche añadisteis otro nombre a la lista de vuestros asesinatos. Primero, Teodoro Galvin... un miembro de vuestra cuadrilla.

»Segundo, Reynold Barker, a quien enviasteis cerca de Galvin para apoderarse de su secreto, pero al que asesinasteis en cuanto supisteis que lo había descubierto y lo guardaba para sí.

»Tercero, Hodgson.

»Cuarto, Richard Harkness.

»Quinto, Zachary Mitchell.

»Los tres últimos completamente inocentes. »Habéis fallado en dos crímenes -siguió diciendo la Sombra-. No asesinasteis a Thaddeus Westcott. No asesinasteis a Betty Mandell, aunque pensabais haber triunfado en este asesinato preparado con toda sangre fría.

»¡Yo los salvé a los dos!

Ni uno sólo de los cuatro individuos hizo el menor movimiento. Estaban todos dominados por su terrible enemigo, el hombre cuyo rostro no podían ver, y cuya voz llegaba hasta ellos con tonalidades de condenación.

-No necesito, ni quiero remontarme a vuestros primeros crímenes -continuó diciendo la Sombra-. Y eso que los conozco todos, gracias a aquellos papeles que Teodoro Galvin dejó con sus mal adquiridas ganancias.

»Parte de su fortuna era legítima suya, e irá a parar a sus herederos. E1 resto debe volver y volverá a sus propietarios, a aquellos que fueron despojados por los crímenes y trapacerías de Hiram Mallory y Teodoro Galvin.

»Erais verdaderos maestros del crimen, ayudados por criminales de baja estofa, como Bob Maddox y Briggs, eliminando enemigos con la ayuda de Shargin y su cuadrilla. Ocultando las huellas con ayuda de...

La frase quedó cortada al llegar aquí. Uno de los cuatro había pasado de la inactividad a la acción. Cosa bastante extraña, Briggs fue el que se atrevió a hacer frente a la estrategia de la Sombra.

El gigante se hallaba arrodillado junto a una de las maletas cuando apareció la luz de la linterna. «Moose» Shargin estaba junto a él. Briggs, disimuladamente tocó el bolsillo de atrás del gangster y percibió el bulto que hacía la pistola.

Briggs había estado esperando. Luego comprobando que su mano estaba virtualmente fuera de la vista de su enemigo, se apoderó súbitamente de la pistola.

La suerte tuvo una gran parte en lo ocurrido. Briggs era no sólo un gran tirador, sino que, además, era zurdo. La pistola de Shargin estaba en su cadera derecha. Briggs, la empuñó e instantáneamente halló el disparador.

Cuando su mano apareció a la luz disparó directamente hacia ella. La bala hizo volar en añicos el cristal de la linterna.

¡Briggs había apagado la luz que sostenía la Sombra!

Reinó un momento de confusión mientras el rugir de la pistola atronaba la reducida habitación. La linterna de Hiram Mallory se encendió de nuevo para revelar en uno de los rincones, una forma negra inclinada sobre el suelo.

<Moose> Shargin, desarmado por la estratagema de Bríggs se lanzó hacia delante lanzando un aullido. Apenas inició el movimiento cuando dos manazas enguantadas de negro brotaron como por encanto de aquella forma y asiéndolo rápidamente, lo colocaron ante sí como una pantalla protectora.

La Sombra había estado manteniendo su linterna lejos de su cuerpo, por lo que el primer disparo de Briggs no le alcanzó.

Esta estrategia le salvó. Briggs estaba a punto de disparar cuando <Moose> Shargin se lanzó hacia adelante. Al apretar el gatillo, con puntería mortal, las balas dieron en un blanco, pero no en el cuerpo de la Sombra, sino en el de su compañero Shargin.

Otro tiro partió del rincón y fue a herir a Briggs en la muñeca. El gigantón lanzó un alarido a tiempo que la pistola caía de su mano.

Hiram Mallory, frío y determinado, había resuelto entrar en acción y su mano empuñaba una pistola. Lo mismo había hecho Bob.

Cuando Mallory avanzó disparando, las balas de la Sombra rompieron la linterna que sostenía, y el heraldo plomizo dictó la sentencia de muerte del viejo.

Era más que una batalla por la posesión: era una lucha sin cuartel por la auto conservación. Briggs lo sabía. Cogiendo su revólver con la mano derecha, le gritó a Bob Maddox.

-¡Vamos!

Siguieron más tiros. Aullidos y gruñidos atronaron la cámara de la muerte, cuya atmósfera había enrarecido el humo.

En medio de todo aquel furor, se oyó apenas un ruido como de un chirrido.

Bob Maddox, aun en cuclillas, había conseguido abrir la portezuela de la trampa, y llevando dos de las maletas consigo, se dejó caer hacia la salvación, cerrando la trampa tras sí.

Garry Elvers no tardó en hallarse a su lado.

-¿Qué ocurre? -preguntó el gangster.

-¡La Sombra! -exclamó Maddox echando a andar precipitadamente hacia la puerta con las dos maletas-. ¡Está allá arriba! ¡Cuidado con él!

Garry se inclinó sobre la mesa. En el momento en que lo hacía, pareció envolverle una forma negra.

Se había abierto la trampa. Garry se sintió envuelto en los pliegues de la capa de la Sombra.

Ante los ojos atónitos de Bob Maddox, que miraban fijamente en la oscuridad, el hombre había venido de arriba. Bob Maddox se dispuso a hacer uso de su pistola.

Oyó perfectamente que Garry Elvers se debatía entre las garras de aquel hombre que lo estrangulaba lentamente.

Los hombres, mientras luchaban, se iban acercando a la ventana.

Maddox pudo discernir la capa flotante. Simultáneamente oyó dos sonidos, el de un golpe y un grito de Garry. Comprendió que éste estaba ahogando a la Sombra. Luego como a impulsos de un esfuerzo desesperado, la enorme forma fue levantada en alto. La capa cayó libremente, pero el hombre fue lanzado a través de la ventana a la calle desde una altura de cuatrocientos pies!

¡Garry había acabado con la Sombra!

Pero Bob Maddox no esperó a extenderse en congratulaciones. Había comprobado que una de las maletas que lograra sacar del escondrijo del techo era la perteneciente a Hiram Mallory.

¡Bob Maddox tenía en sus manos nada menos que doscientos mil dólares!

Los tiros disparados en el escondrijo habían sido ahogados, y sin embargo alguien podía haberlos oído. Maddox no sabía quién podía quedar allá arriba con vida.

¿Para qué iba a detenerse en averiguarlo, cuando cada minuto que pasaba corría el peligro de ser descubierto? En el mismo instante en que le pareció ver aquella forma lanzada a través de la ventana, Bob Maddox hizo funcionar el tirador de la puerta.

¡Un instante después se había ido con una fortuna entre sus garras!

CAPÍTULO XXII
EN LA DELEGACIÓN DE POLICÍA

Bob Galvin estaba verdaderamente abrumado frente al inspector Herbert Zull. Estaba sometido al «tercer grado», debilitándose por momentos ante la brutal táctica del oficial de policía. Zull había adquirido su reputación por dos cosas: brutalidad y resultados.

Estaba presente otro hombre que tomaba notas. Era Crowell, el joven detective. Era una de sus primeras experiencias siguiendo de cerca los métodos peculiares de Zull.

Suspiró con alivio cuando vio a Zull hacer un alto en sus actuaciones y echarse hacia atrás en su silla.

-¿Qué ha sacado usted en limpio, Crowell? -preguntó Zull.

Crowell empezó a leer desde el principio las contestaciones incoherentes dadas por Bob Galvin durante su interrogatorio. Zull rió con desprecio.

-Dejemos a un lado las tonterías de ese individuo -dijo, mientras miraba a una hoja de papel y la empujaba luego hacia Crowell-. Yo creo que toda la sustancia está ahí. ¿No le parece?

-Casi toda -contestó Crowell.

-¿Qué quiere usted decir con ese casi toda?

-Pues verá -empezó a decir Crowell vacilante-. Puede no ser importante, pero cuando estuve allí anoche, encontré la esquina de una alfombrilla doblada hacia abajo...

-¡Olvide esas tonterías! -gruñó Zull.

-Es la tercera vez que me sucede lo mismo -objetó Crowell-. Primero, cuando el caso de aquel hombre que apareció muerto en el despacho de la vieja casona de Galvin... Luego en el caso de Harkness, que fue amigo del viejo Galvin. Ahora es el heredero de Galvin...

-¡No diga tonterías! -le atajó de mal humor Zull-. Váyase y dese un paseo. Llámeme dentro de diez minutos y yo le diré entonces cuándo ha de volver.

»Voy a dejar descansar un rato a este caballero. Creo que estará más razonable cuando despierte.

Crowell abandonó la habitación, mientras Zull continuaba mirando con sus ojillos penetrantes la insensible forma de Bob Galvin.

El inspector permaneció un momento pensativo con las manos una sobre otra, pensando en el medio de vencer la resistencia de aquel hombre y forzarle a una confesión. En aquel momento se abrió la puerta y Zull creyó que se trataba de Crowell que regresaba.

-Le dije a usted que se estuviera por ahí fuera un rato -dijo de pésimo humor.

A1 no obtener contestación alguna, Zull levantó la cabeza y se halló situado en el radio de acción del cañón de una pistola, que le apuntaba fijamente.

El arma era empuñada por un hombre que llevaba una capa negra, un hombre cuyo rostro quedaba perfectamente oculto bajo las alas de un amplio sombrero.

-¡La Sombra!

Una risa silbante fue la respuesta a la exclamación de Zull. El inspector en funciones había oído ya con anterioridad aquella misma risa.

Silenciosamente, alzó los brazos en alto.

-Esta noche-dijo aquella voz extraña-, paga usted su pena.

-¿Por qué?

-Por sus crímenes.

Zull se le quedó mirando, sin atreverse a protestar ante la brutalidad del dicterio.

-¡Un gran hombre de las fuerzas armadas! -exclamó la Sombra desdeñosamente-. De cuando en cuando descubre algunos crímenes vulgares para darle brío a su prestigio... y en cambio, en otras ocasiones, ha protegido a los bandidos de alto copete cuando lo necesitaban, cobrando esa protección. ¡El hombre tapadera para un grupo de criminales! Pero eso ha terminado ahora. Vuestros cómplices han muerto... excepto uno, que logró escapar.

-¡Hiram Mallory! -exclamó Zull olvidándose de sí mismo.

-Hiram Mallory ha muerto -fue la contestación.

Esta noticia acabó de aturdir por completo a Zull.

-En cuanto a este hombre -continuó la Sombra señalando a Bob Galvin-, es inocente a pesar de todos los cargos falsos que ha procurado usted acumular sobre él.

-Nadie podría probarlo-se atrevió a balbucear Zull.

-Yo puedo probarlo. Donde usted destruyó la evidencia, yo puedo reemplazarla por pruebas de las que usted no sabe nada.

»Cuando Crowell empezó su investigación en el piso de Zachary Mitchell, llegó usted. Estaba a punto de descubrir las huellas digitales en el receptor telefónico. Usted le encargó de otro trabajo, y destruyó la prueba.

»Crowell creyó que usted pretendía apuntarse el triunfo para sí. Sin embargo, aquellas huellas fueron tomadas, no por usted, sino por mí, antes de su llegada. Aquí están.

De bajo su capa, la Sombra sacó la prueba fotográfica de aquellas huellas delatoras.

-Las huellas digitales de Bob Maddox -declaró-. Ese joven fue fichado hace algunos años, y puede usted comprobar que estas huellas concuerdan exactamente con las que posee la policía.

En aquel momento sonó el teléfono.

-¿Quién es? -preguntó la Sombra.

-Crowell -contestó Zull.

-Contéstele, y dígale lo que yo le dicte.

Zull obedeció.

-¡Oh, hola, Crowell! -dijo.

La forma negra de la Sombra estaba inclinada sobre su cautivo dictándole al oído la conversación.

Zull tenía el rostro congestionado. Sabía que una sencilla palabra haría que Crowell acudiese en su ayuda, pero temía la boca amenazadora de aquella pistola. Sabía que la Sombra no vacilaría.

-Escuche, Crowell -dijo dominando sus nervios-; estaba precisamente pensando en este momento que habíamos cometido un error... Sí... Nos hemos equivocado con este individuo... ¿Recuerda aquellas huellas digitales?... No corresponden con las suyas.

»Sí... He hallado allí esas huellas... Creo que ya se lo dije... Lléguese otra vez a casa de Mitchell y realice otra investigación... Vea lo que puede hallar por allí... No... no creo que tengamos aún toda la evidencia...

Dicho esto, colgó el auricular.

-Una idea habilidosa -comentó la Sombra echándose hacia atrás-. La esquina de una alfombra vuelta hacia abajo. Yo estaba en aquella habitación mientras estaba usted allí, Zull.

»La puerta se abre hacia el interior, y yo estaba detrás de ella. La puerta no fue cerrada una sola vez durante la inspección.

»Cuando sus cómplices cometían el crimen, dejaban esa señal. Usted entonces borraba las pruebas. Y así hizo usted entonces, como en el caso de Harkness. Aun le queda ese camino cuando acabe con usted, pero existe aún una hoja de papel...

Herbert Zull estaba más aplanado cada vez. Experimentaba la evidencia, por momentos, de estar a merced de aquel hombre sorprendente: la Sombra.

Sabía que la Sombra era despiadado en sus castigos.

-Cuando Crowell llegue a las habitaciones de Mitchell -dijo la Sombra-, hallará una hoja de papel que está en sitio bien visible. La escribió Zachary Mitchell en el momento de morir.

»Sólo contiene tres palabras encima de su rúbrica. Son éstas:

«Me mató Maddox».

»Encontrará también al mayordomo mirando fijamente un retrato de Bob Maddox. Lo dejé yo allí anoche. El mayordomo, en los primeros momentos, confundió el retrato con Bob Galvin, cuando usted se lo indicó. ¡Ahora sabe perfectamente que estaba equivocado!

De Zull iba apoderándose por momentos la consternación. Sabía que sus trabajos de latrocinio iban a ser expuestos uno a uno a la vergüenza pública.

No sólo estas últimas hazañas al servicio de Mallory, sino las que había ejecutado antes. Le gustaría saber de cuánto estaba enterado la Sombra.

Era demasiado perspicaz aquel hombre y parecía leer en sus pensamientos.

De debajo de la capa negra salió a la luz un fajo de papeles, que sujetaba una mano enguantada.

-Hiram Mallory tenía esto cuando murió -silbó la Sombra entre dientes-. Todos pertenecieron a Teodoro Galvin y contienen muchas referencias sobre usted.

Se le escapó un gemido a Zull. Bob Galvin medio se despertó a este ruido y se estremeció a la vista de su opresor, quien le ocultaba por completo a la Sombra.

Pero el esfuerzo era demasiado grande para una naturaleza tan minada por el cansancio como la de Bob Galvin, víctima en tan poco tiempo de tan encontradas emociones, y volvió a caer insensible en su silla.

-Escriba -ordenó la Sombra señalando hacia la mesa.

Siguiendo aquel mandato, Herbert Zull redactó una confesión completa sobre ciertos crímenes en los que había intervenido.

Declaró también que los difuntos miembros de su cuadrilla serian hallados en una habitación secreta encima de la oficina del Royal Building. A1 terminar de escribir, firmó con su nombre y rubricó el escrito. Sonó otra vez el teléfono. Inspirado por la presencia de la pistola de la Sombra, Zull se apresuró a contestar.

Era Crowell, y Zull respondió siguiendo las instrucciones de la Sombra.

-Un individuo llamado Maddox, ¿eh? -dijo-. Ya... Había sospechado que fuese él el asesino... Muy bien, Crowell. Pida ayuda a Devlin... Dígale que venga aquí... Y adviértale que ponga en libertad a Bob Galvin... Yo voy a salir... Voy a ver lo que puedo hacer por mí mismo en este caso...

-Llame usted mismo a Devlin -ordenó la Sombra, cuando Zull hubo colgado el aparato.

Zull obedeció, logrando al poco rato de pesquisas localizar a Devlin, a quien dio el mismo recado.

Aquí, Zull recurrió a algunas estratagemas. Devlin contestó que llegaría antes de quince minutos. Zull pretendió haber oído que decía dentro de media hora.

El ardid le falló. Tan pronto como hubo dejado a un lado el teléfono, la Sombra aplicó la boca de su pistola a los riñones del detective.

-Le he estado observando a usted hace mucho tiempo, Zull -le dijo con su voz baja y siniestra-. Sé que estaba usted lanzado por el camino del crimen, pero ocultaba usted sus motivos artificiosamente.

»Esta noche puede usted prepararse a hacer penitencia, pues su carrera en la policía ha terminado. Sus faltas no son conocidas.

»Dejaremos las cosas así, y de ese modo no caerá el desprestigio sobre la fuerza pública. Más que eso, vamos a ayudarle a mantener su mal ganado prestigio. Necesito de usted esta noche.

»Vamos. ¡Va usted a ver cómo trabaja la Sombra en favor de la justicia!

Pocos momentos después, el inspector en funciones Zull iba pasillo adelante acompañado por un hombre vestido de negro, cuya pistola no dejaba a Zull olvidarse un momento de que era su prisionero.

Cuando el detective Devlin llegó a la Delegación de Policía, halló a Bob Galvin roncando tranquilamente en su silla, sin guardia alguno a su lado.

CAPÍTULO XXIII
LA JUSTICIA DE LA SOMBRA

En el suntuoso departamento de lujo del Canadian Limited, estaba sentado un hombre. Estaba solo, pues los demás pasajeros se habían retirado. El rostro de aquel hombre mostraba huellas mitad de júbilo, mitad de inquietud.

Estaba inquieto, pero lograba, no sin esfuerzo, fingir una apariencia de calma.

Bob Maddox huía hacia el Norte con su mal adquirida fortuna. Había logrado salir del Royal Building, sin ningún contratiempo.

Estuvo tentado de volver atrás a recoger las otras maletas, cuando se halló al fin de su viaje en el ascensor, pues nadie daba señales de que se hubiesen oído las detonaciones en el resto del edificio.

Pero, ya en la calle, se apresuró a huir de la atención de un grupo que rodeaba algo que estaba echado sobre la acera. La multitud se apiñaba, indudablemente, en torno al cuerpo de la Sombra.

Bob pensó entonces que volver a subir allá arriba podía resultar desastroso, especialmente si alguno de sus compañeros estaba todavía vivo. Tenía miedo a su furor y recordaba que el mismo Garry Elvers era un testigo de la perfidia.

Había escogido aquel tren porque era el primero que le sacaría del país. En Canadá tendría ocasión de tomarse algún descanso.

Maddox dudaba de que pudiesen seguirle. No obstante, ansiaba colocarse a salvo al otro lado de la frontera, donde no le alcanzase la garra de sus compañeros o de la Ley.

Cada hora que pasaba le daba nueva confianza. El fugitivo sabía que había escogido la mejor dirección para su fuga. Pero esto no le inquietaba. Después de todo, podía haber marchado al Oeste tomado un barco que le llevase a un puerto extranjero.

Al día siguiente estaría a salvo, en propiedad de un cuarto de millón de dólares, sin nadie que pudiese disputarle su posesión.

Confiaba en que sus compañeros hubiesen perdido la vida en su lucha con la Sombra. Pero desaparecida la Sombra, quedaba sólo Garry Elvers, un simple guarda de corps de un jefe de gangsters asesinos.

Maddox se levantó algo inquieto y se dirigió al departamento contiguo.

Librodot

Abrió la puerta y entró: allí inspeccionó sus maletas que había colocado en la litera más alta.

Bob rió nerviosamente. En su ambición insaciable, aún volvió a pensar en aquellos miles de dólares que se habían quedado allá en el cuartucho secreto de Teodoro Galvin. De pronto le asaltó otro pensamiento.

¿Y si uno, o dos, de sus antiguos compañeros estuviesen aún vivos?

Después de todo, había quedado allí lo suficiente para que atendiendo a su reparto no se preocupasen de él.

Este pensamiento le hizo apartar su imaginación del pesar que le producía el no haberse llevado el total del botín.

Maddox empezó a sentirse cansado. Había fumado innumerables cigarrillos en el departamento contiguo, entre viaje y viaje al dormitorio para cerciorarse de que su dinero estaba intacto.

Se felicitaba íntimamente de haber tomado para sí todo el dormitorio, pues allí podía considerarse libre de importunos, tras la puerta de la habitación cerrada. lban abandonándole sus temores y la fatiga le ganaba por momentos.

Acabó por quitarse los zapatos, el abrigo y el traje y se dejó caer en la litera.

De pronto vino a intranquilizarle un nuevo pensamiento: ¡los aduaneros!

Bueno, eso podía arreglarse, pensó. El tren estaría aún en los Estados Unidos cuando se despertase. Podía abandonarlo, alquilar un coche y cruzar la frontera.

Los oficiales de aduanas del Canadá no eran tan rigurosos como los de los Estados Unidos. Podía ocultar admirablemente su dinero en un automóvil, para que aquellos aduaneros torpes no lo encontrasen.

Entre el movimiento del tren y aquella nueva preocupación, el fugitivo tardó un rato en dormirse. Cuando al fin logró caer en un sueño de plomo, Maddox pasaba por un estado de profundo olvido.

Su mano descansaba sobre la culata de la pistola colocada a su lado.

El tren se deslizaba rápidamente hacia el Norte, y el hombre dormía a pierna suelta.

E1 Limited corría a toda velocidad a través de una inmensa llanura. Parecía como un centelleo de luz barriendo en medio de una pendiente desolada.

De pronto un nuevo sonido vino a mezclarse con el ruido del tren en marcha, como para despertar a la naturaleza dormida del país. Allá en lo alto, viose un avión trazar caprichosos círculos sobre el tren en marcha.

En pocos segundos el avión ganó en velocidad al Limited, cuya máquina pareció transformarse, en comparación, con una tortuga.

Veinte millas más lejos, el maquinista del Limited hizo funcionar los frenos del convoy en respuesta a una señal que le hicieran desde el aeroplano.

El tren no tardó en detenerse tras unos kilómetros de marcha lenta. Abrióse la puerta de uno de los departamentos. Levantóse la plataforma y el jefe del tren descendió los escalones.

En la oscuridad avanzaron dos hombres, envueltos en pesados abrigos de viaje. Uno iba pegado materialmente al otro, como si su mano oprimiese algo contra el cuerpo de su compañero.

El hombre que tenía ambas manos libres, volvió la solapa de su americana y mostró unas insignias.

-Inspector Zull en funciones -dijo-. De la Delegación de New York City.

El conductor asintió con la cabeza. Había esperado aquello, pues en la última ciudad del trayecto había recibido órdenes pertinentes.

-Perfectamente -dijo con aspereza-. Deténganlo rápidamente, si pueden. Yo les indicaré dónde se halla, en uno de los dormitorios. Me parece que es el hombre que ustedes buscan.

Les guió a través de las cortinas que ocultaban las literas y se detuvo al llegar a la puerta del departamento en que descansaba Bob Maddox.

E1 conductor sacó silenciosamente una llave, la aplicó a la cerradura y abrió la puerta echándose hacia atrás.

Zull penetró en el departamento seguido por el otro hombre, un individuo cuyo rostro desaparecía casi por completo tras una bufanda.

Cerrada la puerta tras los dos hombres, el segundo hizo seña al otro de que avanzase, con su mano izquierda, mientras que la derecha seguía oprimiendo la espalda del inspector.

Zull hizo funcionar su linterna y pudo ver a Bob Maddox durmiendo en la litera. El segundo individuo entregó tranquilamente una pistola a Zull, y le dijo algo en voz baja al entregársela.

-Está cargada -fueron sus palabras-, pero acuérdese de que tengo la mía.

Zull estaba aturdido ante la serenidad de aquel hombre. Había viajado, atado, en la trasera de un avión piloteado por la Sombra.

¡Ahora estaba libre y además de eso le ponían una pistola cargada en la mano! Pero ahora conocía a la Sombra demasiado bien.

¡Un falso movimiento hubiese significado su sentencia de muerte!

Manteniendo la pistola a la vista, apuntada contra Bob Maddox, Zull zarandeó con fuerza al durmiente. Maddox abrió los ojos.

Se apagó la luz del dormitorio. La Sombra, en pie junto a la puerta, había hecho girar el conmutador. Sólo iluminaba la escena la luz de la linterna de Zull.

El sólo era visible para Bob Maddox. La Sombra, fuera de la vista, era únicamente un rostro enmascarado que se recortaba sobre la puerta.

-¡Ven acá, Maddox! -dijo el inspector-. ¡Te buscamos!

Maddox reconoció al inspector Zull en funciones y le hizo una mueca amistosa, aun cuando el rostro de Zull estuviese ceñudo.

-¡Vamos! -exclamó el bandido-. ¿Qué mosca le ha picado? Se le ha pagado a usted todo perfectamente, y ha cogido usted para aquello al joven Galvin...

-¡Has hecho traición al jefe! -contestó Zull-. ¡Por eso he venido a buscarte!

La explicación dejó atónito a Maddox. No se le había ocurrido pensar jamás en tal situación. Comprobaba ahora que Hiram Mallory podía ordenar la acción de la ley, del mismo modo que buscar la protección de ésta... a través de los esfuerzos del inspector Zull.

Maddox era el único de la cuadrilla que estaba al corriente de aquellas relaciones. Briggs supo únicamente que, si dejaba la señal en el lugar del crimen -la esquina de la alfombra doblada- podía considerarse a cubierto de toda persecución, pero el gigantón jamás pensó en el resto de los detalles.

<Moose> Shargin había sido mantenido en la más completa ignorancia.

Pero ahora se le acudía a Bob Maddox un pensamiento sorprendente.

¡La Sombra estaba muerto, pero Hiram Mallory todavía estaba vivo, y Zull estaba trabajando para él!

-¿Que me busca a mí? -preguntó Maddox, despierto ahora.

-¡Sí! ¡Vamos deprisa!

Maddox empezó a incorporarse en la litera. Cuando llegó a estar sentado, su mano se alzó rápidamente y su pistola disparó dos veces.

El inspector Zull cayó muerto sin lanzar un suspiro. Maddox saltó rápidamente de la litera y se volvió hacia la puerta, pero se detuvo al ver al testigo silencioso de su crimen.

Con un alarido de espanto, alzó el brazo para disparar de nuevo, pero la pistola de la Sombra habló por dos veces seguidas. Una bala fue a destrozar la muñeca del asesino; la otra se alojó en su cuerpo a la altura del hombro.

Maddox cayó contorsionado sobre el pavimento. A sus oídos llegó una risa burlona. ¡Loco de terror, comprobó que la Sombra vivía!

El conductor llamaba nerviosamente a la puerta del dormitorio, La Sombra no se apresuró a contestar. Levantó a Maddox y lo colocó sobre la litera, donde quedó retorcido, desmañado y quejumbroso, con la mano izquierda sujetándose el hombro derecho.

En el suelo yacían dos pistolas. Una pertenecía a Maddox; la otra a Zull. La Sombra se guardó en el bolsillo la perteneciente al difunto inspector y colocó en vez de ésta su propia pistola.

Con la cabeza inclinada hacia abajo y la cara oculta por la bufanda, fue a abrir la puerta y sacó las dos maletas al pasillo.

-Ayúdeme a llevar esto -dijo con voz silbante-. Hemos encontrado a nuestro hombre. No hay que preocuparse ya por él.

Mientras el conductor cogía una de las maletas, la Sombra cerró la puerta del dormitorio. El conductor siguió su camino pasillo adelante, entre las cortinas de los dormitorios, por las cuales aparecían ahora varias cabezas.

-Ya hemos llegado adonde quería -dijo la voz misteriosa, cuando llegaron al vestíbulo-. Puede usted volverse.

El conductor se volvió y entró de nuevo en el coche. El hombre de la cara oculta abrió tranquilamente la puerta. Soltó las maletas en el suelo; luego ascendió los escalones y fue a reunirse con el conductor. Súbitamente se detuvo.

La puerta del coche próximo se abrió y apareció en ella uno de los porteros del pullman con su uniforme blanco. Siempre invisible, la Sombra se dejó caer de los escalones y saltó abajo del coche tirando de las maletas tras sí.

Por encima de él se oyeron unas voces.

Dos hombres seguían al portero.

-¿Quién abrió esta plataforma? -preguntó una voz.

-Ah, yo no sé, señor -contestó el portero del pullman-. Dos hombres fueron atrás, dentro del coche, señor.

-¿Dónde está el conductor?

-Creo que atrás, en el coche.

-Bien; nosotros somos de la Policía del Estado. Tenemos órdenes de tomar el tren aquí, para hacernos cargo de un prisionero, que debe haber sido detenido a estas horas. ¿Dónde está el prisionero?

-¡Ah, yo no lo sé, señor!...

-Vamos -gruñó uno de los policías-, déjenos encontrar al conductor.

-No -dijo el otro policía-. Me gustaría antes registrar esta plataforma abierta. Voy a saltar afuera y ver si hay algo o alguien sospechoso en estos alrededores.

Y aquél puso en práctica el pensamiento que acababa de enunciar. Saltó al suelo y dirigió en todas direcciones los rayos de una linterna sorda.

Inspeccionó hasta debajo del convoy, pero sin provecho alguno. La Sombra había tenido buen cuidado de alejarse por el otro lado del tren.

En la parte trasera, el conductor esperaba junto al departamento de literas.

¿Dónde estaba el hombre de la faz oculta? ¿Cuándo volvería?

Los minutos transcurrían sin que pudiese contestarse a ninguna de las dos preguntas. El conductor no se decidía a penetrar en el departamento de literas, donde debía estar el prisionero.

Ya estaba apurándose su paciencia, cuando vio llegar por el mismo pasillo a dos hombres en los que reconoció a dos policías del Estado. Estos habían terminado su inútil inspección.

-Allí están -les dijo el conductor, señalando hacia el departamento de literas.

-¿Quiénes están ahí?

-El inspector de policía de New York y el hombre capturado.

Uno de los policías puso la mano en el tirador. En aquel momento se oyó un chasquido al otro lado de la puerta, que resistió al empujón del policía.

Librodot

El conductor sacó entonces una llave. Al otro lado de la puerta oyóse un golpe sordo.

¡La llave resultaba ahora completamente inútil!

La prolongada ausencia de su enemigo había sido aprovechada por el herido. Ahora el regreso de la Sombra estaba conjurado. Cerca de un cuarto de hora había transcurrido desde que salió del dormitorio.

Los sentidos casi perdidos de Bob Maddox se habían despertado súbitamente, y usando su mano izquierda acertó a cerrar la puerta en el preciso instante en que iba a abrirla el policía.

-¡Abran la puerta! -Se oyó una maldición.

Empezó el sitio. Precipitadamente vistiéronse los pasajeros y salieron del coche. Uno de los policías se quedó guardando la puerta.

El otro se dirigió hacia la delantera del tren para solicitar la ayuda de otros dos que habían quedado estacionados allí. Ya reunidos, gatearon a los lados del convoy hasta llegar a la ventana del departamento de literas que el asesino había convertido en una plaza fuerte.

Los policías abrieron el fuego y las balas se estrellaron contra las ventanas.

Maddox contestó en la misma forma. Tenía dos pistolas: la suya y la que la Sombra dejara junto al cadáver de Zull. Además, tenía abundancia de cartuchos.

Aunque estaba manco, como era ambidextro tiraba con la misma soltura y puntería con la mano izquierda, y la furia de que estaba poseído le había hecho olvidar el dolor de sus heridas.

Valiéndose de la oscuridad de su reducto improvisado, pudo acercarse a la ventana sin temor a ser visto y afinó la puntería hacia las sombras que columbraba en las tinieblas.

La batalla prosiguió durante algunos minutos con idéntico encarnizamiento.

Maddox afinó la puntería hasta lo inverosímil y no tardó en caer herido uno de los policías.

Cada vez que flameaba la pistola en la ventana, contestaban los otros desde el exterior, pero Maddox se retiraba siempre a tiempo de no ser alcanzado.

Uno de los sitiadores trató de acercarse pegado a la pared, pero Maddox sorprendió la astucia y apuntó con su revólver hacia abajo. Dos balas fueron a agujerear la plancha acerada del pullman.

Una de ellas dio de rebote al policía y éste se dejó caer debajo del coche, para escapar a un segundo disparo fatal.

Hubo un momento de calma, y Maddox hizo acopio de fuerzas dispuesto a resistir el próximo ataque.

Los sitiadores parecían haberse retirado. Maddox pudo verlos escurrirse a lo lejos. Disparó, pero estaban fuera de su alcance. Súbitamente sintió una sensación extraña de peligro que venía de abajo.

Se inclinó cautelosamente por la ventana, seguro de que no sería visto. Se le antojó ver una forma debajo de la ventana. Apuntó hacia ella pronto a disparar. Luego pareció como si se alzase una forma negra.

Un brazo largo, negro, voló hacia lo alto y de un golpe seco arrancó la pistola de la mano del asesino.

Otro movimiento rápido del mismo brazo, y algo metálico fue a chocar detrás de la oreja de Maddox, quien sin embargo consiguió retirarse al interior del departamento, apenas consciente de lo que hacía. ¡Allá afuera, en la noche, la Sombra había vuelto a hacer acto de presencia!

La retirada de los policías del Estado cesó en el acto. No podían ver lo que había ocurrido, y sin embargo estaban seguros de que algo le había pasado a su enemigo.

El que aun había logrado salir indemne de la batalla, se acercó cautelosamente a lo largo del tren, y llegado bajo la ventana del departamento, trepó a ella y pistola en mano pasó al interior de la habitación.

Maddox había perdido la pistola cargada y sólo tenía para defenderse la otra exhausta de balas.

Trató con ella de asestar un golpe mortal a su enemigo en el momento en que éste saltaba por la ventana, pero erró el golpe, y el policía no tuvo que hacer sino disparar a quemarropa. Maddox fue a caer sin vida sobre el cuerpo yerto del inspector Herbert Zull.

Terminada la batalla, el tren continuó hacia su destino llevando a bordo a los policías del Estado. Los dos heridos serían ingresados en un hospital en la próxima ciudad en que se detuviese el pullman.

Apenas éste había reemprendido su viaje, cuando a poca distancia de la vía se puso en marcha un automóvil en dirección al campo de aviación más próximo. Poco después, se elevaba en el aire un avión y tomaba la dirección del Sur.

A la mañana siguiente, al desayunarse, los neoyorquinos leían la noticia sensacional.

¡El heroico inspector Herbert Zull había llevado a cabo su última detención de un criminal!

En compañía de otro colega, había abordado el Canadian Limited, logrando detener a Bob Maddox, a quien se sabía fugitivo después de haber asesinado al procurador Zachary Mitchell.

Zull había herido a Maddox, pero indudablemente el asesino mató a su captor en cuanto el compañero de éste los dejara solos. Llegó entonces la policía del Estado y acabó con Maddox, después de un sitio en regla de su reducto improvisado.

El conductor y los pasajeros contaron varias historias, y lo mismo hicieron por su parte los policías.

El compañero de Zull era desconocido. Era indudablemente que el inspector le había dicho que lo dejara después de la captura, pues Zull se creía harto capacitado para custodiar a su prisionero.

Se explicaba también con toda sencillez, que Zull había logrado por su carácter oficial detener el tren en su marcha, y que a él se debía también la presencia en el convoy de los policías del Estado.

Para Bob Galvin, todos los recuerdos eran confusos. Estaba libre, y se hallaba de nuevo en la vieja casona de su tío.

Harry Vincent, su compañero y amigo temporal le había dejado, pero Betty Mandell estaba en la casa, ansiando y temiendo a la vez que el verdadero Bob Galvin empezase sus explicaciones.

Ella era capaz de explicarlo todo en parte, pero tanto ella como Bob, se quedaron atónitos cuando recibieron, de una procedencia misteriosa, la suma de trescientos mil dólares, un legado del difunto Teodoro Galvin.

Otras personas de diferentes partes del país recibieron sumas que jamás esperaban recibir.

La Sombra, ayudada por la información que encontrara entre los papeles de Teodoro Galvin, devolvía a aquellas personas las cantidades que les fueran robadas un día, y lo mismo ocurrió a los herederos de algunas que habían muerto.

El hallazgo de los cadáveres en el escondrijo secreto del Royal Building dio lugar a noticias sensacionales.

Se supo que Hiram Mallory había llevado una doble vida, tratando con gentes de la peor calaña para conquistar una fortuna.

La ventana rota demostró por dónde había caído a la calle el cuerpo de Garry Elvers, pero aquello no explicaba la impresión que experimentara Bob Maddox cuando viera caer por aquella misma ventana al gangster envuelto en la capa negra de la Sombra...

Aquella mutación ocurrió en la oscuridad fuera del alcance de la vista del bandido. Se creyó que los criminales habían muerto en batalla entre ellos mismos por resquemores del oficio.

Librodot

Los dos hombres que podían haber dado explicaciones completas sobre aquella misteriosa habitación y lo que encerraba, habían muerto:

Richard Harkness y Zachary Mitchell.

Si se hubiese hecho pública la confesión de Herbert Zull, podía haber constituido la clave del misterio, pero la Sombra no quiso darla a luz.

El desenmascarado inspector hubiese dejado atónitas a las gentes con sus fechorías.

¡Esa confesión, junto con el misterioso mapa de Teodoro Galvin, y otros extraños y notables documentos, descansaban en los archivos secretos de la Sombra!

FIN